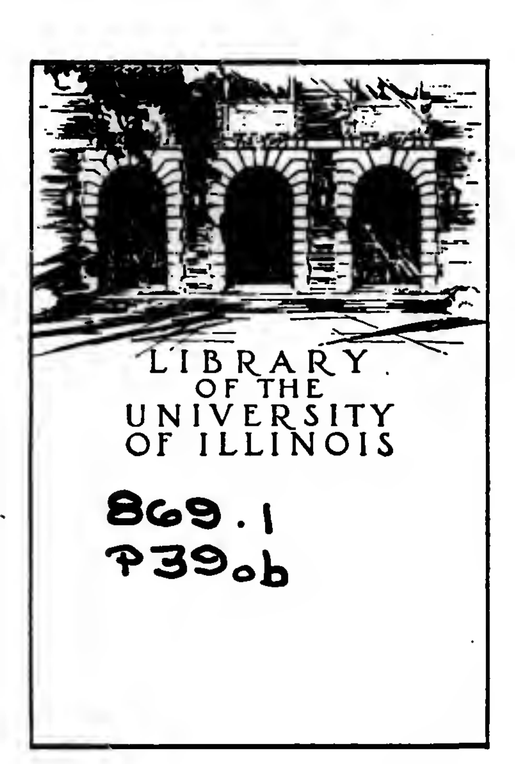

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEJICANOS


LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.1
P39ob

OBRAS POÉTICAS

DE

JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS



VERACRUZ — MÉJICO

RAMÓN LAINÉ

EDITOR

1889

UNA PALABRA

No muy versado en achaques de Literatura Hispano-americana debe de ser el que ignore el nombre del autor de este libro.

José Peón y Contreras há mucho tiempo que traspuso con su talento los confines de Méjico, su patria afortunada.

Y cuenta que es la patria de Nezahualcóyotl, patria de bardos ilustres y de jenios deslumbrantes que fueran honra y orgullo de cualquier Parnaso y de cualquier Olimpo.

Ya otra vez hemos tenido ocasión de hablar de nuestro autor, cuando por casualidad inesperada nos cupo la honra de estampar humilde portada al frente de su hermoso drama *Impulsos del corazón.*

Citamos é hicimos entonces especial mención de algunas de sus obras, tanto líricas como dramáticas; de algunas nada más, que hacerlo de todas fuera temeraria empresa, tal es su número y tal la asombrosa y al parecer infinita fecundidad de su injenio.

Como dramaturgo, es Peón y Contreras el Lope de su patria, y como su glorioso projenitor intelectual puede serenamente decir de sus dramas que

> «... *más de cien en horas veinticuatro*
> *Pasaron de sus musas al teatro.* »

Como poeta lírico, ¿ quién que se precie de haber seguido con amor los progresos de las letras castellanas en

nuestra América no conoce (si no de lectura, por lo menos de oídas) sus brillantes *Odas patrióticas* y sus arrebatadores *Cantos nacionales*, sus *Trovas Colombinas* y sus *Romances históricos y dramáticos*, cada uno de los cuales encierra material suficiente para un drama conmovedor ó una novela interesantísima?

Pero la inspiración protéica de Peón no se conforma con esta ó aquella forma determinada, por muchas y ricas que sean las coronas dentro de ellas alcanzadas; necesita abarcarlas todas, repasarlas todas, esprimirlas todas; y así se le ve campear en todos los jéneros y manejarlos todos con igual gallardía, desde el didáctico hasta el imajinativo.

Tan pronto empuña la trompa de Píndaro, como sopla blandamente en la avena de Virjilio.

En las alturas del Teatro tan íntimas relaciones lleva con Melpómene como con Talía, y de coro se sabe el camino que conduce desde la comedia de costumbres al drama histórico.

Lo mismo puede decirse de sus versos, que con idéntica facilidad le brotan de la lira ó del arpa, de la cornamusa ó del laud : la oda y el himno, la elejía y el idilio, el poema y la trova le aletean en el cerebro y le retozan en los labios.

Sólo un jénero — un jénero nuevo, más que por la concepción del sentimiento, por su modo de expresión — le faltaba por ensayar; el jénero sombrío y penetrante, sollozador y desnudo, y, por sobre todo, profundamente subjetivo, que pudiéramos llamar hijo de amor de este nuestro siglo de dudas tristes y de doloroso escepticismo : el mismo que, apenas nacido, fué á ofrecerse espontáneo á la inspiración de Enrique Heine en Alemania, y luego á la de Gustavo Bécquer en España.

No conocía, ó por lo menos no había ensayado aún este jénero Peón y Contreras; pero un día el teutón y el latino llamaron á su puerta, y los Ecos se despertaron en el cerebro del yucateco; y ceñidos de galas tropicales, alados y

luminosos, vinieron á mí para que los lanzase al mundo y á la luz.

Tal es el libro para el cual se escriben estas líneas.

Gritos de dolor, suspiros apasionados, ayes del corazón, eternamente hambriento de amor y eternamente martirizado en tantálico suplicio, con el premio siempre cerca y siempre lejos.

Aspiraciones indefinidas é irrealizables, sueños vagos de venturas desconocidas, y al propio tiempo como recordadas allá entre la niebla misteriosa de un pasado anterior á todos nuestros recuerdos, anterior á la misma existencia mundana.

En una palabra : ideales inaccesibles de poeta, personificados en una mujer soñada, sólo tanjible y viva en la mente del bardo; creación augusta de su cerebro divino, y luégo animada por un soplo de su alma, y amada hasta el delirio con toda la majia de los sueños y con todos los sueños de la poesia.

Esa mujer eterna, ese " eterno femenino que nos atrae hacia el cielo ", de que nos habla Gœthe en su inmortal epopeya, y que bajo tantos nombres se halla inscrita en el libro místico y sagrado de los grandes ideales : Belleza, Amor, Consuelo, Dicha, Fe, Esperanza, Gloria, Inmortalidad... !

Eso dicen los " Ecos " de José Peón y Contreras. Juzgue ahora el lector ¡ cuánta hermosura no entrañarán!

¿Y los defectos? se nos preguntará : — ¿ será posible que no los haya en este libro?

Podrá haberlos, — que no hay obra humana exenta de ellos — pero quede allá para otros la ingratísima tarea de encontrarlos.

Sirvan, pues, estas líneas únicamente para patentizar nuestro eterno amor á lo bello, nuestro cariño fraternal al ilustre poeta, y nuestras más cordiales simpatías á la hermosa tierra mejicana, madre de tánto injenio y cuna de tantas glorias!

Y vosotros ¡ oh Ecos melodiosos del cantor de Anahuac,

que á mí vinisteis para que al mundo y á la fama os diese! Id por todos los ámbitos de la patria á resonar dulcemente de alma en alma, y á despertar en todos los corazones un sentimiento de amor, un latido de esperanza y una aspiración inmortal!

J. A. PÉREZ BONALDE.

New York, Agosto 10 de 1883.

ECOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del injenio,
De la fama en los labios
Y en la fabla del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historias de los pueblos!
ROMANCE ANTIGUO.

I.

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus jérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De un arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos,
Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron á raudales
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles jerminan,
En flores desenvueltos,

Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raices
La savia de un sendero
Que riegan á torrentes
Las lágrimas que vierto.
¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos,
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

II.

Tal véz no existes: acaso
Eres la imajen de un sueño,
Que deleitó mis sentidos,
Y embargó mi pensamiento.
Mas ha de ser realidad
Aquel hermoso embeleso,
Pues como te ví, dormido,
Te estoy mirando despierto.
Tal me parece que escucho
Á todas horas tu acento;
Que se refleja en mis ojos
La luz de tus ojos negros;
Que en la palidez marmórea
De tu semblante hechicero,
Sus alas de oro y de nieve
Posa mi espíritu inquieto;
Que cerca del pecho mío
Siento el latir de tu pecho;
Que me quemas con tus labios,
Que me abrasas con tu aliento!
Y te palpo y no te toco,
Y te busco y no te encuentro;
Y me enloquece tu sombra,
Y me embriaga tu recuerdo!

Y así, sin saber lo que eres,
Harto sé que eres mi dueño,
Que te llevas mis dolores
En las lágrimas que vierto;
Que flotando en el espacio
Como una visión te veo,
Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III.

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas,
Porque no tienen lengua los suspiros!

IV.

Cuando al ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
¿A quién, dí, sonreías,
Aterradora estatua?
¿A quién estabas viendo
Cuando á nadie mirabas?

V.

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;
La dulce armonía
Del ave que canta;

La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,
Juventud y gracia;
Tienes el injenio
Que á tantos les falta;
Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas...
Yo, bien de mi vida,
Sólo tengo lágrimas!

VI.

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
Á los abismos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnanse polvo
Los edificios...
Si todo es, niña,
Muerte y olvido,
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII.

No sé que ví una vez en tu pupila,
Más negra y soñadora que otras veces;
Algo de indefinido y misterioso,
Algo como la luz cuando amanece.
Te ví un libro en las manos... aquel libro
Encerraba un poema de desdenes,
El malestar, la abrumadora angustia

De un corazón que desgarrado muere ;
El jenio herido que al mostrar su herida
Con el dardo heridor también nos hiere ;
Un tesoro de lágrimas y dudas,
¡ El alma inmensa de Gustavo Bécquer !

VIII.

Errantes, leves brisas
Que arrebatais los ayes
Del alma aprisionada
En su sombría cárcel,
Llegad hasta su lecho
En que dormida yace,
Como en la blanca espuma
Del mar azul, la náyade.
Traedme de sus ojos
El beleño süave,
La almíbar con que endulza
Su labio de corales ;
Traedme... — pero en vano !
Si he de pedir en balde !... —
De amor un pensamiento
Que mis angustias calme ;
Traedme su alma, el alma
Que la transforma en ánjel...
O no me traigais nada,
Leves brisas errantes !

IX.

Hay tan dulces ruiseñores
Cantando en la selva umbría,
Tan misteriosas cadencias,
Tan extrañas armonías,
Que no ha de poder, acaso,
Mi pobre acento, alma mía,

Herir con sus notas tu pecho sensible,
Cuando triste llores, cuando alegre rías.

X.

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
Tu dulce sonreir;
Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
De tu talle jentil;
Cuando suspiro por las horas rápidas
Que huyeron junto á tí;
El llanto surca mis mejillas áridas
Y me siento feliz...
¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
¿Que será de mí?

XI.

Un inmenso placer sentí en el alma
Cuando te contemplé la vez primera;
Y mientras más me alejo de aquel goce,
Es mayor mi tristeza!...

Es que al llegar al puerto con mi nave
Bañaba el sol naciente la ribera;
Es que me hice á la mar, que entró la noche,
Y navego perdido en las tinieblas!

XII.

Yo te soñé de niño,
Y te soñé de grande;
Soñé de tu belleza
Los rasgos celestiales;
De tu mirada pura
La luz incomparable,
Y de tu ardiente labio

La seductora frase...
Pero soñar no pude,
Valiendo lo que vales,
Que yo lograra un día
Vencerme y olvidarte!

XIII.

Te podrán ocultar de mis miradas,
Esconderte muy lejos;
Poner entre los dos como barrera
La eternidad del tiempo...
Pero nadie podrá, porque es muy mía
Y á nadie se la debo,
Arrebatar tu imajen adorada
Del fondo de mi pecho!

XIV.

En alta mar mil veces he mirado
Huir de mí las olas plateadas,
Y las unas llegar tras de las otras,
Y, pasando, perderse en lontananza.
¿Dónde irán á parar, dónde, Dios mío?
¿A qué remota y solitaria playa?
¿Dónde irán á morir mis ilusiones?
¿Dónde irán á morir mis esperanzas?

XV.

De las horas de tedio y amargura
De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
Como guardan las flores el perfume
De su marchito cáliz en el seno.
Ví una hermosa doncella que dormía,
Envuelta en azahar, su último sueño,
Con los ojos sin luz entrecerrados,

Con los lívidos labios entreabiertos
Como la noche cae, así caía,
Ondulando al bajar, su pelo negro,
Desde el marfil de su amarilla frente,
Hasta el marfil de su delgado cuello.
— ¿De qué murió? — De amor, me contestaron.
— ¡De amor! — exclamé yo — pues no lo entiendo...
Y se pasaron luégo muchos años,
Y yo nunca acababa de entenderlo!
¿Por qué no habré perdido la memoria?
¿Por qué no habré perdido el sentimiento?
¿Por qué cuando tu amor me vuelve loco
Se aparece la muerta en mi cerebro?

XVI.

En los vivos rayos
Del astro de fuego,
Tu imajen me guía,
Y perdido vengo.....
En las frías, tristes
Veladas de invierno,
Invisible llama,
Me quema tu aliento.
Cuando ya al dormirme
Me despierta un beso,
Siento que me tocas,
Y yo no te siento...
Yo escribo, y la letra
De mis versos leo;
Y yo no te miro,
¡Y estás en mis versos!

XVII.

De la feroz envidia el áspid negro
Jamás pudo abrigar el alma mía...

Mas si llego á saber que amas á alguno,
Me matará la envidia!

XVIII.

Perdona si una frase
De este amor insensato,
Herir logró importuna
Tu corazón, á mi desdicha extraño...

Es que rebosa á veces
El dolor en el pecho infortunado;
Y sin sentirlo, el alma
Se escapa en una frase por los labios!

XIX.

Yo me tuve la culpa... ahora que lloro,
Comprendo que fuí necio...
¿Lo que juzgaba amor, nada más era
El hermoso fantasma de un ensueño?
¡Iluminó el albor de eterno día,
La amarga realidad... ¡y no hay remedio!
Cuando me convencieron tus desdenes,
Ya el mal estaba hecho!

XX.

¡Ocúltate ya, sol... quiero la noche
Como la noche eterna de mi alma,
Sin una sola estrella en el espacio,
Tenebrosa y callada!
Encerrarme después en mi aposento,
Abrirle á las tinieblas mi ventana.
Mirar y no ver nada, y luégo á tientas
Acostarme en la hamaca.
Allí quedarme inmóvil, silencioso...

Dejar que corran sin temor mis lágrimas...
Y meditar en su hermosura anjélica,
Y en mi loca esperanza!
Después en la memoria componerle
Romances y armonías y plegarias;
Y forjar ilusiones y perderlas...
Después de acariciarlas!
Y después, cuando el sueño me aletargue
Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
¡Con la hechicera luz de aquellos ojos
Iluminar el interior de mi alma!

XXI.

— " ¿Los versos?... ¿de qué valen;
Ni quién se ocupa en ellos?...
Los versos sirven sólo
Para perder el tiempo. " —
¡Desventuradas jentes,
Y pobres de mis versos,
Si yo ignorara, hermosa,
Que tú no dices eso...
Si no supiera acaso,
Que es tu alma pura un cielo,
Luceros tus ideas,
Y un sol tu pensamiento!

XXII.

Noches sin nombre, aterradoras noches
Que sois imajen del castigo eterno,
¿Por qué tan largas sois, si sois tan negras?
¿Por qué tan negras sois, si os aborrezco?
Nada traen las brisas en sus alas,
No me traen perfumes en sus besos,
Ni lágrimas de amor en sus jemidos,
Ni un himno de esperanza en sus acentos!

La lira que me dió mi desventura
Desconoce mi mano, y de mis dedos
Huyen las cuerdas que juntaron antes
Sus alegres sonidos á mis versos!

XXIII.

Eres tú mi ideal... por luengos años
Te buscaron mis ojos;
Y creí que con sólo conocerte
Sería venturoso.
Ay! y te miro al fin!... ¡ al fin te veo!
Y me encuentro tan solo,
Que me hace falta ya la compañía
De aquel pesar tan hondo!
Aquel pesar vivía de esperanzas :
Ya el imposible es otro!
Si ya no espero nada! ya comprendes
Que lo he perdido todo!

XXIV.

En el fondo negro
De tu cabellera,
Lucientes y puras
Como dos estrellas,
Contemplé turbado
De amor y sorpresa,
Brillar una noche
Tus pupilas negras!
En el cielo negro
Como son mis penas,
Veía una noche
Lucir las estrellas :
¡Qué lejos brillaban
Entre las tinieblas!
Y en su inmenso campo

Buscaba dos de ellas :
¡ Mísero ! buscaba,
Calmando mis penas,
En el cielo negro
Tus pupilas negras !

XXV.

Me cuentan de un niño
De blondo cabello,
Con ojos muy vivos,
Con labios muy frescos.
Me dicen que anoche
Cayó, como el tierno
Botón de una rosa,
Rodando en el suelo.
Me dicen que aún tiene
Los ojos abiertos ;
Que nadie al mirarlo
Diría que ha muerto...
Me puse al oirlo
La mano en el pecho,
Como si sintiera
Un presentimiento...
Mañana ¡ qué triste
Pasará el entierro !

XXVI.

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te remuerde
De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama,
Y pregunta, si quieres,
Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes, mi bien, de que conteste !

XXVII.

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y lijera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos piés, más blancos que la arena,

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los rayos de la luna y las tinieblas
Trazaban á porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios,
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

Ay! aquella mujer, anjel ó nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, mustia y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su älma pura
Guardaba de su amor la imajen bella!

Abismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo... las dudas, las ternezas,
Los jemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel á su presa!...

¡ Pobre mujer! pensaba yo dormido;
Ella de amor se morirá, y aquella
Por quien yo moriré, tal vez sonríe...
¡ Feliz bardo francés!... ¡pobre Graziella!

XXVIII.

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
¡ El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un inverno triste que amenaza
Envolverme en su lóbrego capuz;
Flores trae también; pero esas flores
Son para el ataud!

Hermosa primavera que en mi alma
Luchando espiras entre sombra y luz,
Tiempo hace ya que con su blanca mano
Me está diciendo adiós la juventud!

XXIX.

Yo conozco unos labios que no tienen,
En justicia, perdón,
Porque en su estuche de coral encierran
La almíbar del amor...
Ni una gota siquiera, ni una gota
Al pobre corazón...
¡ Si á lo menos me dieran la esperanza
Que tanto soñé yo!

Yo conozco unos ojos que no tienen,
En justicia, perdón;
Porque al herir el alma los esconde

El párpado traidor...
Porque dejan la noche en el espíritu,
La noche del dolor...
¡ Si á lo menos tus ojos se escondieran
Como se esconde el sol !

XXX.

No quiero el aplauso
Del mundo que aturde;
Son muchas las flores,
Es mucho el perfume.
No quiero que un rayo
Del sol me salude,
Que al fin me anonade,
Que al fin me deslumbre.
Con una corona
De flores azules,
Con una caricia
De tus ojos dulces;
Con una palabra
Que yo sólo escuche,
Me basta con eso;
Que eso me seduce
Más que los aplausos
Del mundo, que aturden !

XXXI.

Todas me ven igual; pero en ninguna
Miré el rayo que arde en tu pupila...
Tu mirada es amor... es que no puedo
Con otra confundirla!

Con todas me sonrío, porque nadie,
Cuando te ría, extrañe mi sonrisa;

Mas tú distinguirás la una de la otra,
Si me amas algún día!

XXXII.

Imajínate un sol de invierno, apenas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pié de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastrón cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añoso,
Una desmoronada sepultura,
Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

¡Imajínate, en fin, allá entre abrojos,
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imajinarte
Cómo serán mis sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXIII.

Hoy por primera vez te ví vestida
Con un vestido negro;
Y yo pensé, mirándote tan bella,
Que eras la imajen que encerré en mi pecho.

Pensé que te escapabas de la cárcel
En que siempre te llevo;
Donde te han de encontrar los que te busquen,
Después que me haya muerto!

XXXIV.

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes
Que eres el ánjel por quien yo deliro;
Y que te importe ó nó, llore ó sonría,
Que eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño;
Mas sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno!

XXXV.

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa!

XXXVI.

Te dije: "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.

Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
De lirios y azahar,
Tu negra cabellera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar;
Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dan
Al pardo caserío
Que forma tu heredad!
Te dije: " hasta la vuelta, "
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar...
Te traigo mis cantares,
Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más:
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad:
Sin límite, y profundo
Lo mismo que la mar!...
Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres más hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!
Y tú ¡ quien lo creyera!

Y tú ¿ qué me has de dar,
En cambio de mis huesos
Y en cambio de mi afán?
Ay, Patria! del sepulcro,
Tal vez la dulce paz...
Que lo que yo ambiciono,
Eso no me darás!

XXXVII.

Fuera el mayor insulto que me hicieras
El llamarme tu amigo :
O para tí soy todo, ó no soy nada :
¡ La cumbre ó el abismo!

XXXVIII.

Yo siento que en mi pecho
Ya no puedes cavar : llegaste al fondo!...
¡ Qué campos tan inmensos son tus campos!
¡ Qué negros tus sepulcros y qué hondos!

¡ Oh duda, horrible duda!
Ya me queman las lágrimas el rostro!
O salvas á tu víctima, ó la salvas,
O dame su cadáver!... ¡ pero pronto!

XXXIX.

Mata la luz! á oscuras! que no vean
Como logré un instante ser feliz :
Esos desventurados, prenda amada,
Sólo saben reir!

Si alguna vez surcaron sus mejillas
A torrentes las lágrimas sin fin,
Sabrán lo que es llorar, pero no saben
Lo que es llorar por tí!

XL.

Voy á mandarte un libro con las hojas
Muy tersas y muy blancas,
Para que en él escribas, vida mía,
Tu amor y tu esperanza.
Yo tengo un libro con las hojas negras,
Sin lustre y maltratadas,
Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo
Lo borraron mis lágrimas...
Si un día de tu libro y de mi libro
Se mezclaran las pájinas,
¡ Qué misterios de amor sorprenderían
Leyendo, nuestras almas!

XLI.

" ¡ Qué bellos son sus labios! " dicen todos...
" Su tez qué bella y pálida!
Cuando el rubor enciende su mejilla
Tal parece que el sol enciende el alba! "

" ¡ Qué bellos son sus ojos, qué belleza
En la dulce expresión de su mirada! "
Y añado para mí, cuando esto escucho :
¡ Qué bella será su alma!

XLII.

Si has de olvidarme un día,
No correspondas á mi amor inmenso :
Comprendo la verdad por lo inmutable;
¡ Sólo comprendo á Dios porque es eterno!

XLIII.

Hizo el Señor las estrellas
Y las flores del granado,

Mas no sé que hizo primero
Si tus ojos ó tus labios.
Ojos
Bellos,
Grandes,
Negros,
Luminosos,
Hechiceros,
Siempre dulces,
Siempre inquietos;
Vagando siempre afanosos
Entre la tierra y el cielo;
Buscando acaso una imajen,
Tal vez una imajen viendo
Que no existe,
Que es un sueño,
Voluptuoso,
Placentero.
Vago,
Bello,
Dulce,
Tierno!

*
* *

Labios
Tersos,
Puros,
Frescos,
Desdeñosos,
Lisonjeros,
Ya callados,
Ya risueños;
Abiertos por un suspiro,
Cerrados por un deseo;
Sujetando en sus corales,
Comprimiendo en el aliento,

Como un canto,
Como un eco,
Cariñoso,
Pasajero,
Blando,
Tierno,
Dulce
Beso!

XLIV.

Cuando me hablan los hombres de esos séres
Que en el combate de su amor murieron;
Cuando oigo referir su negra historia,
O en una negra pájina la leo;
Divaga sin querer mi fantasía,
Y hasta la losa de sus tumbas vuelo,
Y de rodillas sobre el duro mármol
Que guarda aquellos desdichados cuerpos,
Me propongo escuchar algún sollozo
Que turbe el hondo sepulcral silencio...
Y cuando al fin cansado nada escucho,
Y de esperar las esperanzas pierdo,
Oigo como suspiros que se quejan,
Cantos, palabras, armonías, besos...
Pero no junto á mí y allá en las tumbas,
Sino encima de mí y allá en el cielo!

XLV.

En ese mar del mundo en que se ajitan
Lo mismo los pequeños que los grandes,
Yo sé que has visto, palpitante el seno,
Pasar un día mi velera nave.
No sé si la siguieron tus miradas
Por la vasta extensión de aquellos mares;
Pero sé que ha de hundirse, que una hora

Ha de llegar, al fin, en que naufrague.
Tal vez entonces tú, sobre la playa,
Risueña, alegre, tus venturas cantes,
Y ni aún verás pasar ante tus ojos,
Envuelto por las olas mi cadáver!

XLVI.

Las sombras de aquella noche
Penetraron en mi alma;
Y rindió el sueño mis ojos,
Y el dolor mis esperanzas,
Después, entraste en mi alcoba
Andando como tú andas,
Con paso breve y tranquilo,
Con majestad soberana.

Melancólicos acentos
Jimió en mis manos el arpa;
Y en una canción muy triste
Te dije que te adoraba.
Ni me miraste siquiera...
Y te reías callada,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias!

Volví á cantar una endecha
Que el corazón me dictaba,
Con muy sentidos acentos,
Con muy sentidas palabras.
Y tú seguiste riendo,
Inmóvil como una estatua,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano,
Y con voz entrecortada,
Te hablé de amor, como siempre,
Algunas tristes palabras.
Y tú nada me dijiste...
Sí! dijiste que callara;
Y te marchaste riendo,
Burlándote de mis ansias!

Después, al abrir los ojos
Aquella alegre mañana,
Miré tu imajen hermosa
En el fondo de mi alma;
Y recordando mi sueño,
Ahogué tu risa en mis lágrimas;
Y me olvidé de tus burlas,
Y me acordé de mis ansias!

XLVII.

Para embriagarme un día en la ventura
Que soñaron mis locas esperanzas;
Para hallar un instante de reposo,
Tras de la lucha del dolor, amarga;
Para que dejen de sonar tan tristes
Las notas de mi arpa;
Para que en un instante abarques todo
El mundo de mi alma,
¡Quisiera yo, bien mío,
Que mi alma concentrara
Todas mis esperanzas en un canto
Y todo mi dolor en una lágrima!

XLVIII.

No puede ser, no puedo

Olvidarte ni un día, ni un segundo...
Navegamos los dos, y el bajel mío
Las ondas corta donde corta el tuyo...
Y ni alcanzarte logro, ni es posible
Virar las velas y cambiar de rumbo!

El mástil roto y el timón maltrecho,
Tempestuosa la mar, el cielo oscuro,
Y lejos ¡ay!... de la remota orilla
En las desiertas playas, el sepulcro.
¡Cuando estaremos en el mundo solos!
¡Cuando estaremos en el cielo juntos!

XLIX.

Soñadas alegrías,
Risueñas esperanzas,
Poéticos enjendros,
Que en dorado tropel mi mente abarca!

Fugaces vibraciones,
Arpejios, notas, cántigas,
Sollozos y armonías,
Que le llevais mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos
Ropaje y forma y alma,
Si sólo sois para ella,
Si sólo sois, sonidos y palabras;

¡Pedazos de mi vida,
Fragmentos de mi arpa,
Perdeos en el polvo,
Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

L.

Cantando las golondrinas

Frente á mi ventana pasan,
Después de dormir la noche
Bajo el techo de tu casa.
Y yo me las quedo viendo,
Siguiéndolas con el alma,
Pues parece que con ellas
Se me van mis esperanzas!
¡Quiera Dios que en el invierno
Para siempre no se vayan
Cantando las golondrinas
Que por mi ventana pasan!

LI.

Tú sí serás feliz!... Llegará un día,
Y el amor en el cáliz de una rosa,
Acercará á tus labios el almíbar
Que de los labios de los Dioses brota.
¡El cáliz que te daba
Mi mano temblorosa,
Entre hiel y entre lágrimas tenía
De almíbar una gota!

LII.

Sobre esos sueños
Que en un sollozo,
Del alma inquieta
Parten del fondo,
Y en el espacio
Toman conternos
Indefinibles
Y vaporosos;
Sobre la nieve
Que cubre en copos,
De las montañas
El rejio trono;

Sobre el ropaje
Multicoloro
Del ancho llano,
Del bosque umbroso;
Sobre los mares
Azules y hondos;
Sobre las nieblas
Que arroja el noto;
Sobre esos mundos
Que ven mis ojos,
Del infinito
Girando en torno;
Envuelta en nubes
Y rayos de oro,
Volando pasas
Tú sobre todo!

LIII.

Me mandaste callar... tembló mi labio
Y te pidió perdón, y tú callaste...
Ah! si mi corazón hubieras visto
Aquel horrible instante!

¿Qué pasaba por mi?... dejó un momento
En mis arterias de correr la sangre...
Cegaron mis pupilas, y una sombra
Me arrebató tu imajen!

¿En dónde estaba mi razón, en dónde?
¿En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?
¿Dónde estaba la muerte que no vino
Con su boca á besarme?

Sentí de la vergüenza esas hogueras
Que eternamente arden;

Y en mi pecho esas lágrimas que nunca
Jamás del fondo de mi pecho salen!

Y humillado, vencido, volví á verte...
Tú estabas como siempre... eras el ánjel.
    Yo arrojado salí del paraíso,
    Proscrito, miserable!

LIV.

Díme que no es verdad que me deleitan
Los misteriosos ecos de la brisa,
Cuando en las sombras de la noche trae
    Del ave solitaria
    Las notas fujitivas!

Díme que no es verdad que en la ribera
Cuando divaga sobre el mar mi vista,
Gozo pensando en Dios, porque las ondas
    Me enseñan que es eterno,
    Cuando á mis piés espiran!

Díme que no es verdad que me consuelen
Las lágrimas que vierten mis pupilas,
Cuando rendido de dolor á solas
    Mi frente se doblega
    Sobre mi muda lira!

Díme que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
    Conté de mi existencia
    Las horas y los días!

Díme que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa dejo

Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Díme que no es verdad que la esperanza
Da tregua con su halago á mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro... éso,
¡Unico amor de mi alma:
Éso... no me lo digas!

LV.

Conjunto de impresiones que se borran,
Oscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria y... soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oirte y ansia de mirarte,
Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,
Eso será mi vida!

LVI.

Yo no te he de pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;

Quiero sólo saber si tus congojas
    Responden á mis ansias.
Dímelo, por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas,
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

LVII.

¿Qué tienes, díme,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cáuces
Donde los ríos
Corren fugaces;
Como las cumbres
De los volcanes,
Como los cielos,
Como los mares,
Como la tibia
Luz de la tarde,
Como la noche
Cuando se esparce,
Como en las sombras
Las impalpables
Formas que envuelven
Los ideales,
Que en los ensueños
De un alma grande,
Se reconcentran
En una imagen!

LVIII.

Era alta noche!... Con sus torpes alas
Azotaba mis párpados el sueño;
Y pasaba y pasaba ante mis ojos

Su imajen bella en reposado vuelo.
De su pálida frente coronada
De pálidos luceros,
Descendía la oscura cabellera
Velando en sombras el nevado cuello;
En mí clavaban la mirada ardiente
Sus grandes ojos negros;
Y allá en sus labios, como no hubo labios
Más puros ni correctos,
Dulce asomaba la fugaz sonrisa
Que guarda avara en ellos,
Como guardaron siempre
De su amor el grandísimo secreto.
Su blanca vestidura
Flotaba entre las sombras, en silencio,
Cruzando sobre mí, tal como pasa
En el cielo del alma un pensamiento.
Así gozaba yo!... Trémulas frases
En rítmico compás, en blandos ecos,
Subían á mis labios una á una,
Del fondo de mi pecho.
Le decían mi amor, mis ilusiones,
Le contaban mi amargo sufrimiento;
Y de ese caos que enjendró la duda,
La sombra y el misterio,
El malogrado afán de la esperanza,
La inícua lidia del dolor eterno!
De repente un vapor, como la nube
De calcinado incienso,
Envolvió la beldad, veló el encanto
De su rostro hechicero...
Y ví en sus ojos la fugaz centella,
Y ví en sus ojos el desdén supremo.
Torné los míos que anublaba el llanto,
Y de un rincón miré del aposento,
Desprenderse una sombra, negra efijie
De fatídico espectro!...

Que avanzó, y avanzó... y ante mi vista
Pasó terrible, lívido y siniestro...
Le ví crispadas las cobrizas manos,
Imajen del furor y de los celos...
Y se hundió en la pared... ¡ Otelo! dije.
¡ Es la sombra de Otelo!
Y me sentí rodando despeñado
Por la honda sima del eterno sueño!

LIX

¿ Qué será?... no lo sé!... Yo sé que lleva
Algo de mi alma en su alma poderosa;
Porque tiene que ser... porque sus ojos
Me la robaron toda!

Yo sé que de su espíritu en mi espíritu
Algo debo llevar, como una sombra,
Porque tiene que ser... porque su imajen
Jamás en él se borra!

LX.

Límpida estrella,
Flor de los cielos,
Qué hermosa brillas,
¡ Pero qué lejos!

Flor de los campos,
Flor del deseo,
Qué hermosa eres!
¡ Y vivo preso!

Pálida imajen,
Flor de mis sueños,
¿ En dónde mora
Tu pensamiento?

Flor de las flores,
Alma de un beso,
¿ Si tú no existes,
Por qué te siento?

LXI.

Como en el alma guardo
Tu imajen peregrina,
En ella tengo siempre
Una flor solitaria y amarilla.

Á solas mis ardientes
Miradas la iluminan;
La miro y se me acuerda
Que tú en la mano la tuviste un día.

La miro y clavo en ella
Mis húmedas pupilas;
La miro absorto, y miro
Que recobra la flor su lozanía.

Que vive y el secreto
Conozco de su vida,
Porque es como tu imajen,
Porque en mi corazón no se marchita.

Si quieres convencerte,
Cuando me muera, niña,
En el sepulcro helado
La hallarás, revolviendo mis cenizas!

LXII.

Oye : si alguna vez imajinaste
Que herí tu alma sensible,

Piensa que el que ama como yo, bien mío,
No pudo nunca herirte...

Si al tiempo que pasó los ojos vuelves
Y venturosa vives,
Piensa que un ser desventurado llora
Cada vez que te ríes.

Si del amor las celestiales dichas
Tu corazón engríen,
Piensa que para mí, luz de mis ojos,
Fueron un imposible.

Si alguna vez de noche en el silencio
Oyes mis ecos tristes,
Piensa que son los ayes de mi alma
Que al morir te bendice!

LXIII.

Á la luz de la luna ¡ cuántas veces
Pensando, como siempre, en mis desdichas,
Comparé tus pesares con los míos,
Y comparé tu vida con mi vida!
Tosco bajel á quien el viento azota,
Bañada en limo la rugosa quilla,
El viejo maderámen agrietado,
La parda lona por doquier hendida,
El mar profundo, el horizonte negro,
La onda rebelde, al embestir bravía...
Y el lago azul y quieto, el cielo puro,
Y la playa y el bosque en las orillas,
La cabaña á lo lejos, y á lo lejos
Música alegre y la canción marina,
Y sobre el agua mansa resbalando,
Al soplo del amor, la navecilla!

LXIV.

Cuando quieras saber por quién sollozo,
Si algo te importa oírme sollozar,
Pregúntale á tu pecho muy quedito,
Y alguien en él, tal vez te lo dirá.

Y si alguien te responde — (estoy seguro
Que sí responderán) —
Y pronuncian tu nombre, entonces, niña,
Ya no preguntes más!

LXV.

Como pasa una nube en los espacios
Bajo el azul del cielo;
Como en las sombras de la noche pasan
Las sombras de los sueños...
Allá en los horizontes que en tu alma
Dilata el pensamiento,
Lo mismo que las nubes y las sombras,
Pasarán estos ecos!...

LXVI.

Como detrás de lóbrego nublado
Sonríe el cielo azul,
Así, tras de las nubes que en mi alma
Amontona el dolor, sonríes tú!

LXVII.

¿ Por qué cuando á tu lado sin testigos
Me he solido encontrar,
Cual desbandadas aves, mis ideas
Huyen de donde están?

¿ Por qué de tanto que pensé en decirte
Nada te digo ya,
Y mirando me quedo como estúpido
Tu encantadora faz?

Á todos les pregunto y me responden,
Que á preguntarlo van,
Y todos lo preguntan; pero nadie
Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas
Decirme la verdad;
Pero si es que has amado, entonces, niña,
Tampoco lo sabrás!

LXVIII.

Olvídame! está bien!... si así lo quieres,
Si eso te hace dichosa...
Flores por flores... Ay! como las mías
Jamás te darán otras!

Olvídame... está bien!... puedes matarme
Que esta mi vida al fin nada te importa...
Lira por lira... ¿en dónde hallarás una
Con más amor en sus humildes notas?

Olvídame... está bien!... en mi existencia
La dicha está de sobra...
Ecos por ecos... Ay! ¿ dónde otros ecos
Tan tiernos te enamoran?

Olvídame... está bien... Pero ¿qué digo?
¿Pero qué está soñando el alma loca?
¿Cómo me has de olvidar, mi idolatría,
Si jamás he ocupado tu memoria?

LXIX.

Si ella guarda en su seno, madre tierra,
Como tesoro eterno,
La prenda de un amor que no es el mío,
Ay ! ábreme tu seno!

Harto te dí del manantial que brota
Del fondo de mi pecho ;
He apagado la sed, deja que apague
La sed que me devora de tus besos !

Que cubran mi ataud con una losa
Al nivel del terreno ;
Y que una triste cruz graben en ella,
Porque sepan no más que allí hay un muerto!

De la oculta semilla de esas flores
Que llenan de pavor los cementerios,
No permitas que brote ni una sola
En torno de mi féretro.

Yo quiero que en tu negro relicario
Encierres con mis restos
Una flor nada más... la que ella guarda
Como un tesoro eterno !

LXX.

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las alegrías
De algún fantástico sueño,
Entonces te miro,
Entonces te veo,
No sé si dormido,

No sé si despierto;
No sé si en sus alas un ánjel me lleva,
Cruzando llanuras y mares inmensos;
No sé si en el aire
Respiro tu aliento;
No sé qué me pasa,
Si vivo, si muero,
Si estoy en la tierra,
Si estoy en el cielo!
Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las amarguras
De algún fantástico sueño,
Entonces te llama
Con ansia el deseo;
Y yo velo entonces,
Y sé que no duermo,
Y sé que en sus alas me lleva el fantasma
Que enciende la duda, que enjendra los celos;
Yo sé que en el aire
Me falta el aliento;
Yo sé qué me pasa,
Que vivo, y que muerto
Estoy en la tierra
Cruzando el infierno!

LXXI.

Hay otro mundo apenas conocido
De los que no han llorado como yo,
En donde es una sombra la esperanza,
Donde impera el dolor.
Allí todas son dudas y desdichas,
Todo es oscuridad, todo aflicción;
Allí del sol que los alumbra á todos
No hay un rayo de sol;
Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,

Ni una lozana flor.
Allí nada se muere... allí se vive,
Porque es la muerte la única ilusión.
Tú debes conocerlo... á veces pienso
Que allí he visto tu amor junto á mi amor.
Si esto es verdad, responde : en ese mundo
¿Quién te amó como yo?

LXXII.

No me arredra del campo en altas horas
La densa oscuridad;
Las sombras de esta duda
Me espantan mucho más!

No acongoja á mi espíritu el jemido
De la brisa al pasar :
Este que en mi alma escucho
Me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio
Que en torno mío hay...
Aquel silencio de tus labios, ése,
Ese sí, porque al fin me matará!

LXXIII.

Si sientes cuando alguno
Está pensando en tí,
Sabrá de cierto la hora,
Que deje de existir;
Y como sé que el alma
No tiene nunca fin,
Cuando pensar no pueda,
¿Te acordarás de mí?

LXXIV.

Naces de mi alma
Toda en el centro ;
Formas y vida
Te da mi aliento;
Luz, de mis ojos
Tus hechiceros
Ojos reciben,
De ardiente fuego ;
Siento que flotas
En mi cerebro ;
En mis ideas
Sentir te siento!
Después, te envuelven
Mis pensamientos ;
Hiendes los aires,
En raudos vuelos ;
Salvas las nubes,
Llegas al cielo,
Y allí te alumbras
Con los luceros,
Y mis suspiros
Te lleva el viento....
¡ Y estás muy cerca,
Y estás muy lejos!
Y entonces gozo,
Y entonces creo,
Y entonces vivo,
Y entonces duermo!

LXXV.

Cuando te miro alegre,
Cuando tu labio ríe,
Entonces me figuro

Que ni el fantasma del dolor existe.
Cuando los ojos bajas,
Cuando tu pecho jime,
Entonces me parece
Una sombra el placer, un imposible!
Por eso en mar de dudas
Bogando va mi esquife...
No importa : que hizo rumbo,
¡ Y al rumbo, inalterable, se dirije!

LXXVI.

Ella, dentro de mí, me dijo anoche,
Que llevo siempre un sol :
Y ella dijo muy bien, porque la llevo
Siempre en mi corazón!

LXXVII.

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,
Diles que mienten... No!
¡ Cuando el amor con lágrimas se nutre,
Es eterno el amor!

Cuando en la soledad las esperanzas
Nacen de la aflicción,
Y se cruza entre piedras y entre abrojos
La senda del dolor;

Cuando sangran los piés ; cuando se llora
Sangre del corazón,
Cuando nada se espera y del consuelo
Ya se extinguió la voz ;

Cuando el vivir es muerte, y el sepulcro
Es desesperación,
Entonces no se olvida! si lo dicen,
Diles que mienten... No!

LXXVIII.

Cuando me apercibí, todo era tuyo :
Mi vida, mi esperanza !
Sin ruido, sin estrépito, en silencio,
Con sólo una mirada,
Así, como lo hiciste con la mía,
Así se roba el alma...
¡ Todo eso está muy bien ; pero no olvides
Que así también se mata !

LXXIX.

Del lejano horizonte en los confines
Al espirar la tarde,
Miré tu imajen, cariñosa y triste,
Vagar entre celajes;
Pero la noche alzando
Sus sombras impalpables,
Llegó, y en las tinieblas
Ante mis ojos se nubló tu imajen !

Vagando en los espacios luminosos
Cruzabas como un ánjel,
Y absorto contemplé tu seductora
Belleza incomparable !
Pero la luz del día
Resplandeció en los aires,
Y entre sus rayos de oro
Ante mis ojos se nubló tu imajen !

Te esconden de mi vista
Con su poder iguales,
La luz en la mañana
Las sombras en la tarde !
Si tiene mi alma un cielo
Y en él grabé tu imajen,

¿ Por qué, bien de mi vida,
Por qué te he de buscar en otra parte?

LXXX.

Me parece que leo en su sonrisa
Y que leo el amor en su mirada;
Y en el círculo rojo de sus párpados
Las penas leo que atormentan su alma!
Y cuando pienso que por otro llora,
Y pienso que otro su amargura causa,
Nada puedo leer... del misterioso
Libro del corazón arden las pájinas;
Y más que nunca bella, más hermosa
Del espantoso incendio entre las llamas,
Hechicera y jentil se me aparece,
Imajen del dolor, su imajen pálida.

LXXXI.

Es igual para mí: nada me importa
La densa oscuridad,
Que la tiniebla pavorosa, nada
Me deje contemplar;
Yo no quiero la luz del sol ardiente
Para mirar tu faz,
Que la luz de mis ojos te ilumina
Donde mi vista va.
Tampoco quiero luz para buscarte,
Que donde estoy estás...
Quiero luz... mucha luz! pero en tu alma,
Para leer en ella la verdad!

LXXXII.

¿ Qué habrá en el fondo de las hondas simas?

¿ Qué habrá en el fondo del revuelto mar?
¿ Qué habrá tras el confín del horizonte?
¿ Qué tras los mundos que jirando están ?
Yo no sé lo que habrá : si yo pudiera
Tan profundos arcanos penetrar,
Bien sé lo que vería... Yo vería
Tu imajen... ¡ nada más!

LXXXIII.

Amé la gloria... su laurel de oro
Fué mi ambición un tiempo no lejano,
Pero eso ya pasó... Ya sólo ansío
Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.
Y allí la senda está : ¡ he allí la cumbre
Que dora el sol con inmortales rayos!
Aún pudiera subir, y allí tan sólo
Grabar tu nombre en duradero mármol.
No importan los abrojos del camino,
Nada el raudal de mi copioso llanto :
Aún pudiera subir... Yo subiría
¡ Con tal que me llevases de la mano!

LXXXIV.

Cuando sea cadáver para todos,
Pon tu mano en mi pecho;
Lo has de sentir latiendo todavía,
Que sólo para tí no habré yo muerto!

LXXXV.

En medio de esas vagas armonías
Que turban el silencio de la noche,
Creo escuchar mi nombre en un acento
Que mi alma reconoce....
Y yo, insensato, me figuro á veces,

Que eres tú, que me llamas por mi nombre,
Que de tus labios de coral el viento
Al pasar lo recoje.

LXXXVI.

Cuando pienso en la negra sepultura;
Cuando miro un abismo,
Mi corazón se oprime de tristeza,
Y pienso en el olvido.
Cuando levanto al cielo la mirada
Y veo que es el mismo,
Mi corazón se llena de alegría
Y pienso en lo infinito :
Y ya triste, ya alegre, cuantas veces
Los horizontes miro,
¡ No quisiera mirar ese fantasma
Que flota en el vacío !

LXXXVII.

Cuando miro volando alguna nube
Que por los aires va,
La sigo con la vista, y me pregunto :
¿ Á dónde va á parar?
Cuando miro algún ave solitaria
Cruzar la inmensidad,
La sigo con la vista, y á mis solas
Me digo : ¿Á dónde irá?
Y nadie me responde, y me entristece
No saber dónde van,
Y es porque yo también, luz de mis ojos,
También voy á volar !

LXXXVIII.

¿ Tienes celos? ¿De quién? ¡ Es que tú ignoras

Lo que tu rostro peregrino vale,
Lo que tu labio esconde,
Lo que en tus ojos arde!
Y lo que vale tu alma...
¡ Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

LXXXIX.

Hay un reloj que por instantes rápidos
Los siglos marca de mi eterno amor.
¿ No sabes tú cual es? Pues oye el péndulo:
¡ Latiendo está por tí mi corazón !

XC.

En tu hechicera faz ví la alegría,
Y la tristeza en tu hechicera faz,
Y entonces comprendí todo lo hermoso
Del cielo y de la mar !

XCI.

Si no es todo ilusión, si en los espacios
Tu espíritu me busca,
Piensa, al pensar en mí cada mañana,
Que es uno mismo el sol que nos alumbra!

XCII.

Yo voy con esas aves melancólicas
Que en el silencio de la noche cantan;
¡ Quién pudiera en la noche de los sueños
Cantar en el silencio de tu alma!

XCIII.

No le temo á tu olvido; ¡ no podrías

Tanto amor olvidar!
¿Sabes á qué le temo, si me quieres?
¡Á que no puedas ya quererme más!

XCIV.

¡Qué hermosa es la mañana cuando enciende
Su roja tea el sol!
¿Dónde se van las sombras de la noche?.
¿Á dónde va el dolor?
¡Qué cantar de las aves en el campo!
¡Qué alegre su canción!
¡Cómo respira y se levanta todo
Cuando amanece Dios!
¡Cómo cruza el espacio tu fantástica
Risueña aparición!
Hoy eres toda llama, anoche sombra:
Y anoche y hoy, amor!
¿Será la luz del alba la esperanza?
¿Lo sabes? pues yo no!
¡Sólo sé que no sé por qué se muere
Por tí mi corazón!

XCV.

Llegué al sombrío atrio de la iglesia,
Y el dolor me detuvo,
Y creí que mi mano se apoyaba
En la fría pared de mi sepulcro.
Como su imajen pálida, mi alma
Se desprendió del mundo,
Torné los ojos y encontré tinieblas,
¡Volví la vista al cielo y lo ví oscuro!

. . . .
. . . .

Al fin estamos solos, arpa mía,
En la alta noche, juntos ;
Ni un eco... ni una nota... aquí aguardamos,
Mudas tus cuerdas y mi labio mudo.
Se llenó de ilusión mi pensamiento,
Mi corazón de luto....
Yo no sé dónde fueron sus promesas,
Yo sólo sé que el triunfo ha sido suyo.

XCVI.

Yo soy hoja caída que se seca,
Soy el dolor que ríe,
Soy la deshecha nave que ha cruzado
Horizontes sin límites,
Ola del mar que se estrelló en la arena
Al pié del arrecife ;
Soy el día que muere en el crepúsculo
De una esperanza triste ;
Yo soy la noche, en fin : ¡ dime si eres
La sombra que me sigue !

XCVII.

Antes dejaba yo mis pensamientos
Al acaso volar,
Y nada me importaba que volvieran,
Ó no volvieran más.
Desde que te conozco, desde entonces,
No importa á donde van,
Y anhelo por que vuelvan y me digan
Lo que pensando estás !

XCVIII.

¿ Cómo vivo ? No sé, soñando en cosas
No sé si de alegrías ó dolores...
Que á veces me parecen realidades,

Y á veces me parecen ilusiones.
 Cuando á contarte vayan cómo vivo,
Esas jentes que viven porque comen,
Diles, pero de modo que lo entiendan,
Diles que ni siquiera me conocen.

XCIX.

Hay quienes piensan que al morir el alma
Se va con los placeres que ha gozado,
Que deja sus desdichas, que por eso
 Hay tantos desdichados.
Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,
 Que es falso, que es muy falso ;
Que el alma que se va sólo se lleva
La única dicha de romper sus lazos.

C.

¡Y hace muy poco que empezó la lucha!
 ¡ No hace mucho que sufro !
Pero tales serán estos dolores
Que el tiempo breve me parece mucho.
Al través de mis lágrimas los veo
 Pasar uno por uno ;
¡ Yo soy el mismo... ¡ siempre ! Aquí le guardo
Mi amor eterno, cuando pase, al último !

CI.

Y sé que son las almas
 Como las olas,
Que siempre va la una
 Siguiendo á la otra ;
 Tú vas delante...
¿ Dónde estará la playa
 Que nos aguarde ?

CII.

Bandadas de torcaces, blancas nubes
De blancas flores que arrebata el viento,
Ay ! eso son á veces cuando lloro
Mis locos pensamientos !
Tropel de aves fatídicas, tinieblas
Que arrebata el turbión del cementerio,
¡ Ay, eso son á veces cuando río
Mis tristes pensamientos !

CIII.

Es preciso callar... De estas canciones
Aún tiene el alma muchas ;
Pero guardadas en el pecho mío,
¡ Bajarán con mis restos á la tumba !

CIV.

Después que yo me ausente, no me busques,
Niña, en el panteón,
Ni busques esta llama que me abrasa
En los rayos del sol,
Ni busques mis miradas en los astros,
Ni mi aliento en la flor ;
Ni en las sombras que vagan por las noches
Mi ardiente inspiración !
Si quieres encontrarme entero, busca
En mis versos, mi amor ;
Y si buscas mi imajen, no la busques
Si no la guarda ya tu corazón !

TROVAS COLUMBINAS

Méjico, abril de 1881.

Á LA SOCIEDAD

COLOMBINA ONUBENSE

HUELVA.

José Peón y Contreras.

CRISTÓBAL COLÓN

I.

Espíritu jigante que otros mundos
En el espacio habitas,
Torna al sepulcro que tu cárcel guarda,
Y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco
Arrástrate y camina;
Vuelve á poner sobre tu frente augusta
La corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio
Sardónica sonrisa;
Que la estúpida plebe te escarnezca;
Que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón sencillo
El arma de la envidia,
Y torrentes de lágrimas, á solas,
Mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos
Tu sombra fujitiva,
Mientras te burla en los salones rejios,
Necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta
La poderosa vista;

Tu llanto beba la arenosa playa,
Y que besen tu sien auras marinas.

Y sulca al fin los piélagos ignotos
En la arbolada quilla,
Y triunfa... Y al rumor de tus cadenas
Caiga en el polvo mi dorada lira.

II.

Al mediar de la noche silenciosa,
Á la pálida luz de las estrellas,
Vagaba por los mares lusitanos
Una hermosa galera jenovesa.

Iba de corso. El timonel velaba
Viendo brillar el fósforo en la estela...
De repente paróse, gritó: — « Fuego: »
Y el fuego apareció sobre cubierta.

III.

Ardía envuelta la galera en llamas,
No lejos de la costa:
Ase un marino el remo con la diestra
Y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento
Hiende las bravas olas,
Y pisa al cabo con segura planta
Riberas de Lisboa.

Dirije luego la mirada al cielo,
Serena y melancólica,
Y la vuelve á la mar, y la dilata
Por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvían
Al jenio de las ondas;
La mar lo rechazaba. ¡Y para el náufrago,
Era la tierra poca!

IV.

Alto, robusto, varonil semblante
Por noble, seductor;
La tez, un día transparente y blanca,
Tostada del sol;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,
Tal vez por el dolor;
Su madre patria, Jénova; su nombre
Cristóbal Colón.

V.

El que á solas en su hogar
Con la sociedad se encierra,
Sus penas no ha de contar,
Ni á las flores en la tierra,
Ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir
En su mente un pensamiento
Que en su mente ha de morir,
Pues en tan hondo aislamiento
¿Á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar
Sus penas y sus temores,
Pues no le han de contestar,
Si está en la tierra, las flores,
Ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor
Y la ola al mar, y al horror
Del pasado, el sufrimiento;
Y vuelve á el alma el lamento
Que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar
Con la soledad se encierra,
Sus penas no ha de contar,
Ni á las flores en la tierra,
Ni á las olas en la mar.

VI.

No está la nube en los espacios sola
Ni viven solas en el mar las algas;
Y en el humano pecho
Sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,
Y las ramas del árbol en las ramas,
Y en el agreste nido
Se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día
Jimiendo en triste soledad ingrata,
Halló por su ventura
El alma compañera de su alma.

Y flores tuvo la escarpada peña,
Y blancos lirios la infecunda playa,
Y la celeste bóveda
Limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella
En la lóbrega noche de borrasca,
Y penetró su rayo
En el sombrío corazón del nauta.

VII.

Después de la luz, la noche
Envuelta en niebla sombría;
Después del placer, las tristes
Lágrimas en la mejilla.
Bajo los pétalos blancos
De la flor, la aguda espina;
Bajo las rosas, el polvo
De las rosas de otros días.
Junto al azahar de la boda,
Inmortales amarillas;
Junto á la cuna, la huesa;
Junto á la nada, la vida.

VIII.

Dichosa mansión, dichosa
Si no la nubla el pesar.
¡Qué hermosa en la luz, qué hermosa
En el cielo del hogar!

En el hogar, lo mismo que en el cielo,
Hay también un crepúsculo sombrío:
El cielo moja de rocío el suelo,
Y son en el hogar como rocío
Las lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansión, qué triste,
Cuando la nubla el pesar!
¡Colón de negro viste
El cielo de su hogar!

IX.

Bajo del sauce tétrico,
La sepultura cubre

Su oscuro seno, con mullido césped
Y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,
Entre otras tristes cruces,
Señalan todos el postrero sitio
De los que ya no sufren.

Colón, lloroso y pálido,
En hora amarga y lúgubre
El sitio señaló donde dormía
Su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas
Miró la tumba fúnebre,
Cubrir su seno con mullido césped
Y con lirios azules.

X.

Al borde de un sepulcro, de rodillas
Estaba Colón,
Y también de rodillas, y á su lado,
Un vástago en flor.

Un niño que tenía en la mirada
Amarga aflicción:
Y sin consuelo y entre acerbas quejas
Lloraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,
De inmenso dolor,
En que el nauta se alzó de la tumba
Y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse
Sencilla oración,

Y de la boca varonil y trémula
Un himno de amor.

XI.

«¡Amor, mi amor! Celeste mensajera
Del dulce bien y la esperanza mía,
De tu edad en la dulce primavera
Te ví rodar bajo la tierra fría;
Amor, amor, en mi ilusión primera
Inagotable fuente de alegría;
Purísimo raudal que apuré ansioso
Más que agora infelice, venturoso.

«¿Á dónde voy, errante peregrino,
Sin sombra, sin amparo, sin consuelo?
Murieron ya las flores del camino,
Se apagaron las lámparas del cielo:
Sobre mí poderoso torbellino
Las nubes amontona en denso velo;
La soledad mi espíritu amedrenta,
Y ruje en mis oídos la tormenta.

«¿Si escuchara tu voz, Felipa mía,
Vibrante como música sonora,
Renacieran la paz y alegría
Del que sin paz sus alegrías llora;
Renacieran las flores que tejía
Al risueño alborar de blanca aurora,
Con que anudaba los perdidos lazos,
Embriagado de amor entre tus brazos.

«¿Y era un sueño no más tanta ventura?
¿Fantástica ilusión, belleza tanta?
Al través de esa losa helada y dura,
Que al golpe de mi pecho se quebranta,
La imajen de tu pálida hermosura

Pienso que ante mis ojos se levanta.
Y de nuevo suavísima y tranquila,
Arde la luz del cielo en tu pupila.

« Parece que otra vez los dos unidos
Con las caricias de tu amor profundo,
Soñamos de placer embebecidos,
En hallar para el mundo un nuevo mundo.
Delirantes, acaso, los sentidos,
El espíritu inquieto y vagabundo,
Dejábamos volar el pensamiento
Libre y altivo en la región del viento.

« Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?
De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?
Movió su rueda el porvenir esquivo,
Y á los dos nos hundió bajo su rueda.
Errante, desdichado, fujitivo,
Mientras la duda el corazón hospeda,
Iré sin guía, sin timón, sin norte,
De lugar en lugar, de corte en corte.

« Mas donde quiera que me arrastre el hado
Renovarán nuestra sencilla historia,
Las dulces horas que pasé á tu lado,
Fugaces retornando á la memoria.
Presente siempre miraré el pasado;
Y ya á la luz ardiente de la gloria,
Ó de la sombra al tenebroso abrigo,
Tu amor, tu imajen, estarán conmigo.

« Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía
Cuna le dió de perfumadas flores,
Hoy, triste, amortajando su alegría,
Cerró mi corazón á los amores.
Y pues lo quiso Dios, la tumba fría
Guarde aquí tus encantos seductores,

Que, á despecho del tiempo y del olvido,
En mi alma vivirá como has vivido.

« Yo te he de ver en el fulgor postrero
Del día al espirar en mi ventana,
Y al fenecer la noche en el lucero
Que se pierde á la luz de la mañana;
En el vapor errante y pasajero
Que el cielo azul recorta y engalana,
O al fulgor del relámpago en la nube
Que en alas del turbión al éter sube.

« Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,
Hallar la tierra que soñó mi mente,
Y grande al fin, bajo el dosel del cielo,
Ante Dios nada más baje la frente,
Al detener mi fatigoso vuelo,
En las arenas de la playa ardiente,
Veré tu imajen en la nueva orilla
Y sentiré tu beso en mi mejilla.

« En tanto, dulce bien, recibe el mío
De mi cariño santo en el exceso. » —
Y el noble jenovés, grave y sombrío,
De su dolor en las cadenas preso,
Cayó de hinojos sobre el césped frío,
Y en él dejando el doloroso beso
Que repitió la noche en són lejano,
Partió, llevando al niño de la mano.

XII.

Al misterioso impulso del destino
Cruza Colón un áspero camino,
En alas de su loca inspiración.
¡ Pobre marino !
¡ Pobre Colón !

En Portugal dejó cuanto quería;
No supo Portugal lo que tenía:
Portugal no lo supo por su mal:
No supo que perdía
Su gloria Portugal.

Como arista que lanza el torbellino,
Así lanzado el triste peregrino
Abandonó una noche su mansión.
¡ Pobre marino!
¡ Pobre Colón!

XIII.

Con Dios que los acompaña,
Y su amor y su cariño,
Van, con ansiedad extraña,
Solos un hombre y un niño,
Cruzando tierra de España.

Van hacia Huelva, del cielo
Y de su suerte á merced:
Siente el hombre un hondo anhelo,
Y el niño en su desconsuelo
Hambre tiene, y tiene sed.

¡ Ay! Y entonces quiso Dios
Que en aquel triste momento
Llegaran, de amparo en pos,
Á las puertas de un convento
Desfallecidos los dos.

Era la Rábida. . . . Era
Triste y sombrío por fuera,
Y por dentro triste y serio,
El vetusto monasterio
Que años há que los espera.

Que apenas, tras el pesar
De sus congojas testigo,
Llamaron, — sin vacilar —
Abrió un hermano el postigo
Para dejarlos entrar.

Y entraron ; y en su alegría
Se olvidan de la pasada
Y mortal melancolía . . . .
¡ Puesto que Dios es su guía,
Dios los lleva á su morada!

Diéronle al niño sustento,
Al alma contentamiento ;
Y de dulce paz gozando,
Durmióse en el lecho blando
De una sala del convento.

Y á Colón, como el mejor
Alivio á su acerba pena,
Le conducen, por favor,
Á la celda del prior
Fray Juán Pérez de Marchena.

XIV.

Leyó el fraile en los ojos del marino :
Sondeó el marino el corazón del fraile :
Juán Pérez de Marchena miró al jenio :
Colón absorto contemplaba al ánjel.
Lo que aquellos dos hombres se dijeron
En aquella mirada, Dios lo sabe :
Eso que sólo el pensamiento escribe
No lo guarda la historia en sus anales.
Colón le dió un tesoro al franciscano
Encerrado en una arca impenetrable.

Miró Marchena el arca, y para abrirla
Al nauta jenovés le dió la llave.

XV.

En pavoroso aislamiento
Se mira el sagrado muro,
Y solitario y oscuro
El interior del convento.
Una ráfaga de viento,
Á grandes pausas, jemía
En la estrecha celosía,
Ó al penetrar en las rejas
Destartaladas y viejas
De la ruinosa arquería.

De pronto un rumor se oyó
Como el de abrirse una puerta,
Y al fulgor de luz incierta,
Un hombre al claustro salió.
Paso á paso atravesó,
Como una sombra lijera,
Tras una y otra escalera,
Uno y otro apartamiento,
Sin que el débil eco lento
De su pisada se oyera.

Como un timbre funeral
Que los espacios recorre,
Sonó la una en la torre
De la iglesia conventual.
De su puerta hasta el umbral
Llegó el hombre; reverente
Mojó su mano en la fuente
Bendita; apagó la luz,
Y la señal de la cruz
Se hizo, rezando, en la frente.

Después, respetuoso y grave,
En el templo penetró;
Rezando siempre, avanzó
Bajo la sagrada nave;
Y ante una luz, que süave
Lánguida y triste esparcía
Sobre el altar en que ardía
Vagos resplandores rojos,
Cayó en el suelo de hinojos,
En mitad de la crujía.

Inmóvil, meditabundo,
Quedóse allí, sumerjido,
Y aletargado el sentido
En un éxtasis profundo.
Allí, muy lejos del mundo
En donde la infamia medra,
Donde al espíritu arredra
Huracán vertijinoso,
Permaneció silencioso
Como una estatua de piedra.

¿ Breve el tiempo? ¿ El tiempo largo
Pasó para él? ¿ Gozaba,
Ó del dolor apuraba
Impío cáliz amargo? . . .
Salió al fin de su letargo,
Y tras la muda oración
Que en honda contemplación,
Tal vez alivió su duelo,
Alzó los ojos, y al cielo
Elevó su corazón.

«Señor, yo vengo á tí; yo estoy perdido
Del bosque en la espesura :
Su lobreguez medrosa me anonada,
Sus vastas soledades me dan miedo.

« Yo vago errante en la extensión inmensa
De procelosos mares,
Y me estremezco de mirarme solo,
Entregado á los vientos y las olas.

« Dale, Señor, al ánima turbada
Tu aliento poderoso;
Busco una senda que dirija al llano,
Busco un bajel que me conduzca al puerto.

« La fe, como esa lámpara bendita,
Arde perenne en mi alma;
No la apagues jamás, y de contino
Arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

« Yo presiento, Señor, la amarga lucha
Que el porvenir me guarda;
Yo sé que en mi cerebro hay una idea
Que siento que no cabe en mi cerebro.

« Mas tú, Señor, que la comprendes sólo,
Porque de tí me vino,
Dame arrojo y bravura en la batalla,
No me abandones en la heroica empresa.

« Yo me humillo ante tí; yo nada valgo;
Es tuyo cuanto pienso;
Haz que aparezca un día ante mis ojos
Ese mundo que al fin es todo tuyo.

« Tú no enjendras la duda, tú afirmaste
En mi alma la creencia;
Y no ha de ser mentira lo que creo,
Que yo por tí lo creo, y tú no mientes.

« Yo sé que la verdad está escondida,
Como está en este instante

El rayo ardiente de la luz febea,
Que en breves horas lucirá su aurora.

« Un rayo de ese sol sé que algún día,
Tal vez no muy lejano,
Alumbrará, brillando ante mis ojos,
De ignota playa la húmeda ribera.

« Yo quiero en esa playa que tu nombre
Se escape de mi labio;
Quiero, Señor, de hinojos bendecirle;
Y no quiero morir sin que así sea. »

Calló Colón. En seguida
Se levantó satisfecho,
Cual si sintiera en el pecho
Más vigor y nueva vida:
Como el que juzga escondida
La senda y la vuelve á hallar,
Como el que torna á encontrar
El tesoro que perdió,
Así del templo salió
En que le vimos entrar.

XVI.

Marchena le dió una carta
Á Colón, le dió dineros,
Humilde cabalgadura,
Y su amor y sus consejos:
Con el médico Fernández
Y el tierno niño y un lego,
Acompañóle hasta el atrio,
Dándole valor y aliento.
Le dijo que atendería
En su ausencia al pequeñuelo;
Y el jenovés, pesaroso

Y feliz á un mismo tiempo,
Aprisionando una lágrima
En el fondo de su pecho,
Rumbo á la corte de España
Se alejó del monasterio.

XVII.

Fantasma que recorres los espacios,
Impetuoso huracán,
Hay una roca en que tus negras alas
Se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas
Del anchuroso mar,
Hay una playa que en su arena ardiente
La tumba te abrirá.

Y tú, jigante pensamiento, idea
Que corres al azar,
Para atajar tu paso y sepultarte
Está la humanidad.

XVIII.

Las nubes que amontona
La tempestad, le sirven de corona
Á su pálida frente,
Que avara esconde portentosa idea.
Hay un abismo en su mirada ardiente,
Y el rayo en el abismo centellea.
¿ Á dónde va? ¿ Qué quiere? ¿ Quién le ayuda
Á penetrar un misterioso arcano?
Él mismo desfallece, él mismo duda,
Y lleva en su conciencia un oceáno.
En él sin rumbo ni timón navega
Su propio pensamiento.

¡ Ay del que al fin de su esperanza llega !
¿Á dónde le conduce el sufrimiento?
¿ Delira? No lo sabe.
Colón no sabe en el dolor profundo
De su inmensa tristeza,
Si ese mundo que sueña está en el mundo,
Ó lo lleva no más en la cabeza.

XIX.

Sobre las ondas de la mar humana,
En el mar de la vida,
Conduce el nauta con segura mano
Su frájil navecilla.

Es la fe su timón ; su vela, el jenio ;
El Salvador su guía,
¡ El que sacando á Pedro de las olas
Le condujo á la orilla !

XX.

¡ Flores para el alma, flores
Para el pobre corazón!
Sin consuelo, sin amores,
Sólo siente los horrores
De la desesperación.

Tal vez nace en él un puro,
Dulce recuerdo de ayer,
Como en las grietas del muro
Triste, ruinoso y oscuro,
Suele una hierba nacer.

Tal vez exhala un lamento
De dolor ; del sentimiento
Melancólico jemido

Que sube al cielo, perdido
Entre las ondas del viento.

Nada en su suerte fatal
Á mirar siquiera alcanza
Que alivie su ansia mortal;
Y entre un velo funeral
Se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena;
Más que la pena, el martirio
Que el espíritu envenena,
Y á la razón enajena
En horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,
Otro día, y en eterno
Padecer, la noche impía;
Y con ella la agonía
Espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor
Hermoso de la mañana;
Siempre el tormento mayor,
Y más cercano el dolor,
Y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,
Al rigor del sufrimiento,
La débil materia inerme...
¡Mas si la materia duerme,
Nunca duerme el pensamiento!

XXI.

Pasa en la humana marea
Lo que en el revuelto ponto:

Siempre la espuma está arriba,
Nunca hay espuma en el fondo.

Para lograr una empresa
Es un siglo tiempo corto,
Si para ella, al fin lograda,
Es la eternidad un soplo.

Guardó Dios el pensamiento
Como en un sepulcro lóbrego,
Y nadie ha visto pensar
Ni á los cuerdos ni á los locos.

Encierra tus pensamientos
Allá muy hondo, muy hondo,
Y á nadie se los descubras
Si no piensas como todos.

Por el camino más breve
Nunca preguntes : tú solo
Sabrás, midiendo tus fuerzas,
Por cuál se llega más pronto.

Si no han de entenderte, nunca
Muestres tu idea á los otros,
Que el que quiera ver al sol
Tiene que cerrar los ojos.

Nada importa que murmuren ;
Nada que te llamen loco;
Si Dios te da fe... ¡ Ya sabes
Que Dios está sobre todo !

XXII.

" Como Venecia y Portugal, España,
Quédate con tus reyes y tus sabios,

Pues que creyeron fábula ó patraña
Lo que acertaron á decir mis labios:
Nada llevo de tí, no me acompaña
Ni el recuerdo cruel de tus agravios:
Nunca mi pecho de rencores supo:
¡En él no más la desventura cupo!

"Tal vez otro monarca en otra tierra
Pueda abarcar mi extraño pensamiento,
Que la fe que el Señor en mi alma encierra
No se apaga en mi alma ni un momento;
Ni el porvenir mi corazón aterra,
Ni mi espíritu apoca el sufrimiento;
Que en la tierra ó el mar, tras mi destino,
No han de faltarme aliento ni camino."

XXIII.

Esto dijo Colón frente al soberbio
Alcázar de Granada,
Donde estaban los reyes de Castilla,
Donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho
Su corazón desgarra,
Salió de la ciudad, enderezando
A Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,
Su múltiple desgracia,
Que el niño con Fray Pérez hace tiempo
Que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía
Perder sus esperanzas,
Abandonar sus ilusiones todas,
Abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco
De un corcel que volaba.
Y sospechó, riendo de alborozo,
Que él era á quien buscaban.

XXIV.

¿Seguísme?
— Sí.
— ¡Voto á tal!
— Os esperan.
— Podrá ser:
¿Quién me espera?
— Una mujer
En el Palacio Real.
— No es á mí, por vida mía.
—¿Sois Colón?
— El mismo soy;
Y, ya lo estais viendo, voy
Camino de Andalucía.
Y ni me quiero volver,
Ni sobra para eso espacio,
Ni con damas de palacio
Tengo yo nada que ver.
—¿Irme sin vos? No, en mal hora,
Ni sé que os podais negar;
Que quien os manda llamar
Es la Reina mi señora.
— ¿La Reina?
— En su nombre vengo.
—¿Que yo retorne á Granada?
Si os burlais, con esta espada
De haceros pedazos tengo.
— Os juro que hablo formal.
— En ese caso ya os sigo.
— Bien, señor, ireis conmigo
Hasta el Palacio Real.

XXV.

Sobre un cojín de púrpura y de oro
Sentada está Isabel, gloria de España :
La que al Rey de Aragón trajo á Castilla,
La que arrojó á los moros de Granada.
Entre sus manos de marfil y rosa
Le está dando de vueltas á una carta,
Firmada por Fray Pérez de Marchena
Y escrita en el convento de la Rábida.
Delante de Isabel, alta la frente,
Á raudales vertiendo la palabra,
Y con segura mano y firme pulso,
Trazando extrañas líneas en un mapa,
Se ve á Colón radiante de alegría,
Escondiendo en su pecho la desgracia,
Y en un trono más alto que los tronos
Sentando altiva la soberbia planta.
Así le vió Isabel, la reina hermosa
Que en las alas del jenio arrebatada,
Las ondas cruza de revueltos mares,
La arena pisa de remota playa ;
El madero del Gólgota contempla,
De extraño clima en la rejión lejana,
En las torres erguidas de los templos
Y en la cumbre glacial de las montañas.
Y tornando á Colón el rostro augusto
Con poderoso acento exclamó : " Basta :
Pues que España te niega sus tesoros,
Yo quiero darle mi tesoro á España.
He de fundir mi cetro y mi corona,
He de vender mis joyas y mis galas ;
Y en el nombre de Dios y de Fernando
Extiende el cerco de mi noble patria. "
Dijo, y dejando por su labio rojo
Vagar una sonrisa de esperanza,

Dióle á besar al jenovés la mano,
Y se alejó lijera de la estancia...
Quedó Colón confuso unos instantes,
Dudando si vivía ó si soñaba,
Si era aquella mujer del otro mundo
Portentosa visión, ánjel-fantasma.
Y al fin entre la turba palaciega
Salió, sacando de la rejia cámara,
Envueltas en la carta de Fray Pérez,
Las joyas de la augusta soberana.

XXVI.

Del riguroso invierno al frío hálito,
Las flores en el polvo morirán :
No importa, que del polvo
Mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,
Su luz en la tiniebla ocultará :
No importa, en la tiniebla
Mañana brillará.

XXVII.

Perdido navegante,
Suspira sin ventura,
Y ve la luz del día
Lucir de nuevo tras la noche oscura.

Se sacan del sepulcro
Los restos del finado;
Pero otra vez se llena
Con otros restos el sepulcro helado.

Su mustia gala, el monte
En verde manto trueca;

Y el agua de las lluvias
Torna á correr en la barranca seca.

XXVIII.

Después del mediodía,
Bajaba del zenit el sol ardiente,
Y en el muelle de Palos se veía
Muchedumbre de jente.

Sollozos al quebranto
En su vuelo arrancaban los instantes,
Y el ánjel del dolor bañaba en llanto
Los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,
Y ternísimas frases, y consejos;
Y estaban mudos de pesar los niños,
Y de terror los viejos.

Se van unos valientes,
Se van á conquistar tierras extrañas.
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas jentes
El mar en sus entrañas!

— " Se van con un marino,
Que á conducirlos por la mar se atreve;
Y dicen que él no más sabe el camino.
¡Que Dios con bien lo lleve!

"Su vida estima en poco.
Á otros con él á perecer no obligue.
Que el cielo le perdone, si está loco;
Si nó, que le castigue.

" En frájiles maderos
Al furor de los mares los expone.

¡Ay! si ellos en morir son los primeros,
¡Que Dios se lo perdone!

"En su anhelar profundo
Es navegar su pensamiento fijo:
Dicen que á nadie tiene en este mundo,
Que sólo tiene un hijo.

"Que en la Rábida un día
El pobre niño se quedó llorando:
Y le dijo el cruel que volvería.
Eso... ¡quién sabe cuándo!" —

Los padres, los hermanos
Así murmuran, y su seno hieren;
Y enclavijan los dedos de sus manos
Las madres que se mueren.

Tristísimas y graves
Recuerdan sus pasados regocijos,
Con los ojos clavados en las naves
Donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,
Tristeza, confusión, duelo y espanto:
Ninguno al ruego el corazón serena,
No hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma
Exenta de amargura y desconsuelo:
Sólo el cielo y Colón están en calma;
Colón no más y el cielo.

XXIX.

¿Dónde van las carabelas?
¿Dónde van?

Del puerto salieron,
Gaviotas del mar;
Del puerto han salido; si el jenio las guía,
Al puerto algún día tal vez volverán.

XXX.

Dios es el jenio... Dios en los espacios
Sentado está sobre su excelso trono:
Duerme el rayo á sus piés, y encadenada
Ruje la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,
Dora las cimas del salobre ponto,
Y tres naves en él van empujadas
Del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas... Iba en una
El mendigo infeliz, el necio, el loco.
Él en Dios tiene puesto el pensamiento,
Dios no aparta los ojos del piloto.

XXXI.

¡Qué triste es quedarse triste!
¡Qué triste es quedarse solo!
La soledad en el alma,
Las lágrimas en los ojos,
Los recuerdos del pasado
Para levantarse prontos,
Como muertos que se alzan
De su sarcófago lóbrego.

XXXII.

Del piélago cruzando la llanura,
Viento en popa hácia Oeste, á todo andar,

Al encuentro incesante de las ondas
Las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados
La mar; y por detrás:
Arriba el cielo azul y majestoso:
Por doquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,
La muerte en el abismo de la mar:
Sólo Colón sabía en dónde estaban
La vida y la verdad.

XXXIII.

Rujió la tempestad, un pardo velo
Tendió sobre las aguas turbulentas;
Ni una ráfaga azul quedó en el cielo,
Y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran
Las unas de las otras de repente,
Y los marinos cual fantasmas jiran
Sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,
Ninguno el ansia del valor sentía,
Y acobardados se ajitaban todos
Bajo el fuego celeste que caía.

La eléctrica descarga, los latidos
Del corazón ahoga dentro el pecho,
Y dominan las ondas, impelidos
Por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo;
Aún Franklin no nacía:

Andaba suelto el rayo ;
No estaba encadenado todavía.

XXXIV.

La tormenta pasó, y en breves horas
La mar tornóse azul, y azul el cielo ;
Empero allí en el fondo de las naves,
Que cruzaban el piélago sereno,
Bajo la roja blusa del marino,
En el abismo del cobarde pecho,
Sin una sola nube en el espacio,
Sin que se oyera rebramar el trueno,
Más fiera, más adusta, más terrible,
Sorda la tempestad siguió rujiendo.

XXXV.

" No es cierto : era quimera :
Ese hombre nos engaña ....
Muera Colón ; que á nuestras manos muera ;
Y viremos de rumbo para España....

"Mas si le damos muerte ;
Si el mar en tumba fría
Para el audaz piloto se convierte,
¿Quién á la patria nuestras naves guía ? "

Inmóvil y sombrío,
Colón junto á la prora
Ve que corta las olas el navío,
Esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa
Las iras de su jente,
Y dilata su labio una sonrisa,
Y se tiñe de púrpura su frente.

XXXVI.

Crece el motín; el descontento crece:
Relucen en las manos los aceros,
Y á Colón, que de angustia se estremece,
Torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten después el ánima cobarde,
Y tiemblan un instante á su presencia;
Que en sus miradas poderosas arde
El último fulgor de la demencia.

Aún murmuran sus quejas, sus agravios;
Todo es allí para calmarlos poco:
De súbito el terror sella los labios....
¡Por la postrera vez va á hablar el loco!

XXXVII.

"Dentro del tercero día,
Si no aparece la tierra,
La prora rumbo hacia España
Volverán mis carabelas."
Dijo Colón á su jente
Con voz tranquila y resuelta;
Y en el lejano horizonte
Clavó la vista serena,
Como si allí contemplara,
Entre el vapor de la niebla,
De un mundo desconocido
La fantástica ribera.

XXXVIII.

Cesaron los clamores, los denuestos,
La torpe algarabía;

Y ansiosos en sus puestos
Esperan todos el tercero día.

XXXIX.

¿Colón sujeta el ala de los vientos
Sobre la mar bravía?
¿Él traza el curso á la corriente rauda
Bajo la dura quilla?

¿Él, al tiempo fugaz que en el pasado
Las horas precipita,
En el vértigo loco de su orgullo
Señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto
De la tiniebla fría,
Y en luz baña, á su antojo, de los orbes
Las bóvedas sombrías?

XL.

Temblando sobre la prora
Colón absorto se pára,
Y de rodillas cae, y se extasía,
Lo mismo que en el templo de la Rábida.

Acaso en hondo misterio
Siente cautiva su alma;
Y mide con la vista los espacios,
Y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira
Claridad de luz lejana,
Y vagos y dudosos resplandores,
Y en la tiniebla negra, nubes blancas.

Tal se le figura un trono
Que en los aires se levanta,
Y en el trono la imajen de María,
De estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;
Es la Virjen soberana,
La Emperatriz del orbe, que aparece
Bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colón se descubre, y dobla
Al suelo la frente pálida;
Y un cántico se escapa de su labio,
Y de sus tristes ojos una lágrima.

XLI.

" Virjen, Madre de Dios, ahora alcanzo
Lo mucho que te adoro.
Yo sé que no es verdad lo que estoy viendo,
Y sin ser la verdad te ven mis ojos.

"Desde niño, Señora, me enseñaron
Á amarte sobre todo:
Y por eso el horror de la congoja
Vienes á mitigar en tu devoto.

"Muchas veces te he visto de mi pecho
Alzarte en lo más hondo;
Y agora mismo dudo si estás fuera,
Ó aquí en mi corazón se alza tu trono.

" ¡Oh! Tú creiste, Madre, que perdía
El rumbo tu piloto;
Y á señalarle el rumbo te apareces
En la desierta soledad del ponto.

"Por eso adonde estás, mi débil leño
Camina en viento próspero.
¡ Ya sé que me acompañas ; y esas jentes,
Que se olvidan de tí, me juzgan solo!"

XLII.

La visión desparece;
Rueda la noche en lobreguez hundida,
Y ve Colón cruzar en el espacio,
Por la mano de un hombre conducida,
Una pálida luz.

¡Una luz! ¿Deliraba?
¿ Misteriosa ilusión se la finjía;
Ó de la noche en las espaldas negras,
Era el joyel brillante que prendía
El lóbrego capuz?

XLIII.

Gritaron : ¡ tierra!.... ¡ Tierra!
Repite el onda de la mar salada,
Y lo repite el viento
Que azota el trapo y en las vergas canta.
El tosco maderamen
"Tierra" dice también cuando restalla
Bajo el convulso paso
Del noble jenovés, que nunca pára;
Que piensa que delira ;
Que enjuga en sus mejillas una lágrima ;
Que el párpado restrega :
Y mira y le parece que le engañan
Sus ojos, y le burlan ;
Y los eleva al cielo, al mar los baja,
En torno los revuelve,
Y con la frente sudorosa y pálida,

Los fija en la ribera
Que ve á lo lejos como nube blanca.
Y permanece inmoble;
En la blanca ribera la mirada ;
El pasado infortunio
En el olvido ; en su Creador el alma ;
En el futuro envuelta
Con la luz de la gloria su esperanza ;
Y el pensamiento todo,
Todo su pensamiento, allá en España.

XLIV.

Y Colón hasta entonces no existía :
Colón era un fantasma, era el hermoso
Sueño de delirante fantasía.
Era la mar la cuna del coloso ;
Y en el momento aquél, Colón nacía.

XLV.

De un lado al otro lado,
De una blanca ribera á otra ribera,
De un mundo al otro mundo,
¿ Quién la noticia portentosa lleva ?

¡ Ay, si al volver á España
Tiende la tempestad sus alas negras !
¡ Si se abre el hondo abismo,
Y si sepulta el mar las carabelas !

XLVI.

Abierto está el teatro
Para la edad futura.
Nadie lo sabe aún.... ¡ Duermen los mártires,
Duermen también los héroes en la cuna !

XLVII.

Tú solo, ¡ oh sol de gloria !
El testigo inmortal de la alta empresa,
Iluminaste á un tiempo en aquel día
De entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo
Proyectabas dos sombras en la arena :
¡ La sombra de Fray Juan sobre una orilla,
La de Colón sobre la orilla opuesta !

XLVIII.

Lo mismo que el dolor es la alegría
Que al ánima da enojos,
La paz al pecho roba y roba el sueño
Á los cansados ojos.

Es de Colón inmensa la ventura,
Y su poder es tanto,
Que á un tiempo ríe y por su rostro corre
Á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido
Su parda niebla fría,
Y Colón se retira hacia su cámara
De la "Santa María."

Se revuelve en el lecho sin descanso,
Sin encontrar reposo,
Y las horas avanzan sobre el tiempo
Sereno y majestoso.

Cierra el nauta los ojos ; se figura
Que ya regresa á España,

Y que innúmero séquito, á la corte
    Le sigue y le acompaña.

Que está delante del augusto trono
    De los augustos reyes,
Y les enseña el ejemplar primero
    De las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda
    Se sientan á su lado,
Y él, igual á los reyes, bajo el solio,
    Se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades
    Se oye su nombre sólo,
Y la sonora trompa sus proezas
    Cuenta de polo á polo.

Que en áureos caracteres, en los libros
    Su triunfo se pregona,
Y más que la de césares augustos
    Es grande su corona.

Luégo crée Colón que ante sus ojos
    Se extiende negro velo;
Que se nubla su frente y que se nubla
    El limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,
    Ruda tormenta crece;
Y que su nave azota y cabe el trono
    Naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,
    Y que sañudos mira

Los rostros cortesanos, y la corte
Contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,
Y jime, y se atribula,
Y el frío soplo de la huesa helada
Por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,
Y la calumnia horrenda
Abre sus ojos y en los otros ojos
Anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias
Horribles de la muerte.
Ante él, soñando, ¿el velo se corría
De su futura suerte?

Llegaba acaso hasta el confin lejano
Del árido camino,
Y en su espantosa desnudez miraba,
En sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho
De la "Santa María!"
Colón no más soñaba con la muerte.
¡No más! Colón dormía.

ROMANCES DRAMÁTICOS

Sr. D. Francisco Patiño.

Mi querido amigo :

Puesto que en varias ocasiones me has manifestado vivo deseo de que coleccionara mis **ROMANCES DRAMÁTICOS,** *tengo el gusto de enviarte los que llevo escritos, para que, apadrinados por tu cariño, aparezcan en la república de las letras.*

Son el fruto de algunos instantes de reposo que me permito en medio de muchas horas de árido trabajo, y tengo la buena suerte de no concederles más valer que el poco que en sí tienen.

Puede ser que algún día me sea posible dar á algunos de estos humildes cuadros más extensa y cumplida forma, y, vestidos con galano ropaje, uno ú otro de los personajes que en ellos he bosquejado, asalten el palco escénico en busca de fortuna.

Notarás que uno de estos romances, el intitulado " Alfredo, " tiene una índole acaso distinta de la de los otros; pero tú, que sabes lo que para mí era y valía mi infortunado hermano, comprenderás que no puedo concebir nada más dramático que el terrible acontecimiento de su muerte.

Alfredo contaba 27 años, vió desaparecer hace algunos meses á su pequeña hija Matilde, y tres días después caía sobre él también la losa del sepulcro, que de su desolado hogar lo separaba eternamente.

Es, pues, mi corto romance, un débil grito que arranca á mi corazón el doloroso y profundo sentimiento que se extinguirá con su último latido.

Sé que incesante lluvia de flores deja caer la gratitud sobre la recién movida tierra que cubre sus restos; sé que con torrente de lágrimas la riega el cariño de los que en vida le

amaron : ¡ suba, entre tanto homenaje, hasta el trono del Hacedor Supremo, ese quejido que exhaló mi lira!

Réstame todavía advertirte que cuatro de estos romances han visto ya la luz, uno en el " Anuario Universal " de 1879, y los otros en el " Cronista de Méjico. "

Todos van, como verás, precedidos de un prefacio de nuestro común amigo Francisco J. Gómez Flores, que con tanta benevolencia juzga y ha juzgado siempre mis producciones literarias, teniendo ya, con esto y con tu nombre, una doble coraza, que defenderá seguramente mi libro de los embates á que se ha de ver expuesto.

Tuyo afectísimo

José Peón y CONTRERAS.

Méjico, Febrero 2 de 1880.

PREFACIO

Bosquejar interesantes fábulas dramáticas, sin definir bien sus contornos ni darles la última mano, fué la mira de Peón y Contreras al escribir los romances que hoy publica, colejidos en este pequeño volumen. Rasgos de figuras que acaso alguna vez se destacarán luminosas en el marco del escenario; trazos y diseños de cuadros que quizás algún día se trasladarán á la tela de Melpómene, con más vivos colores y estudiado dibujo; siluetas y perfiles de argumentos escénicos que, andando el tiempo, adquirirán tal vez acabada forma en obras de más aliento: he aquí lo que son estos romances. Ha seguido en ellos Peón y Contreras la práctica del artista que consigna apuntamientos y notas en su libro de memoria, para no malgastar ni hundir en el olvido imajenes ó ideas que le parecen dignas del estro ó del pincel. Tal ha sido su propósito.

Por su naturaleza y atributos son, pues, estos romances dramáticos encantadores bocetos. Las celebradas leyendas fantásticas de Bécquer no vienen á ser otra cosa, según el propio testimonio del sevillano poeta inmortal; ni otra cosa vienen á ser tampoco, los selectos poemas con que Núñez de Arce está hoy acreciendo el brillo y lustre de su nombre. Bécquer no tuvo tiempo para dar mayor extensión á sus leyendas : entiendo que Núñez de Arce no piensa darla en lo futuro á sus poemas : lo voluble y fecundo de la fantasía de Peón me hace cree que tampoco

ampliará sus romances, á pesar de sus vehementes designios. Fúndase éste nada profético augurio mío en la natural aversión de los autores á ocuparse dos veces y por diverso estilo en un mismo tema ó asunto. Juzgo muy difícil, además, que torne á la mente del vate, la espontaneidad con que produjo un poema, sin la cual perdería éste, en la refundición, toda su virjínea pureza y orijinal esplendidez nativa. No se repite con frecuencia el ejemplo de Zorrilla, que utilizó en dramas y leyendas á la par los injeniosos argumentos de que su rica imajinación y las abundantes crónicas de la madre Iberia le abastecían y colmaban. Algunos de los egrejios dramáticos españoles del glorioso siglo XVII, enamorados de la fecundidad, solieron reproducirse y copiarse en sus novelas escénicas. Alarcón, más cuerdo, no lo hizo nunca. El magnífico drama de *Los Amantes de Teruel* fué retocado y refundido varias veces, según se dice, hasta quedar como se representa en los teatros; pero hay que atender á que Hartzenbusch es poeta reflexivo y erudito. En cambio, García Gutiérrez tuvo que desechar la refundición que compuso de *El Trovador*, por haberle hecho venir á menos, y le dejó la irregularidad de su escritura en prosa y verso, defecto shakspeariano que pretendía correjirle. Vacílase en decidir cuál de los dos dramas, *¿Tan largo me lo fiais?* y *El burlador de Sevilla*, en que Tirso de Molina explotó el tipo lejendario de D. Juán Tenorio, es cronolójicamente anterior. Me inclino á suponer que el primero, por parecerme más bello, aunque los dos me encantan. Sucede muy á menudo que las refundiciones no surten el efecto apetecido, y que lejos de mejorar, empequeñecen y deslucen la primitiva concepción orijinal.

De mí sé decir que, prescindiendo del disgusto que me causa el que un escritor calque una composición en otra suya, me deleitan y regocijan las obras á medio hacer ó de primera mano, cuyos rasgos inconexos y como trazados al descuido, dejan traslucir, más que comprender, el vago pensamiento artístico. El cuadro cuyas figuras están

apenas delineadas; la pieza musical de notas trémulas y misteriosas; la mal pulida estatua que embellece á rumoroso jardín; el interrumpido y lejano són de una campana; un pedazo de cielo azul, un rizo rubio, unos ojos negros, una mano de nácar; todo lo que pudiéramos denominar fragmentos de la hermosura de la naturaleza y de la hermosura del arte, me embarga y suspende el ánimo, de extraña, halagadora é inexplicable manera. Y tal creo que acontece á todos mis semejantes. Más admira y embelesa un solo rapto de inspiración que la monótona serie de agradables ritmos y cadencias. Un canto aislado de *La Iliada* vale más que todo el poema artificioso y frío de D. Alonso de Ercilla. La extremada lima suele afear, lejos de embellecer, las obras artísticas. Así el *Quijote*, obra escrita de priesa, sin previo ensayo ni posterior pulimento, es infinitamente más grande que la novela de *Persiles y Segismunda*, que Cervantes aderezó y bruñó con prolijo esmero.

Peón y Contreras debe dejar, en consecuencia, los romances que forman esta galería de cuadros dramáticos tal como los concibió y produjo en el primer momento de inspiración, y así valdrán tanto ó más que si les diese ulterior y más extensa y jenuina estructura escénica. Un injenio de primer orden recomendó á los poetas que no violentasen el numen y que esperaran, para escribir, á que ajitase la mente: es dable añadir á la máxima que no se debe retocar una obra escrita en un instante de inspiración, cuando ya el espíritu no tenga la misma idoneidad. Hay inminente riesgo de flaquear en la demanda y de no salir con éxito.

La virtud de la inspiración es tal que guía y conduce al poeta hasta en la elección de la forma literaria más adecuada al asunto que enardece su fantasía. Así Peón y Contreras, sin anterior ni preconcebido intento, elijió para estos bocetos el romance octosílabo, que á la elegancia y sencillez de su mecanismo, une y añade su gran facilidad narrativa. Obró cuerdamente al escojerlo, que en él, por

lo demás, y según anda en lenguas, es docto y consumado maestro.

Tiene su historia, como todos los libros, el que hoy entrega al dominio del público.

Héla aquí, tan breve como es.

El sentido poeta Joaquín Trejo, que entre paréntesis se distingue también como romancero, pidióle á fines de 1878 una poesía para el *Anuario universal*, cuya publicación preparaba el conocido editor D. Filomeno Mata, y accediendo á darla Peón y Contreras, pensó algo que de lo vulgar se separase, la noche del mismo día, y, al siguiente, puso en manos de Trejo el romance titulado *Doña Brenda*, el primero de los en este volumen insertos, que van colocados según orden cronolójico. Meses después, juzgando oportuno y de alguna novedad el escribir una colección de varios de la propia índole, dedicó á la empresa los pocos ratos de ocio que le permite el arduo ejercicio de su profesión humanitaria, y fué acopiando paulatinamente los materiales del libro que hoy da á la estampa.

Tres de estos romances han visto ya la luz, por separado, en las columnas de *El Cronista de Méjico*. En el *Anuario universal* correspondiente al año de... 1879, apareció, como antes dije, el de *Doña Brenda*, orijen de todos. Los demás se dan por primera vez á la imprenta.

Ahora bien, estos bocetos, que he principiado por calificar de encantadores, ¿tienen prendas suficientes para merecer tal dictado, ó mi grande afecto á Peón me compele á mirarlos al través de prisma color de rosa? No soy amigo de afirmar nada sin pruebas, y paso á exponer la razón de mi fallo.

Es común dictamen entre personas capaces de voto en cuestiones literarias que, para que una obra de arte sea digna de este nombre, debe ser bella en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. Con demostrar yo que llenan ambas condiciones los presentes romances, habré demostrado también que los califiqué exactamente, y que soy su juez y no su defensor ni su abogado.

Tan ostensible y manifiesta es la belleza de su forma, que no haré grande esfuerzo para patentizarla. Suma sencillez y elegancia suma en el estilo; descripciones de figuras, sitios y objetos, que ni con pincel y en lienzo dibujados tendrían más verdad, viveza y colorido; imajenes y tropos cuya exactitud y gallardía nada dejan que desear; caracteres múltiples, verosímiles, bien definidos, llenos de virilidad y entereza, y trazados con tres ó cuatro rasgos vigorosos; escenas cuyo movimiento palpita al través de la gráfica narración, pocas veces alternada con breves y expresivos diálogos : hé aquí los más brillantes arreos de estos romances. Su estilo no es ciertamente de lo más pulido y castigado que imajinarse pueda; pero ni Peón y Contreras quiere hacer alarde de clásico, ni la escrupulosidad meticulosa de la dicción constituye la más valiosa prenda de una obra literaria, si bien son estimables siempre la tersura, integridad y pureza del lenguaje. Ha cuidado Peón únicamente de que el estilo sea bello, claro y sencillo, de que su trasparencia deje ver en todo su esplendor las galas de la inspiración, como el cristal del arroyo deja ver las matizadas pedrezuelas de su lecho, y no se ha preocupado con ahinco, ni era necesario, de colocar simétricamente las palabras y frases, en testimonio de vasallaje al tenso canon gramatical.

La primera y más sobresaliente belleza del estilo de Peón estriba en su orijinalidad. Comenzó en los albores de su vida literaria por imitar á García Gutiérrez y al duque de Rivas, de estilos bastante diferentes, y como al fin y al cabo tenía inspiración propia y fuerzas suficientes para volar sin ayuda de ajenas alas, pronto se desligó de tales influencias, acabando por formarse un estilo peculiar, eminentemente airoso, flexible y elegante, que le distingue, separa y singulariza entre todos los artífices de la opulenta lengua cervantina. Principiando por imitar buenos modelos se llega á tener buen estilo propio, según la respetable opinión del clásico y egrejio poeta castellano D. Manuel José Quintana. No viniendo á ser el estilo más

que la veste de las concepciones, si éstas tienen la necesaria potencia de orijinalidad, tiene de ser aquel irremisiblemente orijinal.

En cuanto al espíritu de estos romances, con decir que es el mismo de los dramas del propio autor, está definido y explicado. El incondicional y profundo sentimiento del honor, como base y disciplina de conducta y réjimen; el encendido ardor caballeresco en toda su recrudecencia, como estímulo y acicate de levantadas hazañas y osadías; la más ámplia y completa libertad de albedrío, como factor inmediato y responsable de todos los actos consumados; el amor ardentísimo, con su cortejo de celos, desengaños, arrobamientos y esperanzas, como objeto y móvil de todas las aspiraciones, proezas, desenfrenos y delitos; el hondo remordimiendo de la conciencia manchada, como pena ineludible de las malas acciones y los crímenes: hé aquí el espíritu de estos romances. ¡ Nada más bello é inefable que ensalzar las excelencias del alma y cubrir con el velo de la poesía sus mezquindades é impurezas! Templo magnífico levanta Peón y Contreras al bien y á la virtud, y en sus aras quema la mirra de su injenio. Pone obstáculos y escollos, rodea de tentaciones y apetitos al carácter virtuoso y entero, para que, superándolos, sirva de ejemplo y enseñanza. Parece como que la virtud que no lucha, que no vence resistencias, que no entra en abierta conflagración con elementos perniciosos, no es virtud ó no tiene por lo menos enerjía y firmeza. De aquí los trances y encuentros, de tan difícil desenvoltura, en que á sus personajes coloca Peón y Contreras, y de los cuales brota la colisión dramática, como la pólvora atacada de la mina á que se prende fuego.

Es vivísimo y terrible el incendio de las pasiones en estos romances, por cuanto son nada más el epílogo ó el desenlace de dramas que se han venido desarrollando en la sombra y que estallan de repente, como el volcán, entre elámpagos de luz, borbollones de la lava, estruendos y temblores.

Bastan las precedentes breves consideraciones, en apoyo de las cuales cito los mismos romances, para dejar demostrado que éstos son bellos en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. ¿ Se necesitan aún más pruebas? Allí están ellos : examínelos el lector, analice sus bellezas, mida su grandeza de concepción, pese sus calidades literarias, y juzgándolos con recto y sano criterio, habrá de convenir conmigo en que lejos de excederme en el elojio, ha sido parca, cuanto sincera, mi alabanza.

Desearía, para dar mayor peso á mis razones, comprobarlas con trozos entresacados de los romances; pero me persuado de que es mejor recomendar su atenta lectura, ya que, de copiar lo estimable que tienen, me vería constreñido á copiarlos íntegros. Difícil por extremo sería elejir los mejores pasajes, siéndolo todos.

Para darles más vaguedad, no les ha fijado Peón ni tiempo ni lugar. Sábese únicamente que pasan en edad caballeresca, por el tinte peculiar de los hombres, trajes, muebles, usos y costumbres que en ellos se describen, y, sobre todo, por los característicos sentimientos de nobleza, valentía y honor á que sus personajes obedecen. En cuanto al lugar, lo mismo se puede suponer que tienen efecto en España ó en Méjico, como en el Perú ó en otra cualquiera de las naciones sometidas al yugo español, durante el siglo de los grandes atrevimientos y de las grandes conquistas.

Hay entre ellos uno que se aparta y separa de la índole dominante en los demás, cual es el denominado *Alfredo*, y que encierra todo un poema de congoja y luto para Peón y Contreras. Aquel nombre llevó en vida uno de sus hermanos queridísimos, cuya súbita y temprana muerte le hirió con aguda saeta en lo más íntimo del corazón, y era natural que, como poeta, exhalase su dolor en melancólicas cadencias. Bajo el velo celestial de hermosísima alegoría, refiere, con seráficos acentos de ternura y amor, el reñido combate que traban la muerte y la vida, antes de que la primera logre arrebatar del mundo á un alma vir-

tuosa y bella. Este delicado y conmovedor romance es el único de la colección que no tiene carácter trájico. Tiene, sí, como ninguno de los otros, hondísimo sentimiento, desbordado del alma y apenas contenido en el estrecho molde de la palabra. Es una ternísima elejía, escrita con lagrimas.

No he pretendido hacer en este prefacio un verdadero juicio crítico de los *Romances dramáticos* de Peón y Contreras. Hubiera sido mucho pretender. Sólo he deseado escribir algo que pudiese servirles de introducción ó proemio, ya que es costumbre que los libros vayan precedidos de estas cosas. Peón y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica lleve al frente algunas humildes palabras mías.

F. J. Gómez Flores.

DOÑA BRENDA

—

Á ALFREDO CHAVERO.

Celos tiene Doña Brenda
De Don Diego de Moncada,
Pues le han dicho que está loco
De amores por una dama,
Que es de ilustre nacimiento,
Que es de elevada prosapia:
Negro azabache los ojos,
De marfil las manos blancas,
Dos rosas las dos mejillas,
Leve pié, frente de nácar,
Portentosa la hermosura
Y su dulce nombre Laura.
Despierta está Doña Brenda
Y soñando el de Moncada:
¡Siempre los celos en guardia!
Él sueña con sus amores —
Bien lo dicen sus palabras —
Y Doña Brenda, del lecho,
Convulsa y turbada, salta.
" Laura, murmura D. Diego,
" Jura obedecerme, Laura;
" Sé que D. Luis te enamora,
" Si dices que no, me engañas:
" Jura que sola conmigo
" Saldrémos de aquí mañana. „
No escucha más Doña Brenda,

Jira en torno la mirada ;
Cerca de ella está una silla,
Sobre la silla una capa,
Un gran sombrero de plumas,
El talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,
Desnúdalo su venganza,
Y en el pecho de D. Diego
Con mano firme lo clava.
—Brenda, D. Diego murmura.
¡Infeliz! ¿Por qué me matas?
— Traidor... Traidor... — Doña Brenda
Dice con voz airada.
— Con esa mujer infame
No has de partirte mañana.
— ¿Qué murmuras, Brenda mía ?
¿Qué mujer es esa?
Laura....
Y de un D. Luis tienes celos.
— ¡Yo, de D. Luis de Moncada?
— ¡Celos tú de nuestro hijo?
— No case con doña Laura
El inexperto mancebo,
Que es doña Laura su hermana.
De amor que de mozo tuve
Fruto fué la desdichada.
—Perdona, Diego, perdona,
Doña Brenda loca exclama.
D. Diego no le responde,
Que está D. Diego sin habla.
Doña Brenda espera en vano,
Suenan doce campanadas,
Lívida está como el muerto,
No puede soltar el arma.
Sale de su casa y corre
Por las calles y las plazas :

Va tras de ella la justicia.....
La justicia no la alcanza.
Corre de día y de noche,
Un solo instante no pára,
Y hasta que llega la muerte
Ni sosiega ni descansa.
Después de morir le vieron
Las ropas ensangrentadas:
¡Siempre los ojos abiertos,
Siempre en la diestra la daga!

1878

SANCHO BERMÚDEZ DE ASTORGA

—

Á MI HERMANO JUÁN.

I.

Está triste y desvelado
El conde Sancho de Astorga,
Y no sabe por qué causa
Ni sosiega ni reposa;
Por dos veces en el lecho
Llamó al sueño con faz torva,
Y de nuevo otras dos veces
Levantóle su zozobra.
Abre el balcón de la estancia,
Al antepecho se asoma,
Y su mirada vaguea,
Ya del cielo en la ancha bóveda,
Ya en el lejano horizonte
Que las montañas recortan,
Ya en las brumas impalpables
Que por el espacio flotan,
Ya en el huerto: entre los árboles,
Entre las tinieblas hórridas,
Se le figura que mira,
Cual dos fantasmas, dos sombras.
Negra capa envuelve á la una,
Blanca túnica á la otra.

— ¿Quién serán? dice Don Sancho,
¿Quién serán á tales horas?

II.

Diríjese conturbado
Al camarín de su esposa :
El lecho estaba vacío,
En gran desorden las ropas,
Hundida la muelle almohada,
La lámpara silenciosa,
El tierno niño en la cuna,
Y una sonrisa en su boca.
— ¡Es ella la infame! ¡Es ella!
Clama Don Sancho, y retorna
Á su aposento y un rico
Arcabuz airado toma.

III.

Del balcón muy cerca vagan
Los dos amantes, que inmolan
En aras de su cariño
Paz, ventura, y hasta el honra.
La luna arrojó un instante
Su blanca luz melancólica,
Iluminando los rostros
De un mancebo y una hermosa.
— ¡Es ella...! Repite el conde.
¡Desventurada traidora!
Y es él, mi primo Don Arias,
¡El traidor que me la roba!
Subió la sangre á sus sienes,
Tendió el arma matadora,
Y apuntó; pero no sabe
Á quién primero le toca
Lavar con su sangre ardiente,

La mancha de su deshonra,
Si él á quién tanto ha querido,
Si ella á quién aún tanto adora.
En perplejidad tan grave,
En vacilación tan hosca,
Oye estas dulces palabras
Que el aire trae en sus hondas:
— « Si tú murieras, bien mío,
« Muerta mi esperanza loca,
« En el corazón al punto
« Hundiera mi daga toda »
— ¡ Pues húndela ya, Don Arias!
Grita el conde con voz ronca,
Y del arcabuz tendido,
Partió la muerte, celosa
De tanta dicha. — Bañada
En sangre, en la verde alfombra
Cayó la dama, lanzando
Un ¡ ay ! de mortal congoja.
— ¡ Maldito seas, maldito
Sancho Bermúdez de Astorga! —
Gritó Don Arias, jimiendo
En convulsión espantosa.
Llevó á la cinta la mano,
Brilló la luna en la hoja,
Y en el corazón al punto
Hundióse la daga toda.

—

Dejó el arcabuz Don Sancho
En un rincón de su alcoba,
Y fuése al lecho, y durmióse
Hasta el rayar de la aurora.

1879.

MARGARITA

—

Á VICTORIANO AGÜEROS.

I.

Margarita estaba triste,
Triste y sola. — Margarita
Que nunca tuvo placeres,
Ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
Hizo falta á su alma tímida,
Y preguntó por su madre
Á un rodrigón que la mima,
Y á una dueña octojenaria
Que la cuidó desde niña,
Que con el alma la quiere
Y amorosa la acaricia
Lleváronla hasta la iglesia
Y enseñáronle una fría
Sepultura, á los fulgores
De una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
Su pobre madre dormía,
Y allí lloró muchas horas,
Triste y sola, Margarita.

II.

Hasta allí se fué una tarde

Margarita desolada,
Y ante la fúnebre losa
Dijo estas tristes palabras :
— ¡ Ay, madre! ¡Madre querida!
¡ Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
Van á casarme mañana.
— ¡Mañana...! Repitió el eco
De las bóvedas sagradas.
— Sí, mañana, madre mía,
Murmuró la desdichada,
Creyendo que de la tumba
Su madre le contestaba,
Y allí derramó á torrentes
El tesoro de sus lágrimas.

III.

Es Don Gaspar de Hinestrosa
Un señor de horca y cuchillo,
Rubio el cabello y la barba,
Miradas de basilisco;
Nunca en su vida ha llorado,
Nunca en su vida ha reído;
Negro es su humor como tizne,
Y el alma negra lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
Á la doncella su padre,
Que es indomable y altivo,
Que cuando tiene un deseo
Necesario es el cumplirlo,
Que no se ablanda con lágrimas,
Ni con ruegos ni suspiros.

IV.

Ha terminado la boda,

Ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
De azahar y de azucenas,
De rodillas y jimiendo
En el rincón de la iglesia,
Ante la lápida triste
De esta manera se queja:
— ¡Ay madre! Ya estoy casada,
Y sé que á las seis me espera
El que es mi señor y dueño,
Y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Díme tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
Con quien el alma detesta,
Quisiera bajo la losa
Que tus despojos encierra
Dormir madre... ¡Díme, madre!
¿Si no es mejor estar muerta?...
— ¡Muerta!... Reprodujo el eco
De las bóvedas excelsas.
— ¿Muerta? Exclamó Margarita.
Bien, madre, esta noche mesma.

V.

Estaba el sol moribundo
Espirando entre tinieblas,
Cuando la dama, llorosa,
Salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
Cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
Entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
El rodrigón y la dueña,

Los únicos que la quieren...
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hacia el lecho,
Los cortinajes despliega;
Suenan las seis en los aires,
Cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
La peregrina cabeza,
Y conteniendo el resuello,
Margarita inmóvil queda.

—

No respira Margarita,
La acosa el aire y no ceja,
Que le niega el paso al aire
Su voluntad que es inmensa.
De su tez el blanco lirio
Se marchita y azulea,
Hínchase el pecho y se cuaja
Su virjen sangre en las venas.
Oye en són confuso y leve
Unos pasos que se acercan...
No oye más... En su cerebro
Se han roto al fin las arterias.

—

— ¡Margarita! ¡Margarita! —
Grita Don Gaspar y entra
En la estancia. — ¡Margarita! —
Margarita no contesta:
Descorre los cortinajes...
Margarita estaba muerta,
Con la frente coronada
De azahar y de azucenas.

1879.

RAMIRO RAMÍREZ

—

Á FRANCISCO PATIÑO.

I.

Nieve el marmóreo semblante,
Las negras pupilas fuego,
Viva imajen espantosa
Del exterminio y los celos,
En la mitad de la estancia,
Empuñando agudo hierro,
Está Ramiro Ramírez
De rencor y de ira lleno.
Cerca de él, de un jentil hombre
Yace el cádaver sangriento,
Y á sus plantas Berenguela
Doblega el lánguido cuello.
— Mi amor á un tiempo y mi honra
Me robaba ese mancebo....
Pagareis con vuestras vidas
Mi honor y mi amor á un tiempo.
— Justo es, murmuró la dama :
Herid, pues que sois mi dueño,
Y en un solo punto acaben
Mis tormentos y los vuestros.
Brilló en la sombra la daga :
Se oyó murmurar un rezo :
Tras un grito, el golpe rudo

De un cuerpo que rueda al suelo...

. . . .

. . . .

Después, el paso de un hombre
Que se aleja, y nada luégo.

II.

En una oscura capilla
Cubierta de paños negros,
Enlutada la techumbre,
Enlutado el pavimento,
Bajo una elevada cúpula,
Frente al altar, en el centro,
Se ven arder cuatro cirios
Y un catafalco en el medio :
Sobre él están descansando
Dos ataúdes abiertos,
El uno de ellos vacío,
Ocupado el otro de ellos.
El cadáver de una dama
Duerme en él el postrer sueño,
Y tiene el rostro velado
De un oscuro crespón denso.
Cerca de ella, inmóvil, pálido,
Está un gallardo mancebo,
Sin armas y sin insignias,
De luto el rico chambergo,
La torva triste mirada
Fija en los mortales restos,
El corazón moribundo
Y estertoroso el aliento.

III.

Es él, Ramiro Ramírez,
El castellano guerrero

Que casó con Berenguela,
Hace un año más ó menos.
En esa misma capilla
Berenguela le dió un beso,
Y de allí se fué á la guerra
Á combatir como bueno.
Y es Berenguela la dama
Que ocupa el mortuorio lecho....
Ramiro le ha dado muerte,
La noche anterior la ha muerto.

IV.

Mira Ramiro Ramírez
Al cadáver largo tiempo;
Al fin con trémula diestra
Levanta el fúnebre velo,
Y aparece ante su absorta
Mirada, el rostro hechicero
Que aún del cincel de la Parca
Resiste al golpe violento;
Que aún ostenta la frescura,
El hechizo, el embeleso
Y la majia seductora
De otros felices momentos.

V.

Después las fúnebres gradas
Sube Ramiro en silencio,
Y hasta el ataud vacío
Llega tranquilo y sereno.
¡Era su lecho nupcial
Aquel espantoso lecho!
Allí estaba su consorte,
Su alegría y su contento:
La miró desesperado

De amor y de angustia lleno,
Y dijo así con voz lenta
Y con moribundo acento :
— Há un año tierna y sencilla,
Velado en casto rubor,
Me diste un beso de amor
En esta misma capilla.
Y hoy de mi pena al exceso
Vengo en brazos de la muerte,
Berenguela, á devolverte
Aquel dulcísimo beso. —
En los labios de la muerta
Los suyos puso el mancebo;
Se oyó un rumor misterioso
Por las bóvedas del templo,
Y tras un postrer jemido,
Tal vez de remordimiento,
Rompió su cárcel el alma....
Cayó Ramiro en el féretro.

1879.

DOÑA BLANCA

—

Á EDUARDO GONZÁLEZ GUTIÉRREZ.

I.

Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa,
Y el tierno vástago duerme.
Ella es Blanca, á quien el cielo
Colmó de preciados bienes:
Virtud, riqueza, hermosura....
¡Cuanto ambicionarse puede!
Amó un día, y aquel ciego
Querubín de alas de nieve,
Que anda entre fuego y armado
Entre el fuego se divierte,
Le dió el arco una mañana
Y una aguda flecha ardiente,
Y ella gozosa y confiada,
Y él vivaz, traidor, y aleve,
Dispararon sobre un noble,
Joven señor, bravo y fuerte,
Que al débil golpe, sumiso
Á los piés de Blanca viene
Á ofrecerle sus amores;
Su fe, su mano á ofrecerle;
Y Nuño Rico ante el ara
Tan noble oferta mantiene.

II.

Partióse Nuño á la guerra,
De la boda á pocos meses;
Fama y honra gana en ella,
En ella la vida pierde,
Y llorando su desdicha
Sin dicha que la consuele,
Sumerjida en la tristeza
De tantos días alegres,
Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa,
Y el tierno vástago duerme.

III.

Súbito golpe se escucha,
Se abre el balcón de repente,
Y un hombre en su capa envuelto
Ante la dama aparece.
Sobrecojida de espanto,
Horrible espanto, se crée
Presa de extraño delirio,
Que como rayo la hiere.
Mas el honor ofendido
Lucha en su espíritu y vence,
Y reconoce asombrada
Á Don Leonel de Meneses.
— ¿ Qué buscais? dice, y resuelta
Á su enemigo se vuelve,
Como fuego la mirada,
El semblante como nieve.
— Busco, Blanca, la ventura
Que me roba ingrata suerte;
Mil veces os la he pedido,

Me la negasteis mil veces.
Señora, al pié de esa reja,
En poderosos corceles,
Mis escuderos, mis pajes,
Nos aguardan impacientes.
Si juntos de aquí salimos
No temais que no os respeten;
De lo contrario, este lance
La honra vuestra compromete.
— Piedad, señor, por el nombre
De esa criatura inocente.
¡Idos! Y haced lo que un noble,
Por serlo tan sólo, debe.
Amigo fuísteis de Nuño....
Fué en los tercios vuestro jefe....
— Señora........
— Ó mi servidumbre
Haré que al punto despierte.
— Si no venís de buen grado
Á mal grado hareis que apele,
Y entre mis brazos robustos
Hasta mi palacio os lleve.
— ¡Paso! Gritó doña Blanca
Y salir de allí resuelve;
Mas él con rápido ímpetu
En su marcha la detiene
Y el duro cerrojo afianza
De la puerta.... Nada puede
Ya la infeliz.... El infante
En la cuna se estremece;
Leonel con sonrisa horrible
Hacia la cuna se vuelve;
Blanca adivina su intento....
Tal vez su razón se pierde....
¿Qué hace Blanca? ¿Por qué inunda
Su faz un fulgor celeste?
Corre á su lecho.... ¡Es un siglo

Un instante, y es tan breve!
Toma un puñal toledano
Que bajo su almohada tiene,
Y como herida pantera
Que á su cachorro defiende,
Cuando va á tocar al niño,
Antes que á tocarle llegue,
El arma rápida clava
En la espalda de Meneses.
— Así has de morir, villano,
Que así los traidores mueren,
Y pues aguardan tu vuelta
En la calle tus donceles,
Se han de quedar asombrados,
¡Vive Dios!, de cómo vuelves.
Dice la dama y un lúgubre
Silencio á su voz sucede.

IV.

Y mientras el noble innoble,
De pié no pudo tenerse,
Y al suelo rueda, y rujiendo
En su sangre se revuelve,
Blanca á los suyos reclama;
Doncellas y pajes vienen,
Y llenos de asombro escuchan
Estas palabras solemnes :
— Deshonrarme ese hombre quiso,
Por eso le dí la muerte,
¡Y por donde vino vuélvase
Que mi honor así lo quiere!
Señala el balcón, dos pajes
El tronco helado suspenden,
Y por el balcón arrójanlo,
Cuando aún el alma rebelde,
Con doloroso jemido

De su cárcel se desprende,
Y su infortunio maldice
Entre la vida y la muerte.

V.

Y mientras se oye en la calle
Rumor de rondas y jentes,
Imprecaciones y votos,
Y relinchos de corceles,
Sola está la noble viuda
En su sombrío retrete;
La servidumbre reposa
Y el tierno vástago duerme.

1879.

SOR ANA

—

Á MANUEL NICOLÍN ECHÁNOVE.

I.

Doña Ana adora en Jelmírez
Y Jelmírez en Doña Ana :
Él es hidalgo, aunque pobre;
Ella de rejia prosapia.
Doña Ana tiene un hermano;
Y ha jurado antes matarla,
Que permitir que se enlace
Con Jelmírez Doña Ana.

II.

Doña Ana entre los cuarteles
De sus jardines divaga,
Y espera como acostumbra
Á su amante en horas altas.
Sopla el viento y en los aires
La luna el nublado rasga,
Y ve la hermosa en el muro
Balancearse la escala.
El corazón le da un vuelco,
Corre y al pié de la tapia,
Ve á su Jelmírez tendido
En la yerba ensangrentada,
Mortal el bello semblante,

Y no lejos de él un arma
Mira absorta, y reconoce
Que es de su hermano la daga.

III.

Del almenado castillo
Desde una ojiva, angustiada
Miró pasar el entierro
De Jelmírez, Doña Ana.
¡ Qué de tiernas ilusiones,
Qué de alegrías frustradas
Junto con el negro féretro
Va á guardar la tumba helada !
¡ Pobres flores en su tallo
Por el huracán tronchadas,
Pobre amor muerto en la cuna,
Pobre mujer, pobre alma !
Ayer todo era ventura,
Campos de oro y esmeralda,
Arroyos, aves y rosas
Y praderas perfumadas.
Hoy, revuelto mar que ruje,
Áridas inmensas playas,
Campos que el invierno agosta,
Negras ruinas solitarias.
¡ Mañana, la noche eterna
Á la luz de débil lámpara,
El tiempo solo, sin horas,
Sin hoy, ni ayer, ni mañana !

IV.

Nada á su hermano le dice
La doncella desdichada;
Ni una queja, ni un reproche...
¡ Llora, jime, reza y calla !

Nada le dice á su hermano;
Mas á las puertas sagradas
De un convento se presenta,
Y en una celda se ampara.

V.

Las madres concepcionistas
Están de fiesta y de gala,
Que con el Rey de los Orbes
Noble doncella se enlaza.
Los más hermosos cabellos
Se cortan al pié del ara;
La más rica fantasía
Quiebra ante el altar sus alas;
El corazón más sensible
Sepulta sus esperanzas;
El alma más tierna y noble,
La más pura de las almas,
Del mundo mísero y triste
Los anchos límites salva,
Y á las celestes rejiones
En pos de otra alma se lanza.

VI.

— " Ven, hermano, hasta el recinto
De mi celda solitaria:
Aquí Jelmírez habita:
Ven á clavarle tu daga.
Ven, y si quieres herirle
En mí misma el hierro clava,
Que es la celda de Jelmírez,
El corazón de Sor Ana. " —
Esto la monja escribía,
Deshecha en un mar de lágrimas,

Desde el oscuro recinto
De su celda solitaria.

VII.

— « Burlaste mis ilusiones,
Burlaste mis esperanzas;
Si antes fué ruda, más ruda
Será mi nueva venganza.
Te destinaba un esposo
Que de estirpe rejia emana;
Mas puesto que desdeñaste
Honra tal, merced tan alta,
Y de este modo destrozas
Los blasones de tu casa,
Y así sus fueros insultas
Y mis derechos ultrajas,
Mañana, al morir la tarde,
Al locutorio te baja;
Que en él estará Jelmírez
Esperándote mañana. » —
Esto á la monja escribía,
Desde su noble morada,
Brotando sangre los ojos,
El feroz Tello de Tapia.

VIII.

¿ Estaba muerto Jelmírez,
Ó no más herido estaba ?
¿ Fué verdad lo del entierro,
Ó fué el entierro una farsa ?
¿ Los cánticos funerales,
La negra mortuoria caja,
Aquel lúgubre cortejo,
Y el clamor de las campanas,
Eran enjendros tan sólo

De su mente conturbada?
¿Del dolor creaciones fueron?
¿Fueron delirios del ánima?

IX.

Rodaron tristes las horas...
¡Cuán pausadas, cuán amargas
Para el sér desventurado
Que mide el tiempo que pasa!
¡Una eternidad la noche
Desde el crepúsculo al alba,
Y del alba hasta el crepúsculo
De aquella tarde, qué calma!
¡Qué calma tan espantosa
En medio de la borrasca!
¿En dónde se hará pedazos
Con el barquero la barca?

X.

Son las seis, la tarde espira,
Deja su celda Sor Ana,
Y con paso vacilante
Hasta el locutorio baja.
Mira al través de la reja,
Y... — ¡Es él, Jelmírez! — exclama,
Y sin aliento á los hierros
Con mano fría se agarra.
Él era, el mismo Jelmírez,
Embozado en una capa,
Pálido como los mármoles
De las vetas de Carrara.
Detrás estaba un mancebo
De retorcida mirada,
Fiero, inmóvil, hosco, mudo...
El hermano de Sor Ana.
— ¡Tello, le grita la monja,

Mal haya seas, mal haya
Tu horrible burla y la ira
De tu espantosa venganza !
Y añade la monja, viendo
Al sér á quien tanto amaba :
— Mientes, Tello, no es Jelmírez
Ese enlutado fantasma...
¡ Jelmírez está en mi pecho,
Jelmírez vive en mi alma !
— ¡ Ana, Jelmírez murmura,
Yo soy !... Tello no te engaña,
Tello consiente en que seas
Mi noble esposa ante el ara.
Roto está el voto que hiciste,
Y aquí está la bula santa.
— Aquí está, murmura Tello,
Y muestra un papel...
— ¡ No ! ¡ Calla !
Exclama otra vez la monja.
No es esa sombra quien habla.
¡ Oigo la voz de Jelmírez
Que de otro mundo me llama !
¡ Ya voy, Jelmírez, espera !
¡ Ya voy, Jelmírez, aguarda ! —
Dice.... Busca entre sus ropas
Un objeto, y luégo, rápida,
Dirijiendo al cielo augusto
Hermosísima mirada,
Del seno en medio, hasta el puño,
Clavóse una rica daga,
Y rueda al suelo y la sangre
Por el ancha herida salta.
— ¡ Maldito seas, Don Tello !
Gritó Jelmírez... ¡ Mal haya
Quien olvidó que hay amores
Que una vez sola se matan !

1879.

DOÑA ELVIRA

—

Á BARTOLOMÉ PÉREZ HERMIDA.

I.

El Conde de Aldaz es viejo,
Pero tiene esposa joven,
Como rosas las mejillas,
Y los ojos como soles.
Se llama Elvira, y muy tierna
En hora ingrata casóse,
Porque á casar la obligaron
Exijencias y temores;
No el emor, pues era el solo
Imán de sus ilusiones
Rui-Fernández, con quien tuvo
Y aún tiene, ocultos amores.

II.

Hijo de Elvira es Don Mendo,
Mancebo gallardo y noble,
Capitán el más valiente
De los tercios españoles,
Que bajo el delgado cutis
Aún el rubio bozo esconde,
Y es ya en la ruda pelea
De los contrarios azote.

III.

Tiembla Elvira cuando al mozo
Contempla embebido el Conde;
Parece que una honda pena,
Oculto cáncer que roe
Su corazón, hace á veces
Que á su faz el llanto asome,
Y la espléndida hermosura
De su rostro le trastorne.
¡ Tal vez combaten y estallan
En su pecho los dolores,
Como las olas de Atlante
Cuando se encuentran y rompen!

IV.

En una vieja poltrona
La existencia pasa el Conde,
Paralizados los miembros
De añeja dolencia al choque.
Diz que en la lid espantosa
De una lanza al rudo golpe,
Cayó al suelo y que el sentido
Largo tiempo perdió entonces;
Y desde entonces no hay modo
De que sus miembros recobren,
La savia, el vigor, la fuerza,
Que hubo del destino en dote.

V.

Y allí, en su vieja poltrona
Está el de Aldaz, una noche,
Cuando Fortuño, escudero
Que de antaño le conoce,

Entra y le dice : — Señor,
Sé que manchan tus blasones ;
Sé qué hay quien aquí te ultraja,
Quien escarnece tu nombre.
— ¿ Quién tal hace ? Con voz ronca,
Exclama furioso el Conde.
— Señor, tu esposa.
— ¿Qué has dicho ?
— Tu esposa todas las noches
Las desiertas callejuelas
De tus jardines recorre,
De un hidalgo acompañada,
En punto á las oraciones.
Ruje el de Aldaz en su silla
Cual hiena herida, se encoje
Y jira en torno los ojos
Como inflamados tizones.
Há tiempo que horribles celos
Llenan su alma de rencores,
Tiempo há que su pecho hiere
El desdén de su consorte,
Y con acento convulso
Exclama : Fortuño, ¿ me oyes ?.
Díle á Don Mendo eso mismo. —
Y como muerto quedóse.

VI.

— Señor, le dice Fortuño
Á Don Mendo, noche á noche
En los jardines he visto,
En punto á las oraciones,
Á una dama y á un hidalgo.
— Fortuño, y tú ¿ los conoces?
— Señor, el Conde me envía...
— ¡Díme al instante sus nombres!
— Ella es Doña Elvira...

— ¡ Madre ! —
¡ Ah, Fortuño, en bien te pone
Con Dios, que es reo de muerte,
Quien tal secreto conoce... !
Rodó Fortuño en el suelo
Traspasado el pecho innoble,
Y en aquel horrible instante
Sonaban las oraciones.

VII.

Al jardín con el sangriento
Acero en la mano, corre,
Y allí Don Mendo dos sombras
Distingue en la sombra inmóviles.
— Madre... ¡ Madre !...
—¿ Qué haces, Mendo?
Don Mendo no le responde,
Blande el hierro, al cual el otro
Hierro apénas se le opone,
Y como el rayo potente,
Y como el rayo veloce,
En el seno del contrario
El arma sangrienta esconde !
Lanza un grito Doña Elvira,
Que repercuten los montes,
Y se queda muda y fría
Como una estatua de bronce.
Mira Don Mendo que llegan
Con luces dos servidores,
Y hacia ellos rápido avanza,
Y en su paso se interpone.
— ¡ Idos, canalla ! Murmura,
Y de manos de uno, coje
Una tea y torna solo
Al horrible sitio, en donde,
Aún Doña Elvira parece

Que no alienta, que no oye,
Que no vive, en el espacio
Clavada la vista inmóvil.
La ve Don Mendo y alumbra
Y pasmado reconoce,
En el sangriento cadáver
Á Rui-Fernández de Ordóñez.

VIII.

— Mendo, al fin exclama Elvira
Descompuestas las facciones,
Pues mataste á Rui-Fernández
Ruega á Dios que nos perdone.
— ¡ Madre !
— ¡ En tus venas circula
Sangre que tiñe tu estoque !
— Madre, escucha...
Doña Elvira,
Cae al suelo y no responde.

IX.

Dentro y fuera del palacio
Se escuchan sordos rumores.
¡ Se acerca al sitio del crimen
La justicia de los hombres !
Es fuerza que ignore el mundo,
Es fuerza que el mundo ignore,
Que en casa de Aldaz habitan
La deshonra y las traiciones.
Mendo se acerca al cadáver,
Sobre sus hombros le pone,
Y por un portillo estrecho
Que da á los campos, salióse,
Medroso el paso y lijero,

Con el cabello en desorden,
Tinto hasta los gavilanes
De propia sangre el estoque.

1879.

GABRIELA

AL DR. FRANCISCO MONTES DE OCA.

I.

Sin más testigo que el sol,
Que su luz al mundo roba,
Está Gabriela en la playa
Con su pensamiento á solas.
El mar con débil murmullo
Sobre la arena rebosa
Y las plantas de Gabriela
Casi lame y casi moja.
Inquieta vuelve los ojos
Á todos lados, y llora :
Al fin se detiene inmóvil;
Ya sonríe, ya solloza;
Sobre el seno palpitante
La jentil cabeza dobla ;
Sus brazos cuelgan ; las manos
Entreteje una con otra,
Y vaga, sin que se fije
Ni en el cielo ni en las olas,
Entre las olas y el cielo,
Su mirada melancólica;
Su suelto cabello ajita
La brisa murmuradora,
Y entre sus hebras de oro
Prendida lleva una rosa.

Cerca de ella está amarrada
Una barca pescadora,
Y entre los médanos áridos
Que el huracán amontona,
De una humilde ranchería
Se ven las modestas chozas
Y el vetusto campanario
De una capilla católica,
Con una sola campana,
Con una campana sola,
Que en aquel instante mismo
Á las oraciones toca.

II.

El corazón se estremece
De Gabriela... ¡Ya es la hora!
Ya no ha de tardar su Félix.
Al fin su Félix asoma:
Félix llega triste y pálido,
Algo tiene, algo le enoja;
Le da su mano, y su mano
Está fría y temblorosa.
Ya no tiene como en antes
La mirada halagadora;
Parece que tiene miedo,
Parece que se abochorna,
Parece, cuando se acerca
Á la niña encantadora,
Que una oculta voz le dice:
" ¿Por qué, Félix, la traicionas? "

III.

— Félix — murmura Gabriela. —
Y era su voz melodiosa
Como suspiro del aura,

Como arrullo de paloma.
— Félix, amor de mi vida,
Te he esperado muchas horas,
Muchas... ¡ Ingrato !... Y no has ido !
¡ Cómo te aguardaba ansiosa
En mi ventana ! ¿ No sabes
Lo que mi pecho te adora ?
¿ En qué estas pensando, Félix ?
Díme... ¿ Por qué me abandonas ?
¿ Es verdad cuanto me han dicho ?
¿ Á otra quieres ? ¿ Amas á otra ?
¿ Que hablar con ella te vieron ?
¿ Que en el templo la enamoras ?
¿ Que á todas partes la sigues
Y que de noche la rondas,
Y que suspiras enfrente
De su reja silenciosa ?
¡ No te he visto en siete noches !
¡ Aquí están las siete rosas
Que conmigo te aguardaron !
¡ Que te cuenten mi congoja !
¿ Las quieres ? Mira éstas, mustias,
Marchitas y sin aroma.
Mira ésta, que aún tiene vida.
Aquí tienes la de ahora.
Si me amas como otro tiempo,
Dale un beso en la corola.
Si es verdad lo que me han dicho,
Entonces, Félix... ¡ Deshójala ! —
Félix de la bella mano
De la niña la flor toma,
Y los pétalos arranca
Y en la arena los arroja.
— Más tiempo no he de engañarte,
Probre Gabriela, perdona ;
Que para esta misma noche
Concertada está mi boda. —

Dice el infame... Se aleja...
Y quedó Gabriela atónita,
Fija la vista en la arena,
Fija la vista en las hojas.
¡Siente que le falta vida,
Que su razón se trastorna,
Que todo en torno se mueve,
Que se cae, que se ahoga!

IV.

¡Fantasmas de oro y de nieve
Que poblasteis su memoria,
Huid y desvaneceos
Como la luz en la sombra!
Soñando estaba despierta;
Ya no sueña... ¡Qué espantosa
Pesadilla entre sus lazos
Su alma mísera aprisiona!
Gabriela... ¡Infeliz Gabriela!
¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,
Que en ella velan tus padres,
Que en ella tus padres lloran!

V.

¡Ay!... Permanece en la playa
Inmóvil y silenciosa...
Para ella el mundo es la tumba,
¡Y ella está en la tumba, sola!
Nada mira, nada escucha,
La razón perdida, loca,
Vagabundas las ideas
En torno á su mente flotan,
Como ráfagas brillantes
De luz en cavernas hondas,
Como de una arpa lejana

Las inarmónicas notas.
¡ Estrellas de un cielo puro
Que su luz pálida agotan,
Roncos jemidos de muerte
Entre cánticos de gloria !
No ha visto en el horizonte
Una parda nube torva,
Que extiende sus negras alas,
Y el diáfano espacio entolda.
Se figura que ha caido
De su frente una corona ;
Que son pedazos de su alma
Aquellas hojas de rosa ;
Que está escrito en cada una
Un libro entero, una historia
De malogrados afectos ;
De esperanzas ilusorias ;
Que allí están sus alegrías,
Sus juveniles zozobras,
Las lágrimas de sus ojos,
Las sonrisas de su boca.

VI.

Se le figura el nublado
Ancha sábana mortuoria
Y la luz de los relámpagos
Las sepulcrales antorchas.....
. . . .
Rápida, como impulsada
Por atracción misteriosa,
Dirije el paso anhelante
A la barca pescadora.
Entra en ella, en los abismos
El timón y el remo arroja,
Y desamarrando el cable
Que le sujeta á una argolla,

Entrega el débil madero
Al hondo mar que le azota,
Y el huracán lo arrebata
Entre el fragor de las olas.

—

Lo que pasó aquella noche
Larga, negra y tempestuosa,
Entre el abismo del cielo
Y el abismo de las ondas,
Dios lo sabe. — ¡ Al otro día
Vieron una barca rota,
Y el cadáver de Gabriela
Junto á un peñón de la costa !

1879.

JIL

—

Á mi hermano Pedro.

I.

Oye, Jil... Esposo mío —
Teresa con voz confusa
Dice, abogando los sollozos
Que su aliento débil truncan.
— No salgas, Jil, ésta noche
Que es de mi vida la última,
Y cuando llore la niña
Que está durmiendo en la cuna,
Yo no podré levantarme
Á consolar su amargura.
Si tú no estás en la casa
¿Quién su blando sueño arrulla?
Jil como siempre á la pobre
Teresa abstraido escucha,
Y por sus trémulos labios
Vaga una sonrisa estúpida.
Jil, otro tiempo tan bueno,
Al torpe vicio tributa
La adoración insensata
Que su noble instinto turba.
Duerme cuando el sol ardiente
La ciudad y el campo alumbra;
Y cuando tiende la noche
Su negra sombra confusa,

En el garito, en la orjía,
Va á arrastar su vida oscura,
O de vil ramera en brazos
Placer satánico busca.

II.

¿Qué valieron de Teresa
La esplendorosa hermosura,
Halagos, ruegos, suspiros,
Y lágrimas y ternuras?
Indómitas, las pasiones,
Como encadenadas furias,
En el pecho se desatan
Del mancebo, y en él triunfan.
Torpe amistad y menguada
Su ardor juvenil azuza,
Y mil seductores goces
Su edad temprana deslumbran.

III.

Robó el dolor á Teresa
Su esplendorosa hermosura:
Las rosas de sus mejillas
Están pálidas y mustias.
La miseria pavorosa
Su alma sensible atribula,
Y en su insaciable vorágine
Sus alegrías sepulta.
— Oye, Jil, con voz más triste
Y más lenta continúa,
Jamás partió de mis labios
Ni un reproche, ni una injuria;
Agotaste tus caudales,
Agotaste mi fortuna,
Tus caudales eran tuyos,

Y mi fortuna era tuya.
Destrozaste el pecho mío,
Sus ilusiones más puras
Rodaron bajo el imperio
De tus traiciones injustas;
Hiciste bien, bien hiciste,
Que mi pobre vida es única,
Y yo al pié de los altares
Te dí mi vida... Era tuya.
Mas la preciosa existencia
De esa anjélica criatura
Tus cariños necesita,
Y necesita tu ayuda.
¡No salgas, Jil, no me dejes
Sola con mi horrible angustia
En esta noche tan triste
Que es de mi existencia la última!
Jil por única respuesta
Su negro bigote atusa,
Se cala el ancho sombrero,
Y al decirle con voz ruda
« Todas las noches la misma
Canción y la misma súplica,..
Y nunca acaba de abrirse
Para tí la sepultura »,
Soltando una carcajada
De horrible sangrienta burla,
Se salió dejando sola
Con Dios á la moribunda.

IV.

Está ya Jil en la calle:
De pronto mira una turba
Salir del templo y se pára
De un farol en la penumbra.

De jentes alegres todas
Entre multitud confusa,
Se ven dos novios, que acaban
De doblar á la coyunda
De himeneo, el cuello dócil
Al placer que los adula.
Él con lujoso vestido,
Ella con lujosa túnica,
Coronada de azahares
Blancos como nieve pura...
Y siente Jil que la sangre
En sus venas no circula,
Y en tropel en su cerebro
Mil ideas se acumulan :
Recuerda la alegre noche
En que á la luz de la luna
Salió de aquel mismo templo
Entre mil alegres turbas,
Con su Teresa del brazo,
Flor que el ambiente perfuma,
De felicidad radiante
Y radiante de hermosura;
Recuerda cuando en el atrio
Amor eterno le jura;
Recuerda que él no ha cumplido
De sus promesas ninguna;
Recuerda que en su pocilga
La ha dejado sola y mustia,
Tocando con mano fría
Los dinteles de la tumba.
Agudos remordimientos
Su pecho intranquilo punzan,
Y dirije á su morada
La débil planta insegura...
Él á su pobre Teresa
Le va á decir que no sufra,
Que sus infamias perdone,

Que dé al olvido sus culpas.
Y embebido en esta idea,
Temblando el paso apresura,
Porque algo teme, algo teme
Que de horror su mente nubla.

V.

— ¡Teresa!... ¡Teresa! — Grita,
Y entra en la estancia que alumbra
Una miserable lámpara
Que en aquel momento ondula
Su débil llama, rastrea
En torno y lanzando algunas
Tristes ráfagas, se apaga
Dejándolo todo á oscuras.
Jil se detiene y vacila,
Presa de horrible pavura,
Esa lámpara que muere,
¿Qué de espantoso le anuncia?
Teresa... Grita de nuevo.
— Teresa mía ¿ estás muda?
Soy Jil que viene á quedarse.
¿ Donde hay luz? — Á tientas busca
Un viejo velón, lo encuentra,
Lo enciende y la estancia alumbra,
Y alumbra el lecho y arroja
Un grito de espanto y duda.
Teresa ¿ está desmayada?
¿ El sueño acaso la abruma?
— Teresa... Grita... ¡ Teresa!
¿ Me perdonas? ¿ No me escuchas?
Le toca el pecho y no late,
Toca su arteria y no pulsa:
En aquella estancia reina
La paz de las sepulturas.
Toma Jil las blancas manos

Que acariciaron las suyas,
Y en el copioso torrente
De su llanto las inunda!
Ve espantado aquellos ojos
Y aún en las pestañas húmedas
Mira pendiente una lágrima
De dolor y de amargura,
Y á aquellos labios que un día
Ostentaron roja púrpura,
Y ahora tan sólo cubre
Lívida y mortal blancura.
Pide una sola sonrisa...
Una sola frase... Una
Palabra sola... ¡ Una sola.
De perdón ! — ¿ Qué es lo que buscas ?
Convulso, desatentado
Arranca de su cintura
Una hoja aguda y luciente,
Que con fiera mano empuña;
Mas cuando toca su pecho
La fría acerada punta,
Se oye en la cuna un jemido
Que el mortal silencio turba.
— Perdón, Dios mío... Perdona,
Teresa. — El triste murmura...
Y suelta el hierro... Y llorando
Se postra al pié de la cuna.

1879.

EDUARDO

—

Á LA MEMORIA DE RICARDO GAYOSSO.

I.

Sobre el azul de las ondas
Está la barca velera,
Está junto al muelle el bote,
Está el pasajero en tierra...
Es Eduardo... En los amores
De su madre patria piensa,
Y en otro amor más hermoso,
En otra madre más tierna,
La que en sus nobles entrañas
Alimentó su existencia,
La que su cuna mecía,
La que en la playa serena
De la vida, vió de lejos
En mar airada y revuelta,
La prenda de sus amores
Juguete de la tormenta.
Es Eduardo... Muchos días
Lloró en la playa sus penas,
Las injurias del destino,
Los rigores de la ausencia.
Al fin sonríe, muy pronto
Terminarán sus querellas,
Que en el azul de las ondas
Está la barca velera.

II.

Hay unos tristes amores,
Hay una pasión inmensa,
Hay un rival que en la sombra
Mortal angustia alimenta.
La ponzoñosa serpiente
Que se enrosca entre la niebla,
Los celos, el negro monstruo
De la humanidad entera;
El que enciende en las pupilas
Satánica luz siniestra;
El que fragua horribles dramas
Siempre inquieto, siempre en vela;
El monstruo que cabe el lecho
Mudo y sombrío se sienta,
Y roba el sueño á los ojos,
Y la ira desenfrena,
Y azuzando al pensamiento
Con la vigorosa espuela,
En el infierno del alma
Á perecer nos condena...
Él contra el seno de Eduardo
Armó la terrible diestra,
Él mató sus ilusiones,
Sus esperanzas más bellas.
Cayó Eduardo en sangre tinto,
Sobre la blanca ribera,
Y al morir bañó la muerte
Su semblante de tristeza...
Sobre el azul de las ondas
Quedó la barca velera,
Quedó junto al muelle el bote,
Quedó un cadáver en tierra.

1879.

BOJORQUES

—

Á GONZALO A. ESTEVA.

I.

Está en su oscuro aposento
Juán Bojorques de Vadillo,
Y está solo como siempre,
Y como siempre sombrío.
Se abre de pronto la puerta :
Con paso grave y tranquilo
Entra Violante, trayendo
De la mano á sus dos hijos.
Vestida de negro viene,
Triste el semblante, abatido ;
Tristes, también, y de negro,
Vestidos vienen los niños.

II.

— ¿ Qué quieres ? Hija. ¿ Qué quieres ?
— Me han dicho, señor, me han dicho
Que á la noble madre mía
Diste muerte en este sitio.
¡ No miente padre, quien toca
De la tumba el mármol frío,
Y hoy ha muerto mi nodriza,
Y ella al morir me lo dijo ! —
Tembló el anciano Bojorques,

Lanzó su pecho un rujido,
Y sus demacradas manos
Cubrieron su rostro lívido.
Del sitial en que se hallaba,
Como presa de un delirio,
Se alzó violento, en el suelo
Clavando los ojos fijos.
Miró á sus plantas abrirse
Las entrañas de un abismo,
Y del antro tenebroso
En el inmenso vacío
Desplegar sus leves alas
Un fantasma peregrino,
Bella seductora imajen
De un sér amado y perdido;
Oro las rubias guedejas
Del cabello suelto en rizos,
El hechicero semblante
Con la blancura del lirio,
Cuajado el llanto en los ojos
Como gotas de rocío.
Y en el seno palpitando
Con los últimos latidos,
Hasta el fondo, entre la sangre
Que salta en copiosos hilos,
Clavado por fiera mano
Un implacable cuchillo.
Jiró Bojorques en torno
Los ojos despavoridos,
Oyó murmurar su nombre
Y un postrer mortal jemido,
Y de Violante y sus nietos
Huyendo y lanzando un grito,
Cayó, convulso y demente,
Á los piés de un crucifijo.

III.

Después de una breve pausa,
Pausa que parece un siglo,
Con acento cavernoso
Murmuró entre dientes : — Idos —
— Guárdeos Dios, dice Violante,
Guárdeos Dios en el castillo
Que en orfandad dolorosa
Fué de mi existencia abrigo.
Mas ni he de volver á veros,
Ni á llevar vuestro apellido,
Ni estos mis hijos, señor,
Ni los hijos de mis hijos.
Después, de la oscura estancia
Salió con paso tranquilo.
Y quedó muerto Bojorques
Á los piés del crucifijo.

1880.

JAIME ACUÑA

— ɣ

Á FRANCISCO ZAVALA.

I.

Después de muy larga ausencia
Retorna á su casa Jaime,
Y al penetrar en su estancia
Se detiene un breve instante.
Allí unos brazos queridos
Deben estar esperándole,
Y unos purpurinos labios
Que de amor sólo han de hablarle.
Y allí escuchar ha creido,
Allí mismo, en los umbrales
De la puerta, los rumores
De dulces besos, y frases
De halagadoras promesas,
Y hablar oyó de un enlace
En risueño paraíso
De placeres inefables.
Con mano crispada y trémula
El endeble cancel abre,
Y entra y palidece y calla
Del asombro ante la imajen.
Allí están, la esposa adúltera,
Inés, su dueño, su arcánjel;
Y Lope, su hermano Lope,
De quien él ha sido padre.

9.

II.

— ¡ Lope !... ¡ Inés ! — Murmura, y mira
Aterrado á los amantes ;
Los mira inmóviles, mudos,
Pálidos como cadáveres;
Sin color frentes y labios,
Sin latido el seno exangüe,
Todo espanto la mirada,
Todo estupor el semblante.
Jaime ruje, el hierro empuña
Y lo esgrime ; mas no sabe,
Á quién matará primero...
¡ Porque es forzoso que mate!
Se acerca á Lope... ¡Es su hermano!
¡Carne de su misma carne!
Se acerca á Inés... ¡ Es su alma !
¡ De sus propios hijos sangre!
Se acerca á la una y al otro,
Entre el uno y la otra párase,
Y vuelve hácia ellos y de ellos
Torna airado á separarse.
Jaime Acuña ¿ estará loco?
¿ Qué va á hacer? ¿ Qué es lo que hace?
¿ Con que es verdad lo que mira ?
¿ Ellos son los miserables?
Lope, á quien crió desde niño,
¿ Así paga sus bondades?
¿Así Inés destroza el nudo
Hecho al pié de los altares ?
¿ Qué es el mundo, la existencia,
Sin un amor que la halague?
¡ El alma sin esperanzas
Sus ligaduras desate,
Deje en la tierra las flores
Que vió en el polvo secarse,

Y á otra rejión, á otra vida
El espíritu se enlace!
Jaime al cielo la mirada
Levanta ardiendo en coraje,
Balbute algunas palabras
Que de su pecho no salen,
Vuelve, contra él la filosa
Punta, se la clava, y cae,
Y ensangrentado murmura:
« Orad sobre mi cadáver » —
Un doble grito, espantoso,
Resuena, rasgando el aire,
Y en una vecina torre
Dan las doce en ese instante.

III.

De una desierta capilla
Bajo la sombría nave
Está una estatua yacente
Sobre un sepulcro de jaspe.
Dicen que es de Jaime Acuña
Aquella estatua la imajen;
Clavado tiene en el seno
Un puñal mohoso de sangre,
De sangre añeja, y murmuran
Vicarios y sacristanes,
Las jentes todas del pueblo,
Y lo afirma hasta el alcalde,
Que aquel puñal es el mismo
Con que Acuña logró darse
Airada muerte una noche;
Mas la causa, no la saben.

IV.

Se oye en la puerta del templo

Rechinar la enorme llave,
Y en él penetra una dama
Vestida con negro traje.
Hacia el sepulcro encamina
Sus pisadas desiguales
Y de hinojos se prosterna
Ante la estatua de Jaime.
Clava en el rígido rostro
La mirada agonizante,
Y una tras otra en el mármol
Sus tristes lágrimas caen.

—

Se oye en la puerta del templo
Rechinar la enorme llave,
Y envuelto en oscura capa
Entra un hombre con pié grave.
Hacia el sepulcro encamina
Sus pisadas desiguales,
Y se detiene en silencio
Junto á la estatua de Jaime.
Clava en el ríjido rostro
La mirada agonizante,
Y una tras otra en el mármol
Sus tristes lágrimas caen.

—

Los dos parece que miran
La helada estatua animarse,
Que el duro mármol golpea
El corazón palpitante,
Que aquellos ojos se encienden,
Que aquellas arterias laten :
Aún creen que les salpica
El rostro la ardiente sangre.

Y que los lívidos labios
Por la vez postrera se abren,
Y ensangrentados murmuran :
“ Orad sobre mi cadáver. ”
Y en la torre solitaria
Dan las doce en ese instante,
Y un doble grito espantoso
Resuena, rasgando el aire.

V.

Hay gran tumulto en la Iglesia,
Las jentes entran y salen,
Todo el mundo se hace lenguas,
Y es que el mundo nada sabe;
No sabe por qué motivo
Los cuerpos helados yacen
De Doña Inés y Don Lope,
Junto á la estatua de Jaime.

1879.

JUÁN FARRIZ

—

Á JOAQUÍN BARANDA.

I.

Apenas del sol ardiente
Entra un débil rayo de oro
Que alumbra el recinto estrecho
De un oscuro calabozo.
Sobre un jergón, en el suelo,
Apoyando en él los codos,
Sobre los codos las manos,
Y entre las manos el rostro,
Está un anciano abatido
Por el dolor y el insomnio,
La tez marchita y arada,
Secos y ardientes los ojos.
Allí la humana justicia
Guardóle un año tras otro,
Y allí vió correr los años
En cautiverio espantoso.
Diez lustros cumple aquel día,
Y al tender la vista en torno,
No halla una amiga mirada,
Ni un semblante cariñoso,
¡Nadie!... ¡Nada! ¡No! ¡Mentira
Ni está aislado, ni está solo;
Allí está con sus memorias
Y con sus recuerdos todos.

Allí están sus alegrías
Y sus tristezas, sus odios,
Sus afecciones... ¡Un mundo
Con él en su calabozo!
— Padres, hermanos. — Exclama.
¡Cuántas veces os ví en torno
De una mesa, en mis natales!
Y yo en medio de vosotros!
¡Cuánta luz, cuánta alegría
En aquel semblante hermoso,
Madre del alma, el primero
Que ví cuando abrí los ojos!

—

Juán Farriz sintió en su pecho
Un dolor fiero, espantoso:
En el insondable abismo
De la conciencia, muy hondo,
Creyó contemplar la imajen
De su madre... Sintió el soplo
De su aliento... Y oyó el eco
De su voz, y luégo el sordo
Jemido de sus dolores,
Entre el murmullo monótono
De sus rezos, y el tristísimo
Estertor de sus sollozos.
Juán Farriz sintió en su cráneo
Algo terrible, monstruoso,
Como tempestad airada,
Como rujidos del noto,
Como el chocar de las olas
En los peñascos del ponto,
Y brotar quiso á torrentes
El llanto, y rebelde y sórdido
Volvió á estancarse su llanto
Del corazón en el fondo.

Llanto que es sangre del alma
Que arroja el alma, copioso,
Cuando la pena la ahoga
De la desdicha en el colmo.

—

Juán Farriz miró en seguida
De su jergón en contorno,
Jirar pálidos, horribles,
Con fieros semblantes torvos,
Á los que hirió con su mano
En un encuentro alevoso,
Ó en la guerra, ó como bueno
Y frente á frente y sin dolo.
¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito
De miseria y de abandono!....
¡Hijos sin padre!... ¡Sin hijos
Tantos padres cariñosos!
Y Estrella, allí estaba Estrella,
Virjen de cabellos blondos,
De negra ardiente pupila,
Y semblante melancólico;
La que sufrió de sus padres
Por Juán Farriz el encono;
La que en el hogar querido
Por Farriz lo dejó todo,
Las rosas de sus arriates,
Y sus pájaros canoros,
Y la pequeña alcancía
De sus modestos ahorros;
Y al viejo mastín que estaba
Mirándola siempre absorto,
Entre el lecho y el altar
De su blanco dormitorio;
Estrella que sin amparo
Cayó desde el cielo al lodo,

Del infame abandonada
En el fangal del oprobio;
Estrella... Y después de Estrella,
Juán Farriz contempló atónito
El flaco espectro de un niño,
Que es su trasunto, que es otro
Juán Farriz, su imajen viva,
Que hacia él convierte lloroso
El demacrado semblante
Donde nunca dejó un ósculo...
Y... " Padre " — Le gritó el niño. —
" Me muero, padre, me ahogo,
Me falta el pan y no tengo
Ni amor, ni besos, ni apoyo...
Padre... ¿Dónde está mi madre?
No escondas, padre, los ojos,
Mírame : ¡el hambre y el frío
Van á matarme muy pronto!
No huyas, padre... Espera, espera. "
Saltó junto al lecho tosco,
Y apoyándose en los muros
De aquel recinto espantoso,
Acosado por el niño
Sin parar un punto solo,
Le daba vueltas y vueltas
De su prisión al contorno.
Tornaron á su memoria
Sus crímenes y sus odios;
Tras el niño aparecieron
Los espectros espantosos
De otras víctimas... De nuevo
Oyó sus risas... Sus roncos
Jemidos, y maldiciones
Y juramentos y votos,
Y al fin lo mismo que cae
En los breñales de un soto
Acosado por la jauria

Sin fuerzas y herido un lobo,
Farriz, convulso y lanzando
Un jemido estertoroso,
Cayó sobre las baldosas
Frías de su calabozo...

II.

De la prisión á la entrada
Llega un hombre; los cerrojos
Descorre, y entra y le dice:
— Farriz... Muere de alborozo,
Farriz despierta... Tus padres
Y Estrella y tu hijo, y todos
Están allí... Todos viven:
Ya estás libre... ¿Te haces sordo? —
Juán Farriz no contestaba,
Abrió sus párpados rojos
Y fijó en el carcelero
Las miradas de un beodo.
— Contempla abierta tu cárcel,
Y la luz y el cielo hermoso,
Juán Farriz ¿Por qué te callas?
¿Por qué miras de este modo?
Juán Farriz ¿eres el mismo?
¡Por Dios que te desconozco! —
Juán Farriz no respondía...
¡Juán Farriz estaba loco!

1880.

ALFREDO

—

Á LA MEMORIA DE MI HERMANO ALFREDO
(EN MÉRIDA EL 16 DE ENERO DE 1879)

I.

Aún en los floridos años,
De amor y esperanza lleno,
Honor de la hermosa tierra
Que avara esconde sus huesos,
Vió morir de sus amores
Un delicado renuevo,
Flor del alma, flor que apenas
Abría el cándido seno.
Ni un jemido de las auras,
Ni una lágrima del cielo,
Ni de la noche apacible
El tierno lánguido beso,
Temblar las débiles hojas
Del cáliz límpido hicieron,
Cuando perdido el aroma,
Rodó cadáver al suelo.
Y él lloró tan gran desdicha
De amor y esperanza lleno,
Honor de la hermosa tierra,
Que avara esconde sus huesos!

II.

Ánjel que del éter vagas

En el impalpable velo,
¿Por qué del padre amoroso
Jiras en torno del lecho?
De airada parca desvía
El rudo golpe violento,
De la implacable guadaña
Embota el filo siniestro.
Tus blancas alas escuden
El nobilísimo pecho,
Donde ardió la fe que brilla
En las lámparas del templo,
La que abrió al israelita
Del Mar Rojo los senderos,
La que alboraba en el Gólgota
En los ojos del Cordero.

III.

Ánjel que del éter vagas
En el impalpable velo,
Dale vida al moribundo,
Dale vigor á su aliento,
Mira el combate espantoso,
Escucha el múltiple ruego,
Los pobres un padre pierden,
Los ricos un alto ejemplo,
La gratitud el tesoro
De sus ardientes afectos,
La desdicha una esperanza
Y la esperanza un consuelo!

IV.

En vano el ánjel implora
En el alcázar eterno:
El Señor de los señores
Así lo tiene dispuesto.

Allí le esperan los santos,
Allí le aguardan los buenos,
Allí junto al trono altísimo
Está vacando un asiento.

V.

“ Alfredo ” gritan en torno
Del escojido, los siervos...
¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte
Descarga el golpe certero,
Abre sus puertas la gloria,
Una sepultura el duelo,
Y con lágrimas y flores
Se cubre el mortuorio féretro.

VI.

Aquel invisible drama
Tocó al fin su inicuo término;
Quedó de la hermosa vida
Un indeleble recuerdo,
El hermano sin hermano,
Sin padre los hijos tiernos,
Y la esposa sin esposo,
Y el risueño hogar desierto.

—

En tanto el ánjel querido
Del Hacedor mensajero,
Va con el alma del padre
Por las regiones del cielo.

Enero de 1880.

PER-ANZURES DE RIBERA.

—

Á FILOMENO MATA.

I.

" En el campo de batalla,
Tras de la ruda pelea,
Me contaron tus traiciones
Y tus perjurios, Estrella.
Supe allí que la honra mía
Diste de tu amor en prenda,
Infame noche, en los brazos
De Rodrigo de la Cerda.
Y por si acaso lo dudas
Allí tienes su cabeza,
Que yo separé del tronco
Con mi cuchillo de guerra,
Después de luchar entrambos,
Frente á frente y diestra á diestra,
Después de hacerle en el pecho
Mortal herida sangrienta. "
Esto á su esposa decía
Per-Anzures de Ribera
Con labios como de nieve,
Con ojos como de hiena;
Sacando bajo el embozo
Y arrojándola á la tierra
La cabeza ensangrentada
De Rodrigo de la Cerda.

Lívido despojò mudo
De una varonil belleza,
De lacio cabello y corto,
De poblada bárba y negra.

II.

Calló Anzures un instante,
De horrible calma suprema,
Y tomando nuevo aliento
Prosiguió de tal manera :
" Á esto vine á mi morada
Y á celebrar tus exequias,
Porque es fuerza que esta noche,
Vida de mi vida, mueras.
En este pomo te traigo,
Y es prodijio de la ciencia,
Mortal tósigo, que en breve
Hará que por siempre duermas. ,,
— " Jamás ,, responde la dama
Y torna á una cuna, llena
De ansiedad y de congoja,
La mirada descompuesta.
— ¡ Hola ! gritó Per-Anzures;
Espera, mi amor, espera;
Yo nada de esto sabía...
¡ Aún me faltaba esta afrenta !
Si no apuras ese tósigo,
Si no lo apuras, Estrella,
En sangre de esta criatura
Te vas á teñir tú mesma. ,,
Brilló desnudo el acero,
Y entonces, pálida y trémula,
Sin exhalar un jemido,
Sin formular una queja,
Al desprenderse del párpado
Una lágrima postrera

De hondo maternal cariño,
Apuró el tósigo Estrella.

III.

Están de luto las jentes,
Está de duelo la aldea,
Y está de cuerpo presente
El cadáver en la Iglesia.
Con oscuro y denso velo
Estaba su faz cubierta;
Lo demás amortajado
Con ricas fúnebres telas.
La esposa de Per-Anzures
Murió de muerte violenta.
Ahogóla la sangre, dicen
Unos; que la peste horrenda
Dicen otros; y otros muchos
Que el placer ó la sorpresa
De ver á Anzures, matóla,
Pues no le avisó su vuelta.
Después de los funerales,
Sobre unas andas soberbias
Llevaron el ancho féretro
Á la morada postrera
de los Anzures, y todos
Suspiraron por Estrella,
Que para todos fué noble,
Que para todos fué buena.

IV.

Diz que á la noche siguiente
Por la sombría poterna
De la morada de Anzures
En negra túnica envuelta,
Salió una dama en silencio,

Sin escudero, sin dueña,
Sola, enteramente sola,
Y que aquel que logró verla,
Ó creyéndola diabólica
Aparición ó alma en pena,
Huyó temblando de susto,
Tal vez á rezar por ella.
Y diz también que á muy poco
De su viudez, á la huesa
Dió su cuerpo Per-Anzures,
Que se murió de tristeza.

V.

Pasaron años tras años,
Y (esto dice la conseja;
Lo demás nadie lo dijo
Antes que yo lo dijera)
Se hallaron con que la caja
Mortuoria de Doña Estrella
Nunca guardó su ceniza,
Que estaba llena de piedras;
Y añaden los que la vieron
Azorados de sorpresa,
Que entre las piedras yacía
Una hosca calavera,
Con lacio cabello y corto,
Con poblada barba y negra.

Octubre de 1881.

ROMANCES HISTÓRICOS
MEJICANOS

LA RUINA DE AZCAPOZALCO

AL SR. D. MANUEL PÉREZ DE HERMIDA

ROMANCE I

—

IXTLILXOCHITL. — EL PROSCRITO.

Con aire grave y sombrío,
El entrecejo enarcado,
Descompuesta la mirada
Y el enjuto rostro pálido,
El rey de los tepanecas,
Tezozomoc el tirano,
En un salón de su augusta
Morada de Azcapozalco,
De un extremo al otro extremo
Pasea sobresaltado,
Como herida fiera en torno
De su cubil solitario.
El esplendor de Tezcuco,
Su gloria, sus adelantos
En las artes, en la industria
Y en la ciencia de los astros,
En él la ambición despiertan
De los honores y el mando,

Y al demonio de la envidia
Alberga en su pecho avaro.
  Huye de su alma el sosiego,
Á los mortales tan grato,
Y huye el sueño de sus ojos,
Y de su hogar el descanso.
  No olvida ni un solo instante
Que del gran Xólotl (1) es vástago,
Y de Acolhuacán el cetro
Rejir debiera su mano.

*
* *

  Como en tempestuosa noche
Súbito brilla el relámpago,
Así brota en sus pupilas
De fulgor siniestro un rayo;
  Y con un brusco y nervioso
Movimiento, el raudo paso
Detiene, se ajita, duda,
Y la voz al fin alzando,
  Llama á dos nobles caudillos
Que son de Otómpan y Chalco
Señores, y así con ronco
Acento, hablóles airado;
  — " Ya sabreis, nobles guerreros,
Súbditos míos y aliados,
Que Ixtlilxóchitl Ome Tóchtli,
Rey y Señor se ha jurado
  En Huexotla, há pocos días,
Del Imperio Tezcucano,
Haciendo á mi estirpe ultraje,
Mi derecho atropellando,
  En los montes de Tlaxcálan
Y en sus valles acampado,

(1) Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacán.

Con huestes innumerables
Amenaza mis estados.
Y como es fuerza se acaben
Tan funestos desacatos
Que amenguan de mi corona
El esplendor soberano,
Reunid á vuestros parciales,
Y con cautelosos pasos,
Llegad, cruzando las selvas,
Hasta el enemigo campo.
Allí, pedidle á Ixtlilxóchitl
Una entrevista; el incauto,
Sin escolta, hasta vosotros
Se acercará temerario;
Mas antes que una palabra
Se desprenda de sus labios,
Entrambos de un solo golpe,
Y sin compasión, matadlo.
Idos... y tened presente
Que aquí la victoria aguardo;
Que el porvenir de mis reinos
Desde hoy queda en vuestras manos. ,,
Dice, y su adusto semblante
Se anima con un extraño
Jesto, que es dulce sonrisa,
Que es incomparable halago
Para aquellos dos magnates
Que, sumisos y temblando,
Salen de la rejia cámara,
Donde al resplandor escaso
Del crepúsculo sombrío,
Torvo, mudo y cabizbajo,
En mil confusos proyectos
Quedóse el rey abismado.

*
* *

Una tarde, cuando apenas
El sol con lánguidos rayos
Del Iztacíhuatl doraba
Las cumbres desde el ocaso,
Ixtlilxóchitl separóse
De sus jefes y soldados,
Que á parlamentar le invitan
Los del enemigo bando.
Él se aleja, el gozo inunda
Su altivo semblante franco,
Y sus indómitas huestes
Le ven partir sin cuidado.
¡ Ay ! ¡ infeliz ! no presume
Que los nobles emisarios
Que le esperan, sus verdugos
Han de ser en breve plazo.
No lo presume y tranquilo,
En su valor descansando,
Llega á los embajadores
Con andar sereno y tardo ;
Mas antes que una palabra
Murmure el monarca, rápidos
Sobre él se arrojan, cual tigres,
El de Otómpan y el de Chalco.
El rey se turba, no asombra
Ni hiela su alma el espanto ;
Mas paraliza su brío
De aquella sorpresa el pasmo.
El golpe alevoso hiere
La rejia frente, y del campo
De los acolhuas un grito
Se alzó llenando el espacio :
" Traición, Tezcuco; á las armas ,,
" Azcapozalco ,, — exclamaron

Los tepanecas, saliendo
De los bosques inmediatos;
  Y á poco, al tender la noche
Su jigantesco sudario,
Tiñó la sangre á torrentes
La verde alfombra del llano.

*
* *

  Nada el valor ni el esfuerzo
Pueden, si el sino es contrario;
Y en tan espantoso día,
Al perder los tezcucanos
  Su sangre, su rey, su gloria,
En aquel encuentro infausto,
De la esclavitud al peso
La altiva frente humillaron.

*
* *

Nezahualcóyotl, el hijo
De Ixtlilxóchitl, sin amparo,
De los traidores oculto
Entre el follaje de un árbol,
  Contempló, con honda pena,
De su padre el sanguinario
Drama, y el fin desastroso
De sus valientes soldados.
  Y al comprender su desdicha,
La impotencia de su brazo,
La injusticia de los dioses,
Y el poder de sus contrarios,
  Desde el fondo de su pecho
Inundado por el llanto,
Jura exterminio y venganza
Al torpe rey, que arrojando
  Al infortunio sus días,

Ha deshecho en mil pedazos
El trono que sus mayores
En Acolhuacán fundaron.

*
* *

El destino en las tinieblas
De sus profundos arcanos
Oculta, tal vez por siempre,
Del noble mancebo el astro.
Alegres huellan sus plantas
Las rosas de quince Mayos,
Y el sol de sus ilusiones
Aún no vislumbra su ocaso,
Cuando ya los bosques cruza
Huérfano y desheredado,
De amor y de paz hambriento,
Y de desventuras harto.
Aquel que en selvas de flores
Miró deslizarse el carro
Donde la infancia abandona
Sus pasajeros encantos;
Aquel que en un rejio alcázar
Tras mil ensueños dorados
Miró el oriente, la aurora
De los juveniles años,
Recorre, como las fieras,
Despavorido los campos,
Sin hogar ni más consuelo
Que el amor de sus vasallos,
Hasta que de penas tantas
Y de tanta angustia al cabo,
Y merced á la exijencia
De los reyes mejicanos,
De quienes era el proscrito
Príncipe, pariente amado,
Tezozomoc le permite

Retornar con sus hermanos
  Á Tezcuco, emporio y norte
De sus lisonjeros cálculos,
Dándole allí señoríos
Y de Cilám el palacio,
  Donde entregado á las letras
Pasó dos lustros escasos,
De los negocios del mundo
Lejos y de sus engaños.

ROMANCE II

—

EL ENSUEÑO.

Tezozomoc en un lecho
Perennemente reposa,
Que el peso de la existencia
Sus flacos hombros encorva;
  Sus fuerzas enerva y rinde;
Deslustra la brilladora
Pupila que en otros tiempos
Fué de sus pueblos antorcha;
  El fuego que ardió en sus venas
Apaga, y hora por hora
El invierno de los años
Nieve en su frente amontona;
  Nieve que no se deshace,
Ni se derrite ni agota,
Que ni hay Abril ni Verano
Que su terso cristal rompa;
  Y por eso entre algodones
Lo arrebujan y lo escoran,
Y á su corte se presenta
Como un fantasma, una momia
  Que desde el frío sepulcro
Dictando sus tenebrosas
Leyes, rije á sus vasallos,
Y los tiraniza y doma.

*
* *

Es ya de noche; una noche
Invernal y tempestuosa;
Frío el viento, rebramando
De las rejiones del boreas,
Llega á estrellarse á las tapias
Reales, y en una alcoba
De su palacio, el tirano
Tezozomoc se sofoca.
Lejos de aquel delicioso
Sueño que su alma ambiciona,
Y perdido en los abismos
De pesadilla horrorosa.
Siente que un enorme peso
Su seno oprime y ahoga,
Y en una triste penumbra
Mira de pronto, aún más lóbrega,
Tendidas las negras alas,
Una inmensa mariposa
Que vuela al principio lenta
Del aire en las tenues ondas,
Y después, acrecentando
Sus flebes jiros, azota
Las pardas nieblas, con una
Rapidez vertijinosa.
En vano el monarca intenta
Apartar de ella sus torvas
Miradas... do quiera siguen
La carrera prodijiosa
De la voluble fantasma,
Que, sin detenerse, sorda
Zumba en contorno, y la vista
Del rey enturbia y disloca.
Sus ojos jiran violentos
Entre sus áridas órbitas,

Y ni el dolor, ni el cansancio
Fijarlos un punto logran.
Al fin, la visión horrible
Un breve instante se posa
Sobre un cornizón, y tiende
Sutiles y vaporosas
Sus luengas alas, que poco
Á poco se descoloran,
Se ensanchan, se desvanecen
Y se pierden en la sombra.
Empero, en el mismo instante,
Ve el rey una mancha roja,
Que es leve punto primero
Y que en progresión pasmosa
Se acrecienta, se dilata,
Y una gran montaña forma
Al fin, árida y ardiente,
En cuyas ásperas rocas
Se incrustan, como engarzadas
En montón, unas sobre otras,
Fatídicas calaveras,
Horribles, disformes, rotas,
Que abrasadas, trecho á trecho,
Por las devorantes olas
De un mar de fuego, resisten
Las corrientes bramadoras.
Mira, por último, alzarse
Sobre la cima escabrosa
De aquel monte, rebatiendo
Sus dos alas ponderosas,
Una águila jigantesca,
Negra, erizada, monstruosa,
Que le mira con candente
Pupila fascinadora;
Que tiende el vuelo al espacio,
Que á las nubes se remonta,
Y luégo sobre él se lanza

Tan rápida como arroja
El arco la flecha aguda
Que el viento silbando corta.
El rey, que apenas alienta
Con débil y estertorosa
Respiración, se horripila,
Y se contrae, y apoya
En una mano la frente
Por la cual heladas gotas
De sudor copioso corren
Y ambas mejillas le mojan.
Y ve el águila ya cerca
Que retrocede y se encorva,
Que dando un revuelo, al cabo
Fiera sobre él se desploma,
Y en su ya desnudo seno
Enclava las garras corvas,
Hiende sus carnes, el pico
En sus entrañas ahonda,
Y hambrienta, insaciable, bebe
Y apura su sangre toda.
Entonces el rey despierta
Dando un grito agudo, torna
En redor los grandes ojos,
Y se palpa y tiembla y llora;
Llora de susto y con voces
Que la muda estancia asordan,
Clama por su servidumbre
Que acude á su acento atónita.

*
* *

Está en el rejio aposento
Una anciana temblorosa,
Que habla con triste semblante
Y con lenta voz monótona.
Sus ojos, cual si quisieran

Penetrar las vagas sombras
Del porvenir, están fijos
Hacia adelante, y sus hoscas
Miradas prende en sus labios
El rey, que, con alma absorta,
No pierde una sola frase,
Y ni una sílaba sola.
— « Esa mariposa negra,
Sombría y aterradora,
Era el vengador espíritu
De Ixitlilxóchitl que aún te acosa.
Las víctimas de los reyes
Ni en el sepulcro perdonan,
Y la paz del alma, dulce,
En este mundo les roban.
— Prosigue...
— Aquella montaña
Jigantesca y portentosa,
Es tu trono, que enrojece
La sangre de tus victorias.
— ¿Y aquellos cráneos horribles?
— De tu carrera despótica
Las víctimas inmoladas
Son, y en las cuales reposan
Las columnas de ese trono
Que te sostiene...
— ¿Y las olas
De aquel mar de fuego?
— El tiempo
Significan, que á espantosa
Nada tornarán bien pronto
Tu poderío y tu gloria.
— ¿Y ese monstruo sanguinario?
Murmuró el rey con voz ronca,
Llevando una mano fría
Á su frente sudorosa.
— ¿El águila?

— Sí, contesta.
— Te anuncia que vengadora
La saña de un hombre fuerte
Destrozará tus coronas...
¡Le estoy mirando!
— Á quién miras!...
— Á él, al rey de los Acolhuas.
— ¿ Nezahualcóyotl?
— Al mismo;
Al águila poderosa
Que ha de saciar en tus reinos
Su hambre, su ambición, su cólera;
Que no ha de ver en sus días,
Tardes, ni noches, ni auroras,
Y cuyo nombre famoso
Y grande será en la historia.
— "¡ Mientes!,, exclamó el monarca
Furioso; "sella tu boca ,, —
Ea, ¡ llamad á los príncipes,
Que quiero hablarles ahora!
"Sí, sí, que el traidor perezca,
Perezca su estirpe toda,
Y ni de su nombre quede
En mis dominios memoria. ,,
Dice el rey; sangrienta espuma
Entre sus labios borbota,
Y huye la bruja espantada
Por una salida próxima.

*
* *

Ante el rey de Azcapozalco
Estaban á pocas horas,
Tayátzin, Teuctzíntli y Maxtla,
Infantes de la corona.
Y á todos tres iracundo
Ordena que, sin demora,

Prendan al príncipe ilustre
Nezahualcóyotl, que pronta
Muerte le den sus secuaces
Donde quiera que le cojan,
Y ofrece un premio al que lleve
Á cabo acción tan gloriosa.

*
* *

Tezozomoc muy en breve
Pagó el tributo, que toda
La humanidad miserable
Debe á la tierra, y la fosa
Encerró con sus cenizas
Bajo una sombría bóveda,
La execración de su pueblo,
Que aún después de muerto le odia.
Nombró á Tayátzin su hijo
Por sucesor, quien provoca
Del primojénito Maxtla,
La indignación envidiosa.
Es Maxtla, altivo, soberbio,
Y en su alma negra la sórdida
Avaricia de su padre
Se oculta devoradora.
De los reinos se apodera,
Con su maldad los agobia,
Y á Tayátzin con los suyos
En la impotencia abandona.
Á Tayátzin, á quien poco
Después la mano traidora
De unos esbirros, de Maxtla
Ante la agusta persona,
Y por su orden, le dan muerte,
Ciñendo á la poderosa
Frente del rejio asesino,
Entre la espléndida pompa,

Y los vítores de un pueblo
Que ante el destino se postra,
De Azcapozalco y Tezcuco
Las magníficas coronas.

*
* *

Maxtla, libre de temores
En su majestad se goza,
Y con el poder se embriaga
Que ha adquirido á tanta costa.
Sólo una nube atraviesa,
Como fatídica sombra,
Por el tranquilo horizonte
De sus venideras glorias;
Y esta sombra es el recuerdo
De un hombre, fuente do brotan
Sus pertinaces recelos
Y sus continuas zozobras.
Nezahualcóyotl, sombrío
Se le aparece, y trastorna
Los proyectos colosales
Que fragua su mente loca.
No olvida el sueño funesto
De Tezozomoc, y sorda
Brama en su pecho implacable
La tormenta pavorosa;
La tormenta, que lo mismo
Que de los cielos arroja
Sobre la tierra las iras
De su formidable cólera,
Así del pecho de Maxtla,
Contra el heredero acolhua,
Se desprenden las saetas
De una aversión enconosa.
Y sin que pueda, ni un día,
La pesadilla diabólica

De su padre, ni á la bruja
Arrojar de su memoria,
En persecución del príncipe,
De los esbirros las hordas,
Cruzan las grandes ciudades,
Y las selvas montañosas.
Los teocalis escudriñan,
Y los tianguis (1) alborotan,
Y suben á los palacios
Y descienden á las chozas.

(1) Las plazas del mercado.

ROMANCE III

—

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,
Al pié de verde colina,
Y de un tranquilo arroyuelo
Junto á la marjen florida,
Levanta entre dos jardines,
Que diestras manos cultivan,
Una apacible morada
Sus tapias envejecidas,
Y á cuya puerta da sombra
Una secular oliva,
Tendiendo las verdes ramas
Que eterna paz simbolizan.
En ella moran tranquilos
Un anciano y una viva
Y traviesa y cariñosa
Doncella, su amor, su dicha.
Nanche se llama el anciano,
Nezahualxóchitl la niña,
Y Nanche y Nezahualxóchitl
Son dos almas y una vida;
Son una flor en su tallo,
Son, del mar en las orillas,
Una perla en su rugosa
Y áspera concha escondida.

*
* *

Era una noche muy triste,
Y lánguida y amarilla,
Llegando al zenit la luna
Su pálida luz vertía.
La joven, como una sombra
Impalpable y fujitiva,
Por sus velados jardines
La leve planta desliza;
Cuando de pronto el anciano
Se le aparece, y solícita
Nezahualxóchitl al verle,
Gozosa se le aproxima:
— Padre mío, ¿ á tales horas
Por estos sitios caminas,
Cuando tus ojos apenas
Distinguen la luz del día?
Dame tu mano y revélame
Dónde vas...
— Sígueme, hija,
Nanche contesta, y torciendo
Por una calle en que ajita
Á diestra y siniestra el manto
De los arbustos, la brisa,
Llegaron á una pequeña
Esplanada do la vista
Entre tristes sempazúchiles
Y sauces mustios, divisa
De una blanca sepultura
La negra losa sombría;
Y cerca de ella, y en donde
Alumbra Febe divina,
Detiene el paso el anciano,
La frente dobla, suspira,
Y de sus párpados lenta

Se desprende á sus mejillas,
Una lágrima que acaso
Del ánima comprimida
Es el único consuelo
De prolongadas vijilias.
Después, tendiendo una mano
Mientras que la otra fría
Y temblorosa sostiene
Su cuerpo, que ya se inclina
Á la tierra, doblegado
Por la edad y la fatiga,
Murmura con voz pausada :
— " Allí está Tiata, hija mía ;
Era Tiata mi embeleso,
Era mi única delicia ;
Creció feliz á mi lado,
Como has crecido tú misma,
Pura, modesta y hermosa,
Y recatada y sencilla.
Era su pecho inocente,
Sin doblez y sin perfidia,
Como lago sin tormentas,
Como rosal sin espinas.
Huitzilíhuitl, el monarca
De Tenuchtitlán, un día
Vió su beldad, y una nube
Cruzó el cielo de mi vida.
No puso á sus piés un plomo,
Ni puso un velo á su vista,
Ni á sus labios un candado,
Ni coraza á su codicia.
¡ Ay ! robómela el infame,
Robómela en hora impía,
Y la deshonra en mi frente
Grabó sus cárdenas tintas.
Eternos días horribles,
Largas noches de vijilia,

Pasé sin Tiata... era Tiata,
De una vez sábelo, mi hija.
El grande rey Ixtlilxóchitl,
Á quien los dioses bendigan,
Se conmovió de las penas
Y las desventuras mías;
Y en mi socorro acudiendo
Á Huitzilíhuitl obliga
Á devolverme el tesoro
De mi insaciable avaricia.
Tiata al hogar desolado,
Al Edén de su familia,
Tornó temblando, una tarde,
Melancólica, intranquila;
Al llegar á mi presencia
Clavó en el suelo la vista,
Y, cual un raudal, el llanto
Nubló sus negras pupilas.
Como las flores que arrastran
Los vientos por la campiña
En las noches de Atemóxtli (1),
Eternas, tristes y frías,
Así á la infelice Tiata
Miré mustia y abatida,
Blanco el color de sus labios,
Y sin sangre sus mejillas.
Lloró, lloré; el llanto nuestro
Se confundió en una misma
Corriente, cual sus dolores
Nuestras almas confundían.
Mas nada bastó; las penas
Mataron á Tiata el día
Que tú naciste, tú eres
De Huitzilíhuitl la hija.
Murió el verdugo hace tiempo;

(1) Diciembre.

Allí está en polvo la víctima;
Tu madre infeliz, que goza
De Tonatiuh (1) las delicias!
  Hoy que siento que mis fuerzas
Me abandonan y declinan,
Te he revelado el secreto
De mis angustias continuas.
  Cuando de este mundo salga,
Ven á este sitio y cultiva
Las tristes flores que nacen
En sus desiertas orillas;
  Suplan á mis oraciones
Tus oraciones sencillas;
Tu dulce llanto á las tristes
Y amargas lágrimas mías."
  Cesa la voz del anciano,
Nezahualxóchitl suspira,
Y ante la tumba cayeron
Ambos á dos de rodillas.

(1) El Sol.

ROMANCE IV

—

LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Va rodando en los espacios
Febe su disco de plata.
Nanche á su aposento torna,
Y las desdichas pasadas
Entrega en brazos del sueño
Que sus sentidos embarga.
Mas Nezahualxóchitl sola,
Misteriosa y desvelada,
Aún de sus vastos jardines
Por las arboledas vaga.
Acaso encierra su pecho
Alguna ignota esperanza,
Y al hondo silencio fia
Los secretos de su alma.
Acaso en leve suspiro
Que de su seno se escapa,
De los zéfiros livianos
Vuela en las flébiles alas.
Tal vez recuerda su mente
Que ha visto en una mañana,
Á la hora en que alegre y bella
En la cuna sonrosada
Confunde su luz el día
Con los crespones del alba,

Pasar una sombra errante
Entre dos verdes montañas.
Que aún mira se le figura
La imajen gentil, gallarda,
De un mancebo que corría
Y ásperas cimas trepaba,
Como el collametl (1) que huye,
Entre breñas y entre zarzas,
Del brazo que lo persigue
Tras de la innúmera jauria;
Aún se finje que le mira
Perderse allá en lontananza,
Al través de los arbustos
Y el follaje de las ramas.
Y por el mismo sendero
Á poco ve que se lanza,
En pos de aquel fujitivo,
Un tropel de jente armada
Que corre de un lado á otro,
Que se detiene, que avanza,
Que camina irresoluta,
Que á conferenciar se pára,
Bien como duda y vacila
El ojeador que en la caza
Pierde la pista y no sabe
Dónde la fiera se guarda.
Tal sueña la pobre joven,
Intranquila y desvelada,
Que por las calles desiertas
De sus arboledas vaga.
En tanto avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aún por el espacio rueda
Febe su disco de plata.

(1) Jabalí.

*
* *

¿Qué ruido es ese? ¿Acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?
¿Ó lo forma, por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos las ramas?
¿Ó es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?
Nezahualxóchitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.
Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hacia ella
Temerosa y recatada.
¿Quién será? tiembla la joven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle; mas sólo
Unos breves pasos anda,
Cuando á su oido un acento
Llevó en sus ondas el aura:
"Detente un punto, detente,"
Oyó decir con voz clara.
Empero Nezahualxóchitl
Cada vez más asustada,
No camina... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;
En un instante se acoje
Al dintel de su morada;

Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hacia atrás la cara,
Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatli (1) entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.
Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.
Entonces la joven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.
— ¿Qué ocurre, hija mía?
— ¡Auxilio!
¡Venid, socorro!
— ¿Que pasa?
— ¡Padre, mirad!...
Al reflejo
De las rutilantes llamas
De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxóchitl, que súbito
Reconocen sus miradas
Á aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huía por un sendero
Entre dos verdes montañas.
Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama:
— ¿Quién eres?
— ¿Quién soy?
— ¡Tu nombre!
— ¡Nezahualcóyotl!

(1) A manera de capa que usaban los aztecas.

— ¿Te llamas
Nezahualcóyotl? ¡El hijo
Del gran monarca! Y enclava
Nanche en el rostro del príncipe
Sus pupilas dilatadas;
— ¡Ah! sí... ya te reconozco,
Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?
— No pierdas el tiempo, ¿tiene
Una salida excusada
Esta mansión?
— Sí por cierto.
— Pues la senda me señala.
— Nezahualxóchitl la sabe;
¿Mas ese rumor...
— De Maxtla
Son las tropas, que me siguen,
¡Y soy muerto si me alcanzan!
— Pues corred, yo las espero,
Huid; aquí las aguardan
Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa;
Y que el hijo de Ixtlilxóchitl
Con los altos dioses vaya.
Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la joven
Las sombras, como fantasmas.

*
* *

Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansión sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.
Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el jefe de ellas, mirando

A Nanche que las aguarda,
Deteniéndose soberbio
Á no muy corta distancia,
Con fiero ademán altivo
De esta manera le habla :
— Á ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa :
Ríndete, pues, y á los mios
Enseña la puerta franca.
El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.
— Te equivocas, dice Nanche,
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.
— ¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?
— No niego nada.
— Lo confiesas...
— En mi vida
Supe mentir.
— ¿Y qué aguardas?
— No has de entrar en este asilo.
— ¿Quieres morir?
— No me espanta
La muerte, cuando me alienta
La fe de una justa causa.
— Eres anciano...
— Mis ojos
De ver la luz ya se cansan.
— Morirás entonces.
— Y antes
Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces
Mi cadáver con tus plantas.
— Adelante!...
— Atrás!...
La lucha
Desigual y sanguinaria,
Á la faz de las estrellas
En un instante se traba.
La pica del noble anciano
Hunde al primero que avanza,
La cabeza, y cae al suelo
Como una pesada masa.
Se exasperan los contrarios,
Se oyen mujidos de rabia,
Y el iztli (1) el espacio hiende
En las puntas de las lanzas.
De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.
Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aún palpitantes, ultrajan.
Á los aposentos entran;
Buscan, mas al fin no hallan
Al príncipe á quien creían
Asegurado en sus garras.
Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
Como coyotles (2) hambrientos
En las llanuras de Anáhuac.

(1) Pedernal.
(2) Especie de chacales.

*
* *

La tibia luz de la aurora
Viste al oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,
Se ve bajar por los campos
Á una joven que ajitada
Muestra en sus ojos la dicha
Que sus tiernos labios cantan.
" No pierde un rey poderoso,
Un rey nunca pierde nada,
Si á sus iguales adora,
Si con princesa se casa;
Y él es rey, y yo soy hija
De Huitzilíhuitl y Tiata, "
Estos eran sus cantares,
Estas eran sus palabras.
Alegre, jentil, risueña,
La colina al fin traspasa,
Cruza sus bellos jardines
Y se detiene á la entrada
De su mansión... algo ha visto
De sombrío en lontananza;
Algo de fúnebre y triste
En las puertas y en las tapias.
Se le figura que el viento
Solloza triste si pasa,
Y que los árboles gimen
Si el aire silba en las ramas.
¿En dónde están de su padre
Las cariñosas miradas?
¿En dónde está la sonrisa
Que sus labios dilataba?
¿Dónde los trémulos brazos
Que no salen á estrecharla,

Por aquella alegre puerta
Tan muda y tan solitaria?
¿Por qué ante ella se detiene,
Y tiembla y vacila, y anda
Un breve trecho y al punto
Se vuelve atrás asustada?
¡Ay! lo ignora, y decidida,
Resuelta, convulsa, pálida,
Entra, da un grito, y perdiendo
Al fin su última esperanza,
Siente un vértigo espantoso,
Siente un dolor que la mata;
Cierra sus ojos, y rueda
Por el suelo desmayada...

. . . .

Vió á Nanche, á Nanche tendido,
Tintas en sangre las canas,
É inmóviles las pupilas
En donde acaso áun brillaba
Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.

ROMANCE V

—

LA EMBOSCADA

Nezahualcóyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos;
De luchar con el destino,
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho;
De cruzar con sus dolores
Los mundanales desiertos,
En un futuro soñando,
En un pasado muriendo,
Á Tenuchtitlán potente
Vuelve los ojos, el cielo
Un rayo de luz le envía
Que calma un punto sus duelos.
Y un átomo de esperanza
Á su corazón enérjico,
Lleva una chispa que enciende
Su sangre en llamas de fuego.
Se une á Ixcóatl, monarca
Cuarto del coloso imperio,
Y con otros poderosos
Tributarios de su suelo,
Y al frente de un aguerrido,
Bravo y numeroso ejército,

Parte al fin contra el tirano
Maxtla, que en el trono excelso
No sospecha ni un instante,
No presume ni un momento,
Que en su fuerte y poderosa
Diestra, vacile su cetro.
Y ordena á Mázatl, el bravo
Jeneral de sus guerreros,
Que prepare á la defensa
La capital de su reino.
Y Mázatl la fortifica,
Lleno de vigor y aliento,
Con hondos fosos por fuera,
Con altos muros por dentro.
Y dentro y fuera con rudos
Brazos y animosos pechos
Que esperan desesperados
El instante del encuentro.

*
* *

El fulgor de un bello día,
Hermoso, puro y sereno,
Inunda con luz brillante
Murallas y campamentos.
Y quiebran la luz febea
Con vario fulgor intenso,
Los chimalis y escaupiles (1)
De aquellos jefes soberbios.
De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcóatl toca diestro,
Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento

(1) Escudos y armaduras.

Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.
Nezahualcóyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl, su criado,
De honra y lealtad ejemplo,
Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuáhuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro ;
« Ve y dile á Nezahualxóchitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imajen que reverencio.
Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos ;
Que los dioses van conmigo,
Que de ellos el triunfo espero. »
Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.

*
* *

Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo ;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos ;
Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,
Nezahualcóyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse con los suyos
Camino del campamento.

Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de su Nezahualxóchitl
El cariñoso recuerdo;
De la lucha de aquel día,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algún bravo compañero,
Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.
El príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes, resuelto.
Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío les sirve,
De nada el valor supremo,
Que el numeroso enemigo,
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
Á perecer combatiendo.
De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcóyotl oye
La voz de Mítl, que corriendo
De su señor en socorro
Vuela al combate lijero,
Con los que á Nezahualxóchit.
De escolta y guarda sirvieron.
Rompe Mítl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.
Al frente Nezahualcóyotl

Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.
Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Despavorido y sin armas,
El enemigo disperso.
Y... « ¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mítl, qué has hecho
De Nezahualxóchitl?" dice
El príncipe, sonriendo.
— Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mítl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrían al cabo muerto,
De la traidora sorpresa,
En los instantes primeros,
Dejó este sitio, y en busca
De socorro partió presto.
Al descender esa cumbre
Que desde aquí se está viendo —
Y Mítl la cúspide oscura
De un monte en que ya su velo
De sombras la noche tiende.
Le señaló con el dedo —
« Allí, repite, encontróme,
Y dándome de tu aprieto
La noticia, hasta este sitio
Vine veloz como el viento;
Donde quiso mi fortuna
Que llegar pudiera á tiempo,
Dejando á Nezahualxóchitl
Con algunos de los nuestros;
Mas... vela allí que se acerca,
Parte, señor, á su encuentro. »

ROMANCE VI

—

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,
Dechado de arte y de lujo,
Que viene cargada en hombros
De cuatro esclavos robustos,
Descendió Nezahualxóchitl,
Quien con labio irresoluto,
Á los que en torno la cercan
En pavoroso tumulto,
Presa de un temblor que es hijo
De su malestar profundo,
Por el príncipe pregunta
De angustia llena y de susto.
Interroga con la vista;
Mas antes que labio alguno
Responda á su voz, un hombre
Tendió los brazos convulsos
Hacia ella, que, dando un grito,
Abrió temblando los suyos;
Y se estremecen dos almas
En prolongado saludo.

*
* *

¡ Cuánto se amaban ! La noche
Que Nanche murió, al influjo
De su nefasto destino,

Sus corazones en uno
Se confundieron, latiendo
Del amor en el bien sumo;
De un amor inexplicable,
Y en dulces goces fecundo.
Á ella la vimos risueña
Aquel día, cuando un cúmulo
De pensamientos llenaba
Su jentil cabeza, de humo;
Cantar la oimos alegre
Los ensueños de un futuro
Sin desengaños ni quejas
Y sin horizontes turbios.
Y cuando al pié del cadáver
La desdichada no pudo
Sufrir el dolor, y al suelo
Rodó su cuerpo convulso,
Pasaron algunas horas
Sin que se turbase el mudo
Silencio de aquel recinto
Que parecía un sepulcro.

*
* *

Cuando ya el sol se acercaba
Á la mitad de su curso,
Entró á la estancia un mancebo
Que de pavoroso susto
Lleno, contempla aquel cuadro
De horror, de sangre y de luto;
Á la joven se aproxima
Con un cariñoso impulso,
Y al llamarla acongojado,
Pálido como un difunto
Por el pesar, triste mira
Al objeto de su culto.
Abre al fin Nezahualxóchitl

Los tristes ojos enjutos,
Y concentrando su vista
En el mancebo, de súbito
Se alza del suelo; la llama
De un amor violento y puro
Se reflejó de sus ojos
Entre los cristales mustios;
Se acerca al príncipe amante,
Y con acento inseguro,
Que entrecortan los sollozos
Y ahogan ayes profundos,
Así le dice : « allí tienes,
Nezahualcóyotl, al único
Sér querido que amparaba
Mi orfandad en este mundo.
No miro ya de esta vida,
Por los desiertos oscuros,
Más luz que tú, más consuelo
Que tu amor ni más refujio.
Yo, que seas no te pido
Mi esposo, que fuera mucho ;
Mas tampoco tu manceba
Me llamará el labio tuyo.
Sólo anhelo que conserves
De tu pecho en lo profundo,
El amor que esta mañana
Leí en tus ojos oculto,
Y que tu labio...
— Silencio !
Nezahualxóchitl, no es justo
Que me hables así... tu esposo
He de ser, yo te lo juro. »
Despues, alzando el cádaver
De Nanche, salieron juntos
De la estancia, y no muy lejos
Del solitario sepulcro
De Tiata, en una cueva,

Depositaron los últimos
Despojos del noble anciano,
Como su memoria, augustos.

*
* *

Al anochecer, muy pocos
Días después, en Tescuco,
Del infatigable Maxtla
Y sus sicarios, oculto
Ante un anciano teopixqui (1)
Con un placer sin segundo,
Y de sus antepasados
Conforme al rito y los usos,
Delante de dos testigos,
Sus dos almas de consuno
Se unieron y para siempre
Con indisoluble nudo (2).

*
* *

Entre los brazos del príncipe,
Nezahualxóchitl algunos
Breves instantes de dicha,
De supremo goce, estuvo;
Mas cuando de ellos pretende
Desasirse, un breve punto
Tembló, sus brazos se abrieron,
Y cayó al suelo; confuso
Nezahualcóyotl sobre ella
Se arroja de terror mudo;

(1) Sacerdote.

(2) Nezahualcóyotl se casó en su juventud con Nezahualxóchitl, que siendo de la casa real de Méjico, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los tepanecas le habian usurpado. — *Clavijero.* Tomo I. pág. 106 [nota].

Y da un grito, que los montes
Repercuten uno á uno.
Y entre un tumulto, á la roja
Luz de los hachones fúljidos,
Contempló á Nezahualxóchitl
Bañada en sangre, sin pulsos;
Á quien le traspasa el pecho,
Que á poco encendía un puro
Y noble amor, de una flecha
El iztli ardiente y agudo.
« Por matarme á mí la han muerto: »
Exclama fiero, iracundo,
Nezahualcóyotl, alzándose
Con un movimiento brusco:
« Ellos, ellos, continúa
Con ronco acento, y sañudo
Hacia la ciudad volviendo
Los ojos como carbunclos:
— « ¡ Ah! maldita Azcapozalco,
Guarida de sus verdugos,
Mañana al rayar el día
Sabré vengar tus insultos!
No valdrán contra mi encono,
Tepanecas, tus conjuros;
Ni tus chimalis de bronce,
Ni tus escaupilis rudos.
Haré que tus torres altas
Desaparezcan del mundo,
Y convertiré en ceniza
Tus palacios y tus muros... »
Dijo, cayendo de hinojos
Al pié de los restos mudos
De su esposa, y llanto amargo
Hizo en sus mejillas surcos.

ROMANCE VII

LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba
Se arrebola con las luces
Que el astro rey, desde Oriente
Sobre los montes difunde,
En entrambos campamentos
Los capitanes reunen
Á sus huestes, y do quiera
Animándolas, discurren.
Suena el tambor del combate,
Y la inmensa muchedumbre
De guerreros, la pelea
Traba en formidable empuje.
Penachos, cascos y escudos
En que oro y plata relucen,
En la furibunda lucha
Se mezclan y se confunden.
Allí estaba Izcóatl llevando
Un tencaliuhqui (1) que encubre
Sus nobles formas, y gasta,
Porque es de reyes costumbre,
Matzopeztlis (2), en los brazos,
Y cozehuatles (3), que suben
Hasta media pantorrilla,

(1) Traje de guerra que usaban los príncipes.
(2) Á manera de pulseras que llevaban los reyes en campaña.
(3) Especie de botas.

De cuero color de herrumbre,
Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;
Un tentetl (1) lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre
Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del íris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.
Lleva en la frente, por último,
El copilli, (2) del cual surje
Un cuachictli, [3] en que campean
Plumas bermejas y azules.
Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macáhuitl en el cuello
De Mázatl, que fiero ruje
Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.
Allí está Nezahualcóyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;
Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrasa y destruye,
Así va con sus guerreros,
Á quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,
Nada que ataje su brío,

(1) Una esmeralda.
(2) Corona.
(3) Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Nada que lo sobrepuje;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.
En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, (1)
Que en su lobreguez le oculte,
Corre ciego á sus jardines,
Y hallándole, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crujen.
Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre,
Que al caer al suelo hacían
Tapias, arcos y techumbres,
El piso hundiendo al impulso
De su inmensa pesadumbre.
Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe,
Y el grito del populacho
Que sus jardines obstruye;
Que destroza las florestas
Do gozó, en horas más dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.
Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.
¡Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre

(1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los aztecas.

De cuero color de herrumbre,
Hechos con ricos adornos
De piedras que fuego lucen;
Un tentetl (1) lleva suspenso
Del labio, y en viva lumbre
Bañan su cuello las piedras
De un collar que reproduce
Del íris los mil cambiantes,
Y su altivo pecho cubren.
Lleva en la frente, por último,
El copilli, (2) del cual surje
Un cuachictli, [3] en que campean
Plumas bermejas y azules.
Allí estaba Moteuczoma
Ilhuicamina, que hunde
Su macáhuitl en el cuello
De Mázatl, que fiero ruje
Al perecer. Con su muerte,
El pánico raudo cunde
Por las filas tepanecas,
Que rotas, dispersas, huyen.
Allí está Nezahualcóyotl
Que las persigue y confunde;
Que á una muerte inevitable
Las empuja y las conduce;
Y lo mismo que la roca
Que desde altísimas cumbres
Se desprende, y á su paso
Todo lo arrasa y destruye,
Así va con sus guerreros,
Á quienes valor infunde
Con su ejemplo, porque nada
Hay que su espíritu asuste,
Nada que ataje su brío,

(1) Una esmeralda.
(2) Corona.
(3) Insignia que usaba el rey en la guerra, á modo de penacho.

Nada que lo sobrepuje;
Y el exterminio y la muerte
En torno suyo difunde.
En esto, Maxtla el tirano
Que perdido se presume,
En busca de un temazcalli, (1)
Que en su lobreguez le oculte,
Corre ciego á sus jardines,
Y hallándole, se introduce
En él y de horrible miedo
Chocan sus dientes y crujen.
Desde allí miró las llamas
Que su palacio consumen,
Y entre los gritos del pueblo
Escuchó el estruendo lúgubre,
Que al caer al suelo hacían
Tapias, arcos y techumbres,
El piso hundiendo al impulso
De su inmensa pesadumbre.
Oyó del cercano templo
El espantoso derrumbe;
Y el grito del populacho
Que sus jardines obstruye;
Que destroza las florestas
Do gozó, en horas más dulces,
Del tibio halago del aura,
De las flores el perfume.
Vió que muy cerca del sitio
Que su liviandad encubre,
Le buscaban, y al espanto
Su alma cobarde sucumbe.
¡Cómo tiemblan los tiranos
Cuando á sus ojos, con lúgubre

(1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los aztecas.

Aparato al fin la muerte
Su pálida faz descubre!
Maxtla escondido en el fondo
Del temazcalli, prorumpe
En copioso, amargo llanto
Que sus pupilas desluce.
No tardan en encontrarle,
Que por mucho que se oculte
La maldad, siempre hay un labio
Que su guarida denuncie.
Del antro oscuro le sacan,
Y aún antes de que articule
Una palabra, á los golpes
De la fiera muchedumbre
De soldados que lo arrastran,
Descuartizan y contunden,
Perece al fin, y hasta el monte
Su horrible cuerpo conducen.
Y entretanto que las llamas
En Azcapozalco rujen,
Y á escombros, polvo y cenizas
La gran ciudad se reduce;
Entretanto que las víctimas
En alaridos prorumpen,
Y al insepulto cadáver
Los negros buitres circuyen,
Testigo de tanto estrago
En Occidente se hunde
El sol, lento y majestuoso,
Envuelto en cárdenas nubes.

TEZCOTZINCO

Á mi esposa la Sra. Dª Eleonor del Valle de Peón

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma,
Y de Tescuco no lejos,
Tendida entre hojas y flores,
En mitad de un monte enhiesto,
Por bosques amurallada
De elevadísimos fresnos,
De seculares olivos
Y ahuehuetes jigantescos,
Una mansión que de lujo
Y de esplendor es portento,
Hunde su frente en las nubes
Ó se retrata en los cielos.
¡ Es Tezcotzinco ! La historia
Nos guarda, imperecederos,
De sus pasadas grandezas
Los indelebles recuerdos !

*
* *

Una pendiente süave
Ofrece fácil acceso
Á sus inmensos jardines

Y á sus floríferos huertos,
Que de un lado y otro lado
Tendiéndose pintorescos,
De embriagadores perfumes
Llenan las ondas del viento.
Allí de pronto, entre flores,
Accidentándose el suelo,
Se alza una cuesta que al paso
Niega á la cumbre el ascenso.
Mas talladas en la roca
Y bruñidas como espejos,
Magníficas graderías
Bordan la falda del cerro,
Y de la mansión hermosa
Conducen á los extensos
Terrados, que en el granito
Labraron cinceles diestros.
Allí la vista extasiada
Contempla con embeleso
Las grandiosas galerías
De sus salones inmensos;
Salones cuyas paredes
Tapizan cándidos lienzos
Bordados con el plumaje
De los pájaros más bellos.
Allí se miran los baños,
También en la roca abiertos;
Soberbias escalinatas
Conducen á sus risueños
Recintos, á do admirados
Bajan los rayos febeos,
Primor de constancia y arte,
Y de la molicie templos.
Allí levantan sus muros
Ricos teocallis severos,
En donde el fuego sagrado
Perennemente está ardiendo.

Y perdidos en la sombra
Del follaje de los cedros,
Pórticos y pabellones
Se elevan de trecho en trecho.
El agua que fecundiza
Sus cultivados terrenos,
Corre en sonoros cristales
Por un acueducto inmenso,
Que al descansar sobre un vasto
Terraplén, desde muy lejos,
Viene cruzando los valles,
Las colinas, los oteros;
Agua que al correr lijera
Por canales y descensos,
Después de surtir las fuentes,
Los baños y los soberbios
Estanques, y derramarse
Por los prados y los huertos,
Retratando en su camino
Flores, hojas, aves, cielos,
Inquieta, rauda y sonora
Por riscosos vertederos,
En bulliciosas cascadas
Se precipita á lo lejos;
Y de tan grande belleza
Vienen á ser complemento
El aire que se respira,
Manso, perfumado, fresco;
El sol que dora los bosques
Cuando nace, y cuando lento
Traspone las grandes masas
De sombra que en los espesos
Follajes de la intrincada
Selva, anticipan el bello
Crepúsculo de la tarde,
Tan melancólico y tierno;
Las cumbres de las montañas

Que ondean en los extensos
Horizontes, la alta cima
De volcanes corpulentos;
Sus picos que reverberan
Como diamantes inmensos,
Joyas con que la natura
Engalana el Universo;
Los lagos que á gran distancia
Azulean al reflejo
De los rayos de la luna
Que van á quebrarse en ellos;
Y horizontes, luz, matices,
Fuentes, cascadas, senderos,
Aves, estanques, llanuras,
Bosques, nubes, flores, cerros,
Forman un todo, un conjunto
Tan armonioso y poético,
Que á Tezcotzinco trasforma
En un paraíso nuevo.

*
* *

En la más bella floresta
De aquellos sitios amenos,
Una sonorosa fuente
Esculpida con esmero,
Ostenta en mitad de ella
Una piedra de gran peso,
En cuyo frontis pulido,
De jeroglíficos lleno,
Están marcados los años
Que el poderoso, el excelso
Nezahualcóyotl, de aquella
Soberbia morada dueño,
Ha rejido los destinos
Del acolhuacano imperio,

Y de sus gloriosos días
Los más notables sucesos.

*
* *

En otro estanque se mira
De piedra un león inmenso,
Que hacia donde el sol se pone
Mantiene los ojos puestos,
Y que asegura en su boca
Una efijie, que es perfecto
Trasunto de aquel monarca
Justo, sabio, grande, bueno,
Idolo de sus vasallos,
Firme amparo de sus pueblos,
Luz de sus vastos dominios
Y admiración de los tiempos!

ROMANCE II

¡Los tiempos! cuando la mano
De los tiempos inflexible
Aún destrozado no había
Aquellas obras insignes;
Cuando al poderoso azote
De sus alas invisibles
Aún sus muros resistían
Sobre sus cimientos, firmes;
Cuando no se contemplaban,
Como hoy, sus bosques sin lindes,
Sin agua, fuentes y estanques,
Yermos valles y pensiles;
Ruïnas tantos palacios,
Cuyos trazos ya no existen,
Vil despojo de los siglos
Y de las fieras rediles;
Cuando aún sus templos oían
Los cantares de las vírjenes
Aztecas, que idolatraban
Á sus dioses invencibles;
Cuando aún no echaba la hierba
En sus escombros raíces,
Ni anidaban en sus hondas
Grietas, uraños reptiles,
Nezahualcóyotl, cruzando
Sus encantados jardines,
En raudales de armonía
Daba alivio al pecho triste.
Allí de su lira al eco

Callaban auras humildes,
Y aquellas que en la enramada,
Tórtolas amantes jimen.
  Allí, al són de sus acentos
Se encendían los matices
De las flores, y temblaban
Sobre sus tallos flexibles;
  Allí recordaba alegre
De sus años juveniles
Las fuertes luchas marciales
Y las amorosas lides;
  Allí acataban sus leyes
Los vasallos y los príncipes,
Las leyes á cuyo amparo
Fueron sus tiempos felices;
  Allí concibió su mente
La idea de un sér sublime,
Creador del cielo y la tierra,
Que infinitos orbes rije,
  Dando al olvido la extraña
Majestad de las efijies
De aquellos dioses, amparo
De sus pueblos infelices;
  Y allí cantó en versos dulces
De la gloria humana el triste
Término, y lo pasajero
De sus grandezas rüines.
  Y allí con Matlalzihuatzin
Guió, en fin, los infantiles
Pasos de Nezahualpilli,
Honor de su egrejia estirpe.

EL SEÑOR DE ECATEPEC.

AL SR. D. MARIANO ROJO.

ROMANCE I

El rey Toteotzin, tirano
Y señor de los chalqueses,
Á quien sus vasallos odian
Y adulan porque le temen;
Aquel monarca que en duro
Corazón albergó siempre
Del despotismo y la envidia
Las emponzoñadas sierpes,
Tras una sangrienta lucha
En que cetro y honor pierde,
Vencido al fin por las armas
De los mejicanos, muere.
Las vencedoras lejiones
Dividen, entre los reyes
De Tacuba y de Tescuco,
Que parte en la empresa tienen,
El botín y el señorío
Que su triunfo les ofrece,
Entrando á saco y á fuego
Cuanto á las manos les viene.

*
* *

Con honda cólera Chalco
Sufre en silencio la muerte
Que le trajeron á un tiempo
Desventuras y reveses.
Al imperio de la fuerza
Hunde en el polvo la frente
Que tantos años erguida
Ciñó con verdes laureles.
Y el pueblo en masa, que nunca
Perdona cuando aborrece,
Jura vengar la victoria
De sus contrarios valientes.
Por eso do quier los busca,
Les hace cuanto mal puede;
Por eso, cual tigre fiero,
Ni se alimenta ni duerme.
Y en la ciudad y en el campo,
Traidora, cobarde, aleve,
Hay siempre en la sombra envuelta,
Ya oculta mano que hiere,.
Ya una cuadrilla que roba,
Ó entre las llamas envuelve
Palacios y cementeras,
Que en ceniza se convierten.
Chalco, en fin, avergonzada,
Sufrir el yugo no puede
Del indomable caudillo,
Del rey poderoso y fuerte,
Del batallador insigne
Que el azteca imperio extiende,
Guerreando, del Sur al Norte,
Y del Levante al Oeste,
Sin que haya visto contraria
Nunca á la voluble suerte

Que el enmascarado rostro
Hacia todos vientos vuelve,
  Moteuczoma Ilhuicamina,
En fin, cuyas bravas huestes
Después de cruzar los montes
Por breñales y pendientes,
  En las arenas del Golfo
Virtieron su sangre ardiente,
Domando á los huexotzingos,
Venciendo á los cotasteses.

ROMANCE II

En una intrincada selva,
Cuando el matutino rayo
Del sol apenas alumbra
Las rejiones de su ocaso;
Cuando las aves del bosque
Sacuden el sueño blando,
Y al aire entregan el himno
De sus melódicos cantos,
Omixtla, de Ecatepec
Señor, y del rey hermano,
En una celada preso
Fué con otros mejicanos.
Inútilmente procuran
Defenderse en el asalto :
¡ Inútilmente ! las flechas
En el carcaj se quedaron,
Y asegurados y quietos
De la sorpresa en los lazos,
También se quedan, rabiosos,
En las espaldas los arcos.
¡ Buena presa á los chalqueses
Les ha venido á las manos !
¡ Qué ha de decir Moteuczoma
Cuando cunda en sus estados
La nueva, y cuando le anuncien
Que está en rehenes su hermano,
Y con acción tan villana
Sólo han querido injuriarlo !

*
* *

Omixtla, en tanto, atraviesa
Con sus guardianes los campos,
Y en medio de los groseros
Denuestos del populacho,
Y del gozo de los grandes,
Cruza las calles de Chalco,
Donde á prisión le reducen
En un soberbio palacio.

*
* *

Con seductoras promesas
Se afanan en cautivarlo,
Y á su ambición y á su orgullo
Le brindan opimo pasto.
Le ofrecen el áureo trono
Que Toteotzin ha manchado
Con su sangre, y aquel cetro
Que fué del crimen amparo;
Y al ofrecérsele saben
¡Ay, que el corazón humano
Es débil, y el alma ciega
Con el esplendor del mando!
Empero, Omixtla su oído
Cierra á mendaces halagos,
Su alma á locas ambiciones,
Y su corazón al fausto;
Y pródigo de grandeza,
Y de lealtad avaro,
De su conciencia el acento
Sólo escucha y el mandato.

*
* *

Cansado de las ofertas
De los chalqueses, cansado
De sufrir en las prisiones
Padecimientos y agravios;
Resuelto á poner un coto
Al afán de sus contrarios,
Omixtla, que sus designios
Oculta discreto y cauto,
Accedió al fin, pero puso
Por condición en el pacto
Que con los nobles celebra
Para ser su soberano,
Que en la gran plaza del Tianguis (1)
Se levantase muy alto,
Una estrecha plataforma
Donde sea coronado,
Para que mirarlo puedan
Sus jenerosos vasallos,
Y los que con él cayeron
Prisioneros en el campo.
Consiente el pueblo, gustoso,
Frenético de entusiasmo,
Y en medio de alegres vítores
Comienza á alzarse el tablado.

(1) Plaza del Mercado.

ROMANCE III

De gala están los chalqueses,
Y la multitud festiva
Hacia la plaza de Tianguis
Alegre el paso encamina.
El sol aparece, nuncio
De un claro y risueño día,
Y á la ciudad, coronada
De flores mil, ilumina.
No hay un semblante que ufano
Tributo al placer no rinda,
Ni hay un pecho que solloce,
Ni hay un labio que no ría.
Alienta el pueblo animoso
Que sus venturas publica
Y la esperanza recobra
Que ya juzgaba perdida.
El presente le sonríe,
El porvenir le acaricia,
Y en un oriente sin nubes
Un astro nuevo divisa,
Un resplandor, una aurora,
Que lo seduce y reanima,
Y en horizontes extensos
Con luz irisada, brilla.
Frustrado juzga el designio
Del terrible Ilhuicamina,
Y que al fin se ha roto el yugo
Que á Méjico lo esclaviza;
Eso esperan los que en Chalco

Sus descalabros olvidan,
Y en el futuro monarca
Su venganza y su odio fian.
  Ya combatiendo al coloso,
Ó con él formando liga,
Sabrá devolver al pueblo
Su antigua soberanía;
  Sabrá las glorias tornarle,
La libertad, las franquicias
Que obtuvo en logradas horas
Y en más halagüeños días.

ROMANCE IV

Magnífico es el tablado
Que cubren soberbias telas,
Magníficas las columnas
Que su planicie sustentan.
Allí revueltas espiran
De la muchedumbre inmensa
Las olas, cual las del Ponto
En procelosa marea.
Y fluye hirviente y refluye
En boca-calles y puertas,
Sin que haya dique seguro
Á su curiosa impaciencia.
Los mejicanos que fueron
Presos con Omixtla esperan
En torno á la plataforma,
Que su señor aparezca.
El huehuetl y el teponaztli (1),
En són acorde resuenan,
Y todo es zambra y contento,
Y todo algazara y fiesta.

*
* *

Al fin Omixtla aparece
Con la comitiva rejia,
Y el pueblo en vivas prorumpe,
Y unánime aplauso truena.

(1) Instrumentos de música.

Omixtla adelanta grave,
Al pié del tablado llega,
Y sube él solo, llevando
Un ramillete en la diestra.

*
* *

Llegado el solemne instante,
Llegada la hora suprema,
Parece el Tianguis desierto,
¡Tan grande silencio reina!
Entonces de Omixtla altivo,
Ante las turbas inquietas,
Sus sentimientos en tales
Términos el labio expresa:
« Sabed, nobles mejicanos,
Sabed, guerreros aztecas,
Que los chalqueses me brindan
La corona de estas tierras;
Mas no permitan los dioses,
Y antes mil veces perezça,
Que haga traición á mi patria
Y al rey mi señor ofenda.
En más que la propia vida
Estimad la lealtad vuestra,
Y de tan grande enseñanza,
Ejemplo mi muerte sea. »
Al decir esto, hasta el borde
Del parapeto se acerca;
Y ergue noble y majestuosa
La frente altiva y serena;
Tiende al espacio la vista;
Su pupila centellea...
Se arroja desde la altura,
Y el pueblo enmudece y tiembla.

TLAHUICOLE.

Á MANUEL DOMÍNGUEZ ELIZALDE.

ROMANCE I

—

EL PRISIONERO.

Tenuchtitlán y Tlaxcalan
En continuas disensiones,
Enrojecen con su sangre
Selvas, llanuras y montes,
Años tras años de encono,
De contiendas y de horrores,
De entrambos pueblos acrecen
El odio en sus almas torpes;
La plácida bienandanza
De alegre paz desconocen,
Y á su lisonjero halago
Las conveniencias oponen.
Que el afán de procurarse
Víctimas para sus dioses,
Hace que la guerra insana
Sin término se prolongue;
Pues el que en la lucha cae,
Ó al enemigo se acoje,

Es al fin sacrificado
Por bárbaros sacerdotes.

*
* *

Los huexotzingos unidos
Á las aztecas lejiones,
Y los bravos otomites
De Tlaxcalan defensores,
En medio del campo un día
Se encuentran, se reconocen,
Y de ira implacable llenos
Al combate se disponen.
El sol, coronando al mundo
Con ardientes resplandores,
Baña de fértil llanura
Los extensos horizontes;
Y de un extremo y del otro
Partiendo los campeones,
Se arremeten como fieras
En brusco y terrible choque.
Jefe de los otomites
Es el bravo Tlahuicole,
El jeneral tlaxcalteca
De más brío y de más nombre.
El macuáhuitl que fulmina
Su fuerte brazo, es diforme,
Tanto, que apenas con ambos
Puede sostenerlo un hombre.
De alta prosapia en su pecho
Se ajita su sangre noble,
Que abonan más que su estirpe
Sus jenerosas acciones.
Fiero, cual siempre, á las huestes
De los huexotzingos corre...
¡Ay de aquellos que á su paso,
Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera
Las compactas filas rompe
Del enemigo, y llevado
De un furor al cual no pone
Coto ni medida, al cabo
De los suyos alejóse,
De la prudencia olvidando
Las saludables lecciones;
Y en un pantano se hunde,
Do con movimientos torpes,
Apenas para salvarle
Bastan sus fuerzas enormes.
Ya los contrarios le cercan,
Aprehenderlo se proponen,
En los otomites cunde
La confusión, el desorden;
Al mirarse sin su jefe
El temor les sobrecoje,
Y como guerrera escuadra,
En medio del mar salobre,
Juguete va de las olas
Y furiosos aquilones,
Á destrozarse en las peñas
Sin guía, rumbo ni norte,
Así desbandados huyen
En distintas direcciones,
Y su completa derrota
Van á ocultar á los montes.
El jeneral tlaxcalteca
Defiende su vida entonces,
Lo mismo que se defienden
En su cueva los leones;
Y al número al fin cediendo,
Lleno de heridas, rindióse;
Y de ira ciego la muerte,
Por favor, pidiendo á voces.

*
* *

En una jaula anchurosa,
De formidables barrotes
De madera, reforzados
Con toscas planchas de bronce,
Sujeto de piés y manos
Al bravo caudillo ponen,
Y cautelosos le encierran
Como á los tigres feroces.
Dando gritos de alborozo
Le cercan de escolta doble,
De la cual al frente se hallan
Algunos guerreros nobles.
Y mientras tanto, serena,
Tiende sus velos la noche,
Y como una madre ciñe
Entre sus brazos al orbe,
Á Tenuchtitlán la grande
Se dirijen, en buen ordén,
Por extraviados senderos,
Cautivo, escolta y señores.

*
* *

En una tarde apacible,
Los alegres callejones
De una huerta floridosa,
De fuentes llena y primores,
Moteuczoma, el rey altivo
De Tenuchtitlán, recorre
Acompañado de algunos
De sus más diestros bufones,
Que con chistes le solazan,
Y hacen que un punto se ahoguen
En el olvido las penas

De sus ocultos dolores.
Empero, en breve le saca
De tan dulces distracciones,
La nueva de que han llegado
Al palacio embajadores,
Que á un enemigo le traen
Que por sus hechos conoce,
Para que juzgue y sentencie
Como quiera y se le antoje.
Llega á su presencia el reo
Con altivo y digno porte,
Y su jentil continente
La atención augusta absorbe.
El rey sereno le mira,
Y en su rostro dibujóse
El placer y una sonrisa
Que mal sus labios esconden.
Y en el cautivo fijando
Sus ojos, como carbones
Negros, decirle estas frases
Los circunstantes le oyen :
« Hasta mi oido ha llegado,
Valeroso Tlahuicole,
La fama de tus proezas
Y el prestigio de tu nombre;
Y pues tus hechos admiran
Cuantos tu valor conocen,
Justo es que yo te releve
Del castigo, y te perdone.
Eres libre, libre puedes
Volver á tus patrios bosques,
Y que en medio de los tuyos
Recuperes tus honores. »
El jeneral tlaxcalteca
Que con grande asombro oyóle,
Serenándose un momento,
De este modo le responde :

« Grande señor, yo agradezco
El bien que tú me propones;
Mas permite que rehuse,
Y esto á ultraje no lo tomes;
Pues el que acepta sereno
De sus enemigos favores,
Se envilece y se degrada,
Y es fuerza que se deshonre:
Quiero morir con los míos,
Que aún están en tus prisiones,
En honor de mi república
Y para honor de los dioses. »
Calla el jeneral, y todos
Los circunstantes le oyen
Con asombro; Moteuczoma
Su dignidad reconoce,
Y en más, con esto, lo estima,
Y por lo tanto, da orden
De que en su mismo palacio,
Cual lo merece, le alojen.
Y adularlo determina;
Y halagarlo se propone,
Y conquistar el cariño
De una alma tan grande y noble.

ROMANCE II

—

LA ORDEN.

Por ignorados motivos
Que la historia no revela,
Declaran los michoacanos
Á Tenuchtitlán la guerra;
Y Moteuczoma resuelve
Mover las huestes aztecas,
Y al frente de ellas que marche
Á Tlahuicole le ordena.
Obedece aquel mandato
El jeneral Tlaxcalteca,
Y parte á Tlaximaloyan
Que es de Michuacán frontera.
Allí en terribles encuentros,
De su pericia da pruebas,
Y nuevos lauros añade
Á su gloriosa carrera.
Y aunque triunfar por completo
No logra al fin con sus fuerzas,
Gran número de cautivos
Á sus pendones sujeta.
Y con un botín muy rico,
Que es fruto de sus proezas,
A la capital retorna,
Do el rey gozoso lo espera,
El cual los grandes servicios
Del caudillo recompensa,

De Tlacatécatl brindándole
Con la dignidad suprema.
  Mas de nuevo Tlahuicóle
Rehusa tan grande muestra
De distinción, declarando
Que sólo morir desea;
  Y el monarca decidido,
Ya que complacerlo es fuerza,
Que sus deseos se cumplan,
Bien á su pesar, ordena.

ROMANCE III

—

EL SUPLICIO.

Cerca del mayor teocali,
Sobre un terraplén muy vasto
El temalácatl, con bellos
Bajos-relieves labrado,
Descansa y ostenta lúgubre,
Sombrío como un cadalso,
Su redonda superficie,
De mil crímenes teatro.
Era la tarde, y el pueblo
En torno de él agolpado,
Que se presente la víctima
Espera con entusiasmo.
Allí se ve á Moteuczoma
Bajo de un solio sentado,
Cubierto de oro, de plata,
De esmeraldas y topacios.
En torno de él, la nobleza
Y los altos dignatarios
De las comarcas cercanas,
El lujo ostentan y el fausto.
Del temalácatl sombrío,
Nada más que algunos pasos,
Seis inmóviles teopixquis
Están con los ojos bajos.
Su traje es negro, y su cuerpo
Desnudo en piernas y brazos,
Con el teopatli divino

Se mira recién untado.
  Llevan un birrete tosco,
Negro también, y muy amplio,
Y debajo del cual salen
Sus fuertes cabellos largos;
  Largos hasta el suelo, y siempre
Con dos cordones trenzados,
Teñidos con tinte espeso
De humo de ocotl aromático.

*
* *

  Todos callan... de repente,
Lo mismo que el Océano,
Se ajita el pueblo, se abre,
Y de uno y de otro lado
  Deja una anchurosa calle
De fuertes muros humanos,
En cuyo extremo aparece,
Con noble desembarazo,
  Tlahuicole, el valeroso
Jeneral republicano,
Héroe de aquellos festejos,
Y de las miradas blanco.
  Avanza lento y tranquilo
Con majestüoso paso;
Llega al terraplén, y grave
La escalinata trepando,
  Saluda al rey, que le mira
No con enojo, con pasmo;
Y al temalácatl se sube
Con ánimo sosegado.
  Allí espera un breve punto
Que un pié con un fuerte lazo
Le aseguren á la piedra
Que es de la lid escenario.
  Danle después un chimali,

Escudo de gran tamaño,
Y un macuáhuitl que, aunque corto,
Está fuerte y bien tallado.
Le dejan solo, en seguida
Sus ojos grandes, airados,
Pasea en torno, y espera
Tranquilo á sus adversarios.
Llega el primero, se miran,
Y después de un corto plazo,
Le divide Tlahuicole
En dos, el cráneo, de un tajo.
Sube en seguida el segundo,
Otro después, y hasta cuatro,
Y á los piés del tlaxcalteca
Sucumben casi en el acto.
Grita el gentío; los aires
Se conmueven al aplauso
Universal, y la sangre
Tiñe á torrentes el mármol.
Suben tres más... Tlahuicole,
Lleno de heridas, jadeando,
Aún logra vencerlos, aún
Rinde al sétimo su brazo,
Hasta que el último sube,
Y diestro ó afortunado
El arma le hunde en la frente,
Y se estremece de espanto.
Entonces, como en el coso,
La fiera cae en el charco
De su sangre, hondos mujidos
De mortal furor lanzando,
Así rueda Tlahuicole
Por el suelo, y en el acto
Los teopixquis, de su cuerpo
Sangriento se apoderaron.

*
* *

Del gran Dios Huichtilopoxtli
Ante el templo venerando,
Sobre aquella piedra horrible
De los sacrificios bárbaros,
El cuerpo aún palpitante
De Tlahuicole acostaron;
Le abren el pecho, le arrancan
El corazón... ¡humeando!
Y en seguida los teopixquis
Con él se acercan á lo alto
De la escalera, y arrojan
El cadáver mutilado.

*
* *

Pasa una hora lentamente,
Huye el pueblo cabizbajo,
Nadie hay en torno del triste
Temalácatl solitario...
Esperad... el negro bulto
Avanza con lento paso,
De una mujer desolada
Con un niño entre los brazos.
Llega... su triste sollozo
Cruza jimiendo el espacio;
Es el amor, es la esposa
Del jeneral desdichado.
En Tenuchtitlán cautiva
Con él estuvo tres años,
Fué de sus días el ídolo,
Fué su placer, fué su amparo.
El llanto por sus pupilas
Brilló en trance tan amargo,
Su corazón oprimiendo,

Su corazón inundando,
 Hasta que entrada la noche,
Desfallecida al estrago
De su dolor, mal apenas
Pudiendo alentar el paso,
 Se retiró á su morada,
Momentos en que asomando
La luna, bañaba en sangre
Sus melancólicos rayos.

MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

Á la Señora Doña Manuela Serrano de Valle.

PRIMERA PARTE

ROMANCE I

EL ASTRÓLOGO.

En un salón espacioso
De aquel alcázar soberbio,
Que habitaron los monarcas
Del Anáhuac opulento,
En un salón que tapizan
Cien colgaduras de lienzo
Bordado de oro, y que ostenta
El rico artesón de cedro,
Bajo un dosel de oro y fino
Nácar incrustado en ébano,
Y sobre un banco de icpali
Está el rey nonó de Méjico,
Moteuczoma el poderoso
Que no hace mucho que ha vuelto

De una expedición famosa
En que ha perdido su ejército,
No combatiendo cual suele,
Contra el belicoso pueblo
De Amatlán, que rebelado
Tremola pendón guerrero,
Sino al embate furioso
De una tempestad, que haciendo
Destrozo grande en sus huestes,
Le obliga á tornar lijero
Á Tenuchtitlán la hermosa,
Con los miserables restos
De una lejión combatida
Por el cansancio y el miedo;
Que un portentoso cometa
Su cauda enseña en el cielo,
Nuncio de grandes desgracias
Para el trono y para el reino;
Y por eso acongojado
Está el monarca en su asiento,
Entrambos brazos caidos,
Pegada la barba al pecho;
Ni hace caso de un jicali (1)
Que de octli (2) espumoso lleno,
Le ha presentado una esclava
Que le sirve con esmero;
Ni una luenga caña fuma
Que colma tabaco bueno,
Con tlilxóchitl (3) oloroso
Y otras dos hierbas compuesto;
Pues piensa sólo en que dicen
Los nigromantes más viejos,
Que el cometa y el fracaso
Que dispersó á sus guerreros,

(1) Vaso natural.
(2) Pulque, licor fermentado que se extrae del maguey.
(3) Vainilla.

Y el incendio repentino
De las dos torres del templo,
Le anuncian que de otra tierra,
Que está del Anáhuac lejos,
Y por el lado en que luce
El sol sus rayos primeros,
Vendrán en son de conquista
Á derrocar su gobierno,
Sobre palacios flotantes,
Asombro del universo,
Hombres de color distinto
Y de distinto dialecto.
Y el vaticinio le infunde
Un temor tanto más serio
Cuanto que Nezahualpilli,
Rey del tezcucano pueblo,
Que fama alcanza de sabio
Y de clarísimo ingenio,
Y á quien Moteuczoma tiene
Por astrólogo supremo,
Con pesadumbre le afirma
Que cuanto dicen es cierto,
Y se lo probó dos veces,
¡Triunfando de él en el juego!
Que era el azar el que daba,
Por aquellos raros tiempos,
De extraordinarias costumbres
Y extraordinarios sucesos,
En las dudas más sencillas,
Y en los más arduos empeños,
La victoria al más taimado,
Ó más astuto, ó más diestro.

*
* *

Que está impaciente el monarca
Indica claro en su jesto,

Y los instantes que corren
Se le hacen siglos eternos.
  Á alguno espera, no hay duda,
Pues al rumor más pequeño
Quiere incorporarse, y torna
Su semblante placentero.
  Pero así como en la oscura
Noche, cruza el firmamento
Relámpago repentino,
Quedando después más negro;
  Así su semblante, torvo
Vuelve á quedar al momento
Más airado y más sombrío
Mientras más avanza el tiempo.
  En alternativas tales
Está; mas de pronto oyendo
Cercano rumor de pasos,
Se alza del banco, violento.
  Y «vete,» á la sierva dice,
«Vete;» y en el punto mesmo
Se abrió la rejia mampara
Que da entrada al aposento,
  La cual, después de dar paso
Á dos hombres, tornó luégo
Á cerrarse, y quedó breve
Rato la estancia en silencio.
  Rompióle al fin el monarca
Dirijiéndose al más viejo
De los dos, que apenas puede
Tenerse en sus piés de hielo.
  — «Tú, Xóloe, que los destinos
Penetras de hombres y pueblos,»
Le dice al humilde anciano
Que no se atreve ni á verlo;
Tú que las noches te pasas
En las estrellas leyendo,
Para arrancar uno á uno

Al porvenir sus secretos;
  Tú que en el estudio has visto
Á un siglo encorvar tu cuerpo,
Llenar tu frente de surcos
Y de escarcha tus cabellos,
  Dime si es cierto el horrible
Horóscopo que el funesto
Rey de Acolhuacán descubre
De tu ciencia en los misterios. »
  El astrólogo, confuso,
Parece de mármol hecho,
Según lo pálido y frío
Que está clavado en su puesto.
  "Dí que mi primo se engaña,
Y te colmaré de obsequios,
Y te daré una hija mía
Para que te sirva, en premio."
  El sabio baja los ojos,
Con justa razón temiendo
La cólera soberana
Que oculta el rey con esfuerzo.
  "Contesta, Xóloe, no temas."
—"Si tú lo mandas..."
                                —"Lo quiero."
—"Nezahualpilli no miente."
—"¿Luego es la verdad?"
                                —"Es cierto."
  Al comprender Moteuczoma
Tan grande convencimiento,
En la áspera cabellera
Clava con furor sus dedos;
  Y ardiendo en ira, se vuelve
Al otro, que no muy lejos
Está en ademán sumiso,
Y es jeneral de su ejército.
  Y "de ese infame, le dice,
Préndele á la casa fuego,

Y maniatado al instante
Enciérralo de ella adentro;
Pasto sea de las llamas
Su torpe lengua y su cuerpo,
Y hasta las aguas del lago
Lleve su ceniza el viento."
—"Gran señor, si tú lo mandas,
Gran señor yo soy tu siervo,
Clama el infeliz anciano
Irguiendo el sulcado cuello.
Si hallas placer en que muera,
Gózate, pues, obedezco;
Soy tu vasallo, y humilde
Tu majestad reverencio.
Pero antes oye: vacila
En tu débil mano el cetro,
Y pronto en ella otras jentes
Pedazos vendrán á hacerlo;
Caerás, sí... yo te lo juro,
Y maldecirán tus hechos
Los que hoy ansiosos te halagan
Y base son de tu imperio.
Y uno á quien tu misma sangre
Da calor y fuerte aliento,
Sobre tí su aguda flecha
Será en lanzar el primero."
Dijo: de sus negros ojos
Se escapa un fulgor siniestro,
Y tras un postrer saludo
Sale del recinto regio.

*
* *

Quedó solo el rey, mirando
De una gran ventana el hueco,
Y vió al sol, y el sol poniente
Hundiéndose á paso lento

Entre rojizos nublados,
Como jirones sangrientos,
Alumbró su largo rostro
Con moribundos reflejos.

ROMANCE II

—

LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo
Declina con paso grave,
Vela entre nubes sombrías
Su frente augusta y radiante.
Las tristes aguas del lago
Rizan sus tibios cristales,
Y lánguidamente jimen
Bajo las alas del aire.
Tenuchtitlán aparece
Cubriendo su bella imajen
Con ese velo sombrío
Que precede á las catástrofes.
Hombres, niños y mujeres
Van en silencio las calles
Cruzando, con el dolor
Retratado en los semblantes;
Todos hacia Tlaltelolco
Se dirijen sin hablarse,
Como si á expresar su pena
Con los ojos les bastare.

*
* *

Sobre una estera de palmas,
En dos almohadones grandes,
Duerme Papantzin el sueño

Último de los mortales.
Era princesa viuda
De un general totonaque,
Á quien ella quiso mucho,
De quien no pudo olvidarse.
Y fué su pesar tan hondo
En tan aflictivo lance,
Que con la viudez llegaron
Padecimientos y achaques,
Sin que valieran remedios
Contra sus físicos males,
Que el daño estaba en el alma,
Y esta no es fácil que sane.
En Tlaltelolco vivía,
Donde gobernaban antes
Ella y su esposo, y en donde
Gozó placeres fugaces;
Y allí fué donde la muerte
Vino á curar sus pesares,
Velando los tristes ojos
Que lloraron sin cansarse.
Hermana de Moteuczoma,
Fué cariñosa, y añaden
Que el monarca la quería
Como nunca quiso á nadie;
Por eso ofrece en persona
Presidir los funerales;
Y en el palacio mortuorio
Todos están esperándole;
Adentro, inmenso gentío
Que bulle por todas partes,
De nobles hembras y esclavas,
De plebeyos y de grandes;
Y afuera y en dobles filas,
Por los lados de la calle,
Más de cuatro mil guerreros
Vestidos con ricos trajes,

Formados desde la puerta
Del palacio, hasta la base
De un elevado edificio,
Que era el teocali más grande.
Todos con harta impaciencia
Anhelan que el rey no tarde,
Aunque por la hora presumen
Que no estará muy distante.

*
* *

Llega por fin Moteuczoma
Y de una litera bájase,
De dolor intenso dando
Inequívocas señales.
Lleva un xuihtilmatli (1) airoso,
Bordado con plumas de ave
Blancas y negras y azules,
Como las alas del ánade.
Cubre su augusta cabeza
El copilli (2) hecho con arte,
De sutiles hojas de oro
Salpicadas de diamantes,
Al través del cual se miran
En el cabello trenzarse,
De Quachíchtin y de Ocelo
Las órdenes militares.
Y tiene los piés calzados
Con zuelas de oro brillante,
Sujetas con trenzas de hilo
De plata y piedras que valen.
Viene con su corte toda
Y un séquito inmenso trae
De príncipes y señores

(1) Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.
(2) Corona, especie de mitra pequeña.

Tributarios principales.
Y llegan en pos, y llegan
En orden, según sus clases,
Ministros y mayordomos,
Bufones, criados y pajes.
Todos vestidos con plumas
Y adornados con collares
De ametistas y esmeraldas,
En delicados engarces.

*
* *

Cuando apenas del palacio
Llegó el rey á los umbrales,
Por la gran puerta salía
De la princesa el cadáver.
En vestirla se esmeraron
Con quince exquisitos trajes
Hechos con labores finas
De algodón de rica clase.
Iba cubierta de joyas
De plata y oro, con jaspes
De abrillantados colores,
Dados con bruñido esmalte,
Y suspendida del labio
Una esmeralda muy grande,
Saliendo bajo una máscara
Que le cubría el semblante.
Precedían al entierro
Los nobles con su estandarte,
Donde el escudo campea
De las insignias reales.
Ostenta un águila negra
En actitud de lanzarse
Sobre un tigre, que dispone
Sus garras para el combate.
Iba el monarca en seguida,

Andando con paso grave
Sobre esteras, porque el suelo
Con las plantas no tocase;
  Luego la corte, formando
Raro conjunto, admirable,
De tilmatlis (1) y cimeras,
Yelmos, armas y collares;
  Después la muerta, tendida
En angarillas de áloe,
Por seis esclavos cargada,
Que jimen sin consolarse.
  Y van por último tristes,
Y llanto vertiendo á mares,
Los teopixquis (2), que entonaban
Las cántigas funerales.
  Así en procesión llegaron
Al atrio del templo grande,
Donde en presencia de todos
Y junto al mismo cadáver
  Sacrificaron á muchos
Que eran sus esclavos antes,
Y al capellán que atizaba
La lumbre de sus altares.
  Terminada ya la horrible
Ceremonia, que complace
Á un pueblo que más parece
De tigres que de salvajes,
  Desanda el mismo sendero
La procesión, sin turbarse
En nada el orden seguido;
Y sin que en su alma llevasen
  Un eco los concurrentes,
De los lastimeros ayes
Con que las puertas del templo

(1) Traje de los mejicanos.
(2) Sacerdotes.

Estremecieron los mártires,
Cuyos cuerpos comenzaban,
Tintos en caliente sangre,
Á rechinar en la hoguera,
Pasto de llamas voraces.
Hay en el mismo palacio,
Y cultivado con arte,
Lindo jardín que un arroyo
Riega con mansos cristales;
Le forman verdes murallas,
Cien ahuehuetes jigantes,
Y acequías lo defienden
Y cercan por todas partes.
Brindan esencia á las auras
Y regocijo á las aves,
Flores de exquisito aroma
Y de variados esmaltes;
Y en un extremo hay un bosque
Cuyas ramas colosales
Se cruzan sobre una cueva
Do apenas circula el aire,
Y de esta cueva no lejos,
Rodeado de tiernos árboles,
Un estanque trasparente
De clara linfa hace alarde,
En donde Papantzin iba
Frecuentemente á bañarse,
Cuando su velo de sombras
Pálidas tendía la tarde;
O, si el tiempo estaba frío,
Sobre su borde á sentarse,
Para gozar de las flores
Que crecen en los arriates,
Á respirar el aroma
Que de ellas el aura trae,
Y á buscar en sus recuerdos
Un consuelo á sus pesares.

*
* *

Entre el estanque y el bosque
Sus pasos lentos y graves
La fúnebre comitiva
Detuvo un solemne instante,
É introduciendo en la cueva
Los nobles restos mortales,
Cubrieron la negra boca
Con unos delgados mármoles.

ROMANCE III

—

LA REVELACIÓN.

En un gran salón oblongo,
El mismo en que daba audiencia,
Moteuczoma Xocoyotzin
Está sentado á la mesa:
Era esta una almohada dura
Cubierta de fina tela,
Como la nieve de blanca,
Y como la nieve tersa.
De barro del de Chalollan,
Sobre ella, exquisita y nueva,
Una costosa vajilla
Su rara labor ostenta,
Y en una copa de oro
Cincelada con destreza,
Que luce finos engastes
De conchas del mar y perlas,
Cubierto de espuma hirviente
Que su calidad revela,
Un chocólatl que perfuman
Varias olorosas hierbas,
Cautiva al rey que lo toma
Con un pan que le deleita,
Hecho de harina amasada
En blanca miel y con yemas.
Le acompañan sus ministros,
Cuatro mujeres muy bellas,

Y Tapia, su mayordomo,
De la flor de la nobleza.
Estos son únicamente
Quienes presencian su sena;
Que á más de ellos, para todos
Están cerradas las puertas.

*
* *

El monarca aquella tarde
De contento daba muestras ;
Que nunca el placer se puede
Ocultar, cual la tristeza.
Estaba locuaz, festivo,
Y en contra de lo que cuentan
De la ruina de su imperio,
Desata mordaz la lengua;
" En vano los que consultan
— Decía — allá en las estrellas,
Intentan amedrentarme
Con proféticas sentencias.
Esta vez Nezahualpilli
Es innegable que yerra,
Y que su jenio extravía
Por los campos de la ciencia.
Delira... mas no me asusta... —
¡Que rey de Acolhuan no fuera! —
Como el otro entre las llamas
Me pagaría su ofensa. —
Él desazona á mis huestes
Que con sus augurios tiemblan ;
Sólo yo me burlo de ellos,
Sólo yo los menosprecia. "
Y al decir esto, reía
Con carcajadas histéricas,
Como el cobarde que teme
Y que su miedo desecha;

Como aquel que aliento y bríos
Por aparentar se esfuerza,
Y en el semblante risueño
Lívido el temor demuestra.

*
* *

Interrumpe el débil curso
De su risa descompuesta,
El que en palacio á tal hora
Cargo de ujier desempeña,
El cual, entrando en la estancia,
Paróse junto á la puerta
Y dijo así con voz grave,
Después de tres reverencias;
" El señor rey de Tescuco,
Nezahualpilli, desea
Obtener del soberano
Una breve conferencia. "
Óyelo el monarca; al punto
El torvo entrecejo pliega,
Y suda, y heladas gotas
Por la ancha frente le ruedan;
Y con tembloroso labio
Y acento que indica á leguas
Grande disgusto, que pase
El rey de Tescuco, ordena.

*
* *

Hecho el saludo de estilo,
Ambos monarcas se sientan,
Y el tescucano su objeto
Expresó de esta manera:
" Señor, tu hermana Papantzin,
Á quien tú juzgabas muerta,
So las gradas del estanque

Que está de su tumba cerca,
Salió esta tarde á gozar
De la suave brisa fresca,
Placer que le agrada mucho,
Antiguo y jenial en ella.
Á los ojos de una niña
Que entre las flores traviesa,
Brincando pasa las tardes,
Como siempre se presenta :
Papantzin la llama dulce
Las tiernas mejillas besa,
Y con blanda voz, que avise
Al mayordomo le ruega :
La esposa de este, á la súplica
Infantil, al sitio vuela ;
Y desvanecida cae
Al ver allí á la princesa.
La niña llora ; á sus gritos
Innúmera jente llega,
Que con asombro indecible
Tan gran prodijio contempla.
Tu hermana á todos les habla,
Les convence y les consuela,
Y que me llamen les pide
Á los que allí la rodean.
Yo la he visto, y en su nombre
Te suplico, que sin tregua,
Á Tlaltelolco te llegues
Que en su palacio te espera. "
Dice así Nezahualpilli,
Y Moteuczoma, que apenas
Puede respirar, se oprime
La vacilante cabeza.
El corazón se le salta
Y en rudos vuelcos golpea
El débil pecho angustiado,
Que es para él cárcel estrecha.

Hasta que al fin entreabriendo
La boca que nieve alienta,
Con entrecortadas frases
Y mal combinadas señas,
Ordena al ujier que al punto
Le acerquen la ancha litera,
En la cual, á poco rato,
Con el rey su primo entra,
Y al palacio se dirije,
Donde su hermana lo espera,
Por el temor dominado
Á la par que de impaciencia.

*
* *

En un banco de agalloco (1)
Con albas talas cubierta,
Está Papantzin sentada
Muy pálida, aunque serena.
Ocho esclavas la acarician,
Que lloran de gozo al verla,
Y del xochiocótzotl (2) grande
Preciosa resina queman;
Humo que en loor de los dioses
Sencillas cántigas lleva,
Por el favor que reciben
Y por el bien que les prestan.
Que su hermano niegue el hecho
Teme la noble princesa,
Y otra segunda embajada
Á dirijirle se apresta,
Cuando oye ruido de pasos
Y ve á Moteuczoma que entra;
Moteuczoma, que al mirarla

(1) Áloe.
(2) Liquidámbar.

Como una estatua se queda.
¡Era cierto! de la duda
No lo envuelven las tinieblas,
Y tal milagro patente
Ante sus ojos se muestra.
— "Ayer la enterré" — murmura
El rey con faz descompuesta,
Y se desploma en un banco
Que dos mujeres le acercan.
Sepulcral es el silencio
Que en la ancha cámara reina,
Y á que hable Papantzin todos
Los circunstantes esperan;
Quien arreglando su traje,
Después de pedir la venia,
Con voz débil y argentina,
Así su relato empieza:

"Señor, cuando en los brazos de los míos
Dejé de respirar, tal vez no muerta,
Falta sí de sentido, halléme sola,
Sola y en medio de llanura extensa.
Ni un árbol, ni una flor, ni planta alguna
Miraba en su extensión árida y seca;
Ni arroyo manso, ni sonora fuente,
Ni ave jentil, ni corpulenta fiera.
Sólo y cerca del sitio en que yo estaba
Iba arrastrando su corriente inmensa
Un caudaloso río, cuyas olas
Unas tras otras con fragor estrella.
Al espantoso ruido que llevaba
Sentí helarse la sangre de mis venas,
Y á cruzar una fuerza me impelía
La mole de sus ondas verdinegras.
Resuelta estaba ya, mi pié desnudo
Tocaba el agua con la planta inquieta,

Cuando sentí una mano sobre el hombro,
Y un acento escuché que dijo : " espera. "
Alcé la vista, y á los ojos míos
Apareció un doncel, de forma esbelta,
Vestido con un traje reluciente,
Como la blanca luz de las estrellas.
Sostenido en el aire parecía
El tlauquechol que majestuoso vuela
Con dos alas de plumas vaporosas,
Sonrosadas, flotantes y lijeras.
"Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo
De que intentes ganar la orilla opuesta;
Hay un Dios que te quiere y te conoce,
Y por eso á la fin serás su sierva."
De allí el gallardo joven me condujo
Caminando por la húmeda ribera,
En donde ví esparcidos muchos huesos,
Y pálidas y humanas calaveras.
Y á escuchar comencé tristes jemidos
Que el pecho me rasgaban con fiereza,
Punzando cada poro de mi cuerpo
Un espantoso frío que aún me hiela.
Torné luégo á mirar hacia las olas,
Y sobre el filo de sus blancas crestas,
Unas barcas enormes navegando
Á mi asombrada vista se presentan.
Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres
De distinto vestir de nuestra tierra,
Con escamas de plata sobre el busto,
Y yelmos de metal en la cabeza,
Los ví con estandartes en las manos,
De blanco cutis y mirada fiera,
Teñidas las mejillas de achiote,
Con labios de coral y barbas negras.
Entonces el doncel que sonreía
Del profundo estupor de que era presa,
Mirándome con ojos compasivos,

Á hablarme comenzó de esta manera:
"Dios quiere que en el mundo todavía
Arrastres largo tiempo tu cadena,
Y de grandes revueltas y batallas
Que aquí sobrevendrán, testigo seas.
Los jemidos tristísimos que oiste
De este río en las márjenes desiertas,
Son ayes del dolor de tus mayores
Que sufren cruda, perennal condena.
Son los gritos de angustia que provocan
Las culpas infinitas del que yerra;
Las culpas que en el alma se castigan
Con horribles tormentos que no cesan.
Y esos hombres que llegan en la barca,
Á tu patria infeliz traen la guerra;
Y dueños y señores absolutos,
Con las armas, al fin, serán de ella:
Publicarán con su victoria el nombre
Del Hacedor del cielo y de la tierra,
Y arrojarán los ídolos de barro
Donde la luz del sol nunca penetra.
Y cuando el baño santo se promulgue,
Serás en recibirlo la primera;
Para que á los demás de ejemplo sirvas
Con ritos nuevos y oraciones nuevas."

Al decir estas palabras
Envuelto entre nubes densas,
Desapareció el mancebo
Arrebatado por ellas.
Sentí en mi pecho la vida,
Sentí renacer mis fuerzas,
Y del recinto sombrío
Saqué la planta lijera;
De mi tumba á leve impulso
Cayó la delgada piedra...

Lo demás, ya tú lo sabes,
Gran Señor, haz lo que quieras."

*
* *

Calló Papantzin; atónito
El gran Moteuczoma queda,
Y ni una sílaba escasa
Puede articular su lengua.
La blanda silla abandona,
Nublada la frente rejia,
Dando en el rostro señales
De lo que en su pecho lleva.
Que hay sensaciones tan hondas
Que no en frases se revelan,
Que pesan tanto en el alma
Que dentro el alma se quedan.
Salió sin mirar á nadie,
De casa de la princesa,
Y retiróse á un palacio
Que triste y de luto era,
Donde pasó largos días
Y largas noches inquietas,
Á acerbo ayuno entregado
Y á su llanto y á sus penas.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEGUNDA PARTE

ROMANCE I

LA RECEPCIÓN.

Entre un mar surcado apenas
Y un mundo desconocido,
Hernán Cortés, temerario,
Manda quemar sus navíos.
Un puñado de valientes
Contempla tanto heroismo,
Y cada cual se propone
Volver al suelo nativo;
Tornar á la patria un día,
Pero de la patria digno,
Ó perecer en la lucha
Si no puede conseguirlo.
Arden las barcas, y el fuego
Alumbra el mar cristalino,
Reflejándose en las nubes
Con brillante colorido,
Como una aurora de gloria
Que anuncia, tras de un martirio
Largo y penoso, felices
Años en ventura ricos.
Y que los nombres de aquellos

Soldados esclarecidos,
Vivirán eternamente
Por los siglos de los siglos.

*
* *

Viniendo de Ixtapalapan,
Pasado Mexicaltzingo,
Coyohuacán y Mixcoac,
En un punto en que el camino
Se parte en dos, se detuvo
Aquel ilustre caudillo
Que un mundo arrojó valiente
Á los piés de Carlos quinto.
Hernán Cortés, rodeado
De un ejército mezquino
En número, pero grande
Por lo bravo y aguerrido,
Recibió los parabienes
De dos mil guerreros indios,
Que en nombre de su monarca
Salieron á recibirlo.
Todos esmeradamente
Alhajados y vestidos,
Pasaron ante sus ojos
Humillándose sumisos,
Tocando la tierra, y luégo,
Besándose al punto mismo
Las manos, que entre ellos era
La ceremonia de estilo.
Terminado este aparato,
Siguió su marcha el altivo
Jeneral, y á media legua
De Méjico tuvo aviso
De que el monarca de Anáhuac
Ir á su encuentro ha querido,
Para rendirle homenaje

Y admiración, de que es digno
Hombre que así se rodea
De tal fama, y tal prestijio
Ha conquistado en sus vastos
Y poderosos dominios.

* * *

En una litera hermosa,
De cedro en labores rico,
Y reforzado con planchas
De plata y oro bruñido,
Bajo un parasol que forman
Cuatro abiertos abanicos
De plumas rojas y verdes
Sujetas con blancos hilos,
Que en el vértice, entre piedras
Que roban al sol su brillo,
Tiene una águila afianzando
Negra culebra en el pico,
Apareció el rey de Anáhuac
Con aire grave y tranquilo,
Sofocando de su pecho
El tumultuoso latido.
Más de doscientos señores
Profusamente vestidos,
Pero descalzos y andando
Por los lados del camino,
De respeto en señal, iban
De tres nobles precedidos
Que llevaban en las manos
Tres barras de oro esculpido;
De la majestad presente
Para el pueblo claro indicio,
Pueblo que á su rey seguía
Sin penetrar sus designios,
Como su rey temeroso,

Como su rey abatido,
Y enclavados en el suelo
Los húmedos ojos fijos.

*
* *

Cuando cerca uno del otro
Aquellos dos enemigos,
(Que tal vez nunca lo fueron
Según parece en los libros),
Se avistaron, un instante
Hirvió confuso el jentío,
Cada cual buscando ansioso
Mejor puesto y mejor sitio;
Y aztecas y castellanos
Admiraron su atavío,
En tanto se detuvieron
El rey y el soldado ínclito.
Del brindón bajóse el uno
Con muestras de regocijo,
Y de la litera el otro
Con el semblante tranquilo;
Dejando mirar empero,
En sus ojos, repentino
Pavor que tras de los párpados
Procura esconder solícito.
Que al ver tan de cerca al hombre,
Héroe de tantos prodijios,
Siente á su pesar que eriza
Su cuerpo un escalofrío,
Y que le tiemblan las piernas
Y le zumba en los oidos
Con acento pavoroso
La voz de sus adivinos.
Y de Papantzin se acuerda,
Papantzin que en el recinto
De Tlaltelolco, aún asusta

Á los que muerta la han visto;
Papantzin, que vive sola,
Y que absorta en su retiro
Ve realizado el sueño
Que le embargó los sentidos.

* * *

Cortés ante Moteuczoma,
Gallardo, aunque conmovido,
Hizo un saludo profundo,
Y el monarca hace lo mismo;
Cortés le cuelga en el cuello
De grandes cuentas de vidrio
Un engarzado rosario
Que desde Europa ha traido,
É intenta abrazarlo, pero
Se le oponen los ministros;
Que fuera gran desacato
Esa muestra de cariño.
¡Quién entonces les dijera!
¡Ay, quién les hubiera dicho
Que ha de sujetarlo un día,
No con los brazos amigos,
Sino en oscuro aposento,
Con eslabonados grillos!...
¡Quién entonces les dijera!
¡Quién se los hubiera dicho!...
El monarca con los ojos
Le dió las gracias al ínclito
Español, por esa muestra
De afecto no permitido.
Y recompensa, rïendo,
Al obsequioso caudillo,
Con dos collares de nácar
Hechos con gusto exquisito,
Del cual pendían algunos

Cangrejos de oro macizo,
Del natural imitando
Las formas y el colorido.
Después de breves arengas,
En que se dieron recíprocos
Parabienes por la honra
Que al mirarse han recibido,
Se separaron entrambos,
Tomando rumbo distinto,
El uno asaz caviloso
Y el otro asaz pensativo.
El rey, para dirijirse
Vía á su alcázar, seguido
De sus nobles y guerreros
Que le acompañan mohinos;
Y Cortés con Cuitlahuatzin
Del rey hermano querido,
Y que con los españoles
Desde Ixtapalapan vino,
Hacia un cercano palacio,
Murado y fuerte edificio
Que supo admirar cual siempre
Por lo grande y por lo limpio,
Y al cual entró con sus tropas,
Con ellas envanecido,
En medio de un populacho
Que el aire aturde con gritos.

ROMANCE II

—

LA PRISIÓN.

Cortés estuvo seis lunas
En Méjico, temeroso
De traiciones y celadas,
Que eran en número corto
Sus tropas, y bien podía
El rey, si cambia de modo
De pensar, en un momento
Exterminarlos á todos.
Y un pensamiento concibe
Que por lo atrevido, loco
Parecióle algunas horas
Á su espíritu celoso;
Pero consultando luégo
Con sus capitanes doctos,
Se obstina más en su idea,
Que en ellos encuentra apoyo,
Y resuelve apoderarse
De Moteuczoma, que es sólo
El medio de estar seguro
En lugar tan peligroso.
Y va con sus compañeros
Alvarado, Ordaz y otros,
Y con Marina, la india,
Que era el imán de sus ojos,
Á palacio, y pide audiencia,
Y obteniéndola, animosos
Invaden la rejia estancia

Á poner su plan en logro;
  Plan gigantesco que puede
De agudo delirio, aborto
Parecer... empero tuvo
Término breve y famoso.
  Cortés despliega el primero
Los labios, y en su socorro
Llamando á toda su astucia,
Comenzó á hablar de este modo:
  — "Vengo, gran rey, á decirte
Que tu vasallo el odioso
Señor de Nauhtlan (funesta
Nueva que adquirí hace poco),
  Sé que hostiliza á los míos
En Veracruz, y que ha roto
El juramento sagrado
Que en tu nombre hizo á nosotros,
  Matando á Escalante, jefe
Denodado y valeroso
Que pereció batallando,
Á quien como hermano lloro.
  Y pues que de tal suceso
Te dan por autor, no á otro,
Queriendo á mi soberano
Cuenta cumplida dar pronto
  Y satisfacción bastante
De un agravio tan notorio,
Vengo á saber tus disculpas,
Y si por buenas las tomo.,,
  Al escuchar tales frases,
Se alza el rey; miedo y enojo
Pinta en su faz, y bajando
Dos escalones del solio:
  — "Mis enemigos te engañan,,,
Dice al fin con agrio tono:
"Yo á mi palabra no falto,
Y aquel atentado ignoro;

Y si es el Señor de Nauhtlan
Culpable, yo te respondo
De que será castigado
Como cumpla á mi decoro. ,,
— " No dudo, replica el héroe,
Que la calumnia á tu rostro
Pretenda lanzar, inícua,
Negro baldón afrentoso;
Por lo mismo yo pretendo,
Para que conozcan todos
La estimación que nos tienes,
De perfidia sin asomo,
Y para que el rey mi amo
Se satisfaga del todo,
Que vengas á mis cuarteles
Á vivir entre nosotros. ,,
Dos más escalones baja
Moteuczoma, y clava absorto
En Hernán Cortés, abiertos
Enormemente, los ojos.
— " Y ¿cómo quieres, le dice,
Que sin degradarme, cómo,
Me deje prender, hundiendo
Mi dignidad entre el lodo?
Y si consiento, ¿tú crees
Que abandonado á mí propio
Me dejarán mis vasallos
Prisionero entre vosotros?
Nada contendrá el torrente
De su furia y de su encono,
Y ayudados de los dioses
Volarán en mi socorro!"
El español con acento
Seguro y con gran aplomo,
Atusándose el bigote,
Le contesta de este modo:
— " ¿Por qué ha de extrañar tu pueblo

Que nos des un testimonio
De amistad? Si en mis cuarteles
Vivió tu padre el glorioso
Axayácatl, es muy justo
Que bajo el techo que mozo
Te dió abrigo, determines
Buscar tranquilo reposo;
Dando además una prueba
Á tus pueblos numerosos,
Del afecto que nos guardas
Del corazón en el fondo.
Mas si es que intentan los tuyos
Algo contra mí, no somos
Débiles mujeres míseras
Sin amparo y sin apoyo;
Armas tengo y brazos fuertes
Y proyectiles de plomo,
Y ¡ vive Dios ! que con ellos
Sabré castigar su arrojo."
Con faz color de ceniza
El rey escuchaba atónito,
Brotando sudor la frente
Por cada uno de sus poros;
Y la vista revolviendo
Con grandes muestras de asombro,
La posa al fin en Marina
Interrogándole absorto.
En este momento uno
De los capitanes, rojo
De cólera, y del buen éxito
De la empresa temeroso,
Mirando que el rey vacila
Y que su miedo es notorio,
Dirijiéndose á su jefe
Clama con acento ronco;
—"Séllense ya nuestros labios,
Válganos la fuerza sólo,

O que aquí pierda la vida
Si nos conoce tan poco."
Y dando claras señales
De brío con aire torvo
Golpeó la acerada diestra
Del espadín en el pomo.
Torna el rey más azorado,
Más pálido y tembloroso,
Á interrogar á Marina
Con los rayos de sus ojos,
Y esta le dice que acceda
Á lo que piden, gustoso;
Que aquellos hombres son tercos
Y están resueltos á todo.
Que acceda, y será tratado
Como cumple á su decoro,
Que en ello le iba la vida;
Que se resolviese pronto.
Y cedió bajo el impulso
De un terror supersticioso
Que há tiempo le han sujerido
Papantzin y los astrólogos.
Juzgó ya llegado el tiempo
De bajar del alto solio,
Cumpliendo con el mandato
De los dioses poderosos.

*
* *

En litera y con la guardia
De sus nobles, salió á poco,
Y al cuartel del castellano
Llegó conducido en hombros;
Y en un oscuro aposento,
Después de quedarse solo,
Dejó que corriera el llanto
Por sus mejillas, copioso.

ROMANCE III

—

EL COMBATE.

Cortés partió á Cempoala
Donde estaba rebelado
Contra él, Pánfilo Narváez
Con ochocientos soldados;
Y Moteuczoma cautivo
Queda en el ibero campo
Bajo la ruda custodia
Del capitán Alvarado.
Vencido quedó Narváez,
Y sin dar al tiempo plazo,
Tornó á Méjico orgulloso
Del nuevo triunfo alcanzado.
Turbóse, empero, el contento
De su pecho sobrehumano,
Al encontrar á los suyos
En grave apuro alarmados,
Pues halló que los guerreros
Y los nobles mejicanos,
Sufrir más tiempo no quieren
La prisión del soberano;
Y halló que disperso en masas
Hierve atroz el populacho,
En azoteas y torres
Y alrededor del palacio;
Y á los españoles lanza
No sin perjuicio y estragos,

El proyectil de sus hondas
Y el golpe aleve del dardo!
Combates hay día á día
En las plazas y en los atrios,
Y arroyos zanjan las calles
De sangre roja de bravos.
En su encierro Moteuczoma,
Desde un balcón enrejado
En cotidianos combates
Ve morir á sus vasallos;
Y teme verlos vencidos
En la lucha al fin y al cabo,
Y que su reino y su trono
Quede en poder de los blancos.
Y... ¡ qué tristes pensamientos
Vinieron á fatigarlo
Robándole el sueño dulce,
La grata paz y el descanso!

*
* *

De las insignias reales
Vestido, y grande aparato,
En la azotea más alta
De su prisión, rodeado
De sus decanos ministros
Y de un sacerdote anciano
Á quien el pueblo venera
Por su virtud y sus años,
Apareció Moteuczoma
Á su pueblo alborotado,
Cuando en lucha formidable
Aztecas y castellanos,
Entre alaridos de muerte
Y cantares de entusiasmo,
Pelean con noble brío
Y con denuedo bizarro;
Cuando hispana artillería

Fuego vomita y espanto,
Muerte y exterminio cunde
Poblando de humo el espacio.
Al ver al rey, cesa todo,
Dóblanse frentes y manos,
Y un hondo silencio reina
Sin que ose nadie turbarlo.
Entonces se oye el acento
Solemne, sonoro y claro,
Del monarca que un instante
Pudo mandar á sus labios,
Y exclamó: —¡Súbditos míos,
Nobles guerreros! si acaso
Por afecto á mi persona
Armasteis el fuerte brazo
Y hostilizais á esos hombres,
Sabed que son mis aliados,
Y que en su cuartel gustoso
Entre ellos la vida paso;
Os agradezco el cariño
Que me mostrais, y lo guardo,
Y yo sabré dignamente
Cual corresponde, premiarlo.
Si provoca vuestra cólera
Que el tiempo se haga ya largo
De su mansión en mi reino,
Pronto habrán de abandonarlo,
Pues que me lo han prometido
Y su palabra me han dado,
Y cumplirán lo que ofrecen,
Que son valientes é hidalgos.
Cese así, pues, vuestro encono
Y dejad de hostilizarlos,
Y demostrad que soïs fieles
Al señor que habeis jurado
Ciega obediencia; cayendo
Si osais hacer lo contrario,

La cólera en vuestras frentes,
De los dioses irritados."
En silencio aún más profundo
Los guerreros aztecanos
Quedáronse sumerjidos,
Pero sólo un breve rato;
Pues cual suele en la espesura
Del monte escucharse airado
El ronco rujir del mixtli (1)
Que á su hambre no encuentra pasto,
Así se oye la voz ruda
De Quauhtemotzin, que alzando
Con brazo nervudo y fiero
La visera de su casco,
Cubierto de sangre y lodo,
Y sus miradas fijando
En el augusto semblante,
Clama con acento áspero:
—"¿Y tú eres el que nos hablas
De esa manera, menguado?
¿Tú el que baldonas mi estirpe
De nobles antepasados?
¿Tú el cobarde, tú el que vendes
La patria á viles extraños,
Y el que por miedo se entrega
Prisionero entre sus manos?
Deja que corra la sangre,
Si no has sabido evitarlo,
Y el débil huso y la rueca
Maneja torpe entretanto,
Que mientras hilas tranquilo,
Aquí la muerte esperamos,
Y moriremos con honra
Los que nacimos honrados."
Y diciendo estas palabras

(1) León.

Asió tembloroso el arco,
Del cual contra el rey al punto
Partió una flecha silbando.
Como las aguas del río
Al encontrar á su paso
Cortada á pico, en las cumbres,
La pendiente de un barranco,
Con ímpetu se desbordan
Ondas tras ondas, rodando
Sin que la corriente pueda
Detener el curso raudo,
Así las hirvientes olas
De aquel atroz populacho,
De Quauhtemotzin al punto
El torpe ejemplo imitando,
Se precipitan furiosas
Contra su rey indignado;
Y de improperios y piedras
Puebla al instante el espacio.
Y aunque el noble Moteuczoma,
De dos rodelas armado,
Quiere defender el cuerpo
Del furor de sus vasallos,
Recibe en la augusta frente
Un golpe de honda, y airado,
Al descubrirse, le clavan
Aguda flecha en un brazo...
Se baña en su sangre, cae,
De furia y de rabia pálido,
Y en hombros de sus ministros
Es conducido á su cuarto.

* * *

¡Cunde la horrible noticia;
Tiembla el valor castellano;
El pueblo grita entusiasta
Y sigue dando el asalto!

ROMANCE IV

—

EL DELIRIO.

Un solo instante aparece
Tras de los montes la luna,
Y el viento en torno á su frente
Torvo nublado acumula.
Ni un astro errante en el cielo
Con pálida luz fulgura,
Y algo de fúnebre y triste
La creación entera anuncia.
Ruje el aquilón. La noche
Con densa, impalpable bruma,
Ciudades, valles, montañas,
En la lobreguez sepulta;
Y en el cuartel castellano
Como siniestras y mudas
Fantasmas, los caballeros
Por los corredores cruzan.
Algunos de ellos sombríos
Un triste lecho circundan,
En una estancia pequeña
Que tétrica luz alumbra.

*
* *

Sobre una estera de iczotl (1)

(1) Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen aún hoy día, finas esteras.

De fino algodón y plumas,
El infeliz Moteuczoma
Delira con faz difunta.
  Contra su pueblo insolente
Imprecaciones murmura,
Y nada más que á su pueblo
Su horrenda desgracia imputa.
  Siéntase de pronto atónito
Sobre el lecho; se espeluzna,
Y ve á Xóloe entre llamas
Y entre torcidas columnas
  De humo denso, que le grita
Y que lo llena de injurias;
Y lo escarnece, riendo,
Y de su dolor se burla.
  —"Ya lo ves, Xóloe le dice,
Cuán bárbara y cuán injusta
Fué tu sentencia; ya miras
Que mi predicción te abruma."
  Y rie Xóloe; las llamas
Por doquiera lo circundan,
Y el duro artesón quemado
Sobre él, al fin, se derrumba
  Con grande estrépido. Oye
El rey un grito de furia,
Que más que los aquilones
Fiero en sus oidos zumba,
  Y una imprecación satánica
Que se pierde en la confusa
Niebla de la triste noche,
Como su conciencia, oscura.
  Postrado en el lecho cae,
De frío sudor la adusta
Frente cubierta, y abriendo
Los ojos, el agua busca,
  La bebe y con torpe mano,
Flaca pálida y convulsa

Quiere arrancar de su mente
Las visiones que la turban.
En vano; la pesadilla
Vuelve, y otra, y otras muchas;
Sin que hallen término dulce
Las penas que le atribulan.
Y el treinta del mes de Junio
De quinientos veinte, á la una
De la noche, dejó el mundo
Del cual no gozara nunca.
Fué grande y fué poderoso,
Y justiciero; lo juzga
Así la historia, aunque hay alguien
Que de inhumano lo acusa,
Acaso; pero si injusto
Fué, en situaciones algunas,
También era con su suerte
Crüel la ciega fortuna.
¿ Quién es aquel que gobierna
Y un instante no tributa
Triste homenaje á la ira
Que la razón sana ofusca?
¿ Quién, al llegar á las puertas
De esa mansión, que es la última,
No siente el pecho culpable
Con fiero aguijón que punza?...

* * *

Cortés y sus capitanes,
Al ver con pena profunda,
Con las sombras de la muerte
Velarse la frente augusta,
Lloraron fin tan siniestro,
Y fué aquel llanto la única
Ofrenda al rejio cadáver,
Sobre el polvo de la tumba.

EL ULTIMO AZTECA

Á la memoria de mi padre el Sr. Lic. D. Juan Peón y Cano

ROMANCE I

—

EL SITIO.

Hernando Cortés al frente
De los españoles tercios,
Diezmados por Cuitlahuatzin
En una noche de duelo,
Y con las huestes marciales
De aquel tlaxcalteca ejército,
Tan implacable en sus odios
Y al Anáhuac tan funesto,
Á Tenuchtitlán con grandes
Y poderosos aprestos,
Al anochecer de un día
Le pone el último cerco.
Suena el tambor del teocali
En tan solemnes momentos,
Y su sonido los montes
Repercuten á lo lejos:
" Guerra, " difunden los aires,
" Guerra, " repiten los ecos,

Y quedan las sementeras
Y los hogares desiertos.
Todos á las armas corren
Ebrios, y de odio sedientos,
Y donde no alzan trincheras
Llenan de fosos el suelo.
El bronce truena, conmueve
Los muros en sus cimientos,
Y á su fulgor los aceros
Brillan entre el humo denso;
Se oyen gritos de agonía,
Crece el horror del estruendo,
Y flechas, dardos y piedras
El curso atajan del viento.

*
* *

¡Gloriosos días de luto!
¡Gloriosos días aquellos
En que el altar de la patria
Bañan en sangre los pueblos!!
La gran ciudad no se rinde
Al conquistador ibero,
Ni de los traidores teme
Al número ni al esfuerzo;
Pues Cuauhtemotzin la guarda
En instantes tan supremos,
Y jura á los mejicanos
Lidiar y morir con ellos!

*
* *

Avanzan lentos los días
Y lento avanza el asedio;
Tras espantosos combates
Y formidables encuentros.
El astro azteca se eclipsa

Envuelto en fúnebres velos,
Y cunde entre los sitiados
La angustia, no el desaliento.
  La tierra se ha convertido
En un panteón inmenso,
Y nadan en la laguna
Los cadáveres sangrientos.
  Se oye de hambrientas mujeres
El moribundo lamento,
Y devorando á sus hijos
Piden la muerte á los cielos.
  Los ancianos sacerdotes
Y los valientes guerreros,
Cruzan las calles inmundas,
Sombríos y macilentos.
  Y tan espantoso cuadro
Tal parece del infierno,
Á los resplandores fúnebres
De las llamas del incendio.

*
* *

  Se difunde hasta los campos
La fetidez de los muertos,
Que insepultos en las calles
Son de la lid pavimento.
  Cortés, tan grande heroismo
Y tanto infortunio viendo,
Manda al rey una embajada
Con dos nobles prisioneros.
  Pídele cese el estrago,
Y por decorosos medios,
Rinda las armas, y entregue
La capital de su reino.
  Cuauhtemotzin, indignado,
De honor y constancia ejemplo,
Rechaza ofertas que juzga

Por deshonrosos convenios;
  Y las citas y embajadas,
Y los constantes empeños
Del conquistador, recibe
Siempre digno, siempre fiero.
  Con el Cihuácoatl le envía
Á decir que está resuelto
Á sucumbir en la lucha
Sin aceder á sus ruegos;
  Que á conferenciar se niega,
Que firme estará en su puesto,
Que quien su deber conoce
Por él sucumbe sin miedo.
  Y el castellano orgulloso
Tales razones oyendo,
Ordena el último asalto
Y entra á la lid el primero.

ROMANCE II

—

LA PRISIÓN.

Defiende el azteca rudo
Con un valor indomable,
El trono de sus mayores
Y su hacienda y sus hogares.
Y defiende más que todo,
Porque más que todo vale,
De su nación infelice
Las augustas libertades.
Cuauhtemotzin valeroso
Resiste en plazas y calles,
De su terrible enemigo
Al escuadrón formidable ;
Y resiste á sus empujes,
Bien, como suele en los mares
Acorazado madero
De las olas el combate.
No abandona sus trincheras
Mas que cuando al suelo caen,
Ni desampara sus fosos
Sino henchidos de cadáveres.
Empero, desesperado,
Mira que la muerte abate,
Como en los campos la chía
Siega la hoz incansable,
Á la flor de sus guerreros,
Murallas de su estandarte,

Y á los nobles que pelean
En torno suyo leales.

*
* *

Comprende al cabo el monarca
Al comenzar una tarde,
De angustia lleno por dentro,
Por fuera de lodo y sangre,
Que sus abatidas tropas,
Escasas y miserables,
Si combatiendo no mueren
Víctimas serán del hambre.
Con Tecuichpotzin su espósa,
Que es de sus cuitas el ánjel,
Se acoje á débil piragüa,
Presa el alma de coraje,
Y al puerto de Tlaltelolco
Vuela, sin imajinarse
Que en él Sandoval lo espera
Para impedir que se salve.

*
* *

Cruzando van por el lago
Como bandadas de aves,
En rápidos barquichuelos
De todas formas y clases,
Mujeres, niños, ancianos
Y vencidos militares,
Que huyen de la soldadesca,
Del incendio y del pillaje.
Sandoval con otros muchos
Corona por todas partes
El exiguo embarcadero
De Tlaltelolco, y que pasen
Impide á los fujitivos

Que en tan apurado trance,
Al remo, tan sólo, fian
Sus vidas y sus caudales.

*
* *

Cuauhtemotzin llega al puerto,
Mas no sin que lo rechacen,
Y allí de nuevo la lucha
Se traba en solemne instante.
Mas quiso su buena estrella
Que, entre otras muchas, burlase
Su piragua la custodia
De los rudos capitanes;
Y veloz como las garzas,
Hiende los rojos cristales
De la laguna, ya libre
De su enemigo juzgándose.
Pero García de Holguín,
Que en las insignias reales
Le ha conocido, bien pronto
Con su escuadra le da alcance.
Entonces el rey, del fondo
De su embarcación alzándose,
Dirige impotente al cielo
Una mirada salvaje;
De su pecho en lo profundo,
Porque á su rostro no salte,
Guarda su dolor, que apenas
Dentro de su pecho cabe.
Sus flechas arroja al viento,
Su lanza pedazos hace,
Y echando al agua los remos,
Le dice á Holguín con voz grave:
"Soy tu prisionero; sólo
Pido que á la reina trates
Cual corresponde á su sexo,

Su condición y su clase."
  Y pasando con su esposa
Á la castellana nave,
Se vió una sombra de muerte
Cubrir su augusto semblante.

ROMANCE III

—

LA ENTREVISTA.

Algunas horas más tarde,
En una grande azotea,
Tapizada con alfombras
De España y finas esteras,
En medio á la cual no há mucho
Que está servida una mesa
Con exquisitos manjares
Y ricas frutas cubierta,
Á su ilustre prisionero
Hernando Cortés espera,
De gozo intenso abrumado
Y de curiosa impaciencia.
Al fin aparece el héroe,
Y con lento paso llega
Á su vencedor, que grave
Le saluda y se le acerca.
"Malítzin, cuanto he podido,
Exclama el monarca azteca,
Hice por mi augusto trono,
Y de mi pueblo en defensa;
Mas su alto favor los dioses
Me negaron y aún me niegan:
Ya estoy en tus manos, puedes
Hacer de mí lo que quieras."
Y de Cortés en el cinto
Viendo un puñal: " ó con esa

Arma quítame la vida,
Que es para mí tan molesta,"
Añade, y retrocediendo
Algunos pasos, espera
Con majestad soberana,
Del vencedor la respuesta.
Entonces el castellano
Le dice afable : "No temas,
Que quien con honor se porta,
Es justo que honores tenga.
Como un valiente has luchado,
El valor siempre se premia,
Y de nosotros no esperes
Ni vituperios ni ofensas."
Luégo del rey se despide,
Que lo traten bien ordena,
Le repite sus palabras,
Sus promesas le renueva.
Y... vanas fueron por cierto
Tan seductoras promesas :
¡ Ojalá que las callara !
¡ Ojalá no las hiciera !

ROMANCE IV

—

EL TORMENTO.

¡No hay botín! la soldadesca,
Con la victoria, no obtiene
El tan anhelado fruto
Después de tantos reveses.
Entre escombros y ceniza
Tenuchtitlán desparece
Y su asombrosa opulencia
En el misterio se envuelve.
Los vencedores altivos
El tiempo en buscarla pierden,
Y en insaciable codicia
Escudriñan cuanto pueden.
¿En dónde están las riquezas
Que sorprender tantas veces
Soñaron en los palacios
De aquel fabuloso oriente?
Murmuran los españoles,
Y murmuran de su jefe,
Que á Cuauhtemotzin no obliga
A que declare ó revele
En dónde guarda la tierra,
Dónde sepultados tiene
Los prodijiosos tesoros
Que apilaron tantos reyes.

*
* *

Cortés las quejas escucha
De sus tropas, mas previene
Que no se ultraje al monarca,
Y se le estime y respete;
Hasta que á su oído llegan
Viles rumores que ofenden
Á su honor, y su decoro
En lo más sensible hieren.
Entonces, y en mala hora,
Para ese honor que pretende
Guardar limpio, á las hablillas
De la muchedumbre cede;
Y entregar al rey dispone
Á la caterva insolente,
Sedienta de oro, y hechura
Del tesorero Alderete,
Ser que de avaros instintos,
Más que ninguno, sostiene
La depravada avaricia
De aquella hidrópica jente,
Que del monarca ya dueña,
Para que al mundo confiese
Dónde sus tesoros guarda,
Darle tortura resuelve.

*
* *

Ya las gasas nocturnales
Sobre los mundos se tienden
Á la postrer llamarada
Del incendio de Occidente.
El arcánjel de la noche
Los célicos cirios prende,
Las flores abren su cáliz,
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves
De las montañas emprenden,
Llevando su óbolo último,
Al débil nido que tejen.
Mansa la niebla y tranquila
Sobre los llanos desciende,
Y plegan las mariposas
Lánguidas las alas leves.
Todo convida al reposo
En aquella hora solemne,
Todo es tierno, todo es dulce,
Todo es tristemente alegre.
Empero en esos instantes
De misterioso deleite,
Entre las sombras un crimen
Se prepara lentamente.

*
* *

En una estancia pequeña,
Á la luz mísera y tenue
De un viejo candil mohoso,
Que de un bajo techo pende;
Con el fúnebre aparato
Que el caso horrible requiere,
Se ha preparado el tormento
Que el noble rey sufrir debe.
Ante una mesa cubierta
De un encarnado tapete,
Con duro ademán siniestro
Están sentados tres jueces;
Enhiesto y enmascarado
Se mira de ellos enfrente,
Un verdugo, aunque verdugos
Eran todos los presentes,
Y al través de las rendijas
De una estera que mantiene

La puerta oculta, y á un patio
Da según lo que parece,
Pues de vez en cuando el aire
Á bocanadas la mueve,
De una hoguera jigantesca
Se mira el fulgor perenne,
Y de espadas y rodelas,
Cascos, corazas, broqueles
Y lanzas, se ven por último,
Tapizadas las paredes.

*
* *

Dos enlutados sayones
Conducen al rey en breve,
Al cual sigue un tlaxcalteca
Que ha de servirles de intérprete.
Á interrogarle comienzan
Y sorprenderlo pretenden,
Y de cuanto le pregunten
Le intiman que nada niegue.
Pero el famoso caudillo,
Que no temió ni á la muerte,
En el silencio se obstina,
Como si de mármol fuese.
Y rabiosas y cansadas
Aquellas furias crueles,
De la enérjica entereza
De su víctima inocente,
Se apoderan de ella al punto,
Con vil alma y faz alegre;
Entrambas manos le fijan
Á la espalda fuertemente;
Y sujetándole á un potro
Con vigorosos cordeles,
Los desnudos piés le bañan
Con resina y con aceite;

Y bajo de ellos, muy cerca,
Un vivo fuego sostienen,
Para que en duro martirio
Se calcinen lentamente.

*
* *

El cacique de Tlacopan,
Á quien le cabe igual suerte,
Se torna á su rey, y en ayes
Su dolor le hace presente.
Cuauhtemotzin, que sin calma
Le escucha, el semblante vuelve
Hacia él, y con duras frases,
Indignado, lo reprende.
« ¿Piensas que estoy en un baño
Ó entregado á algún deleite? »
Le dice, y su labio frío
Como en antes enmudece.
¡Ni una queja, ni un sollozo
De aquel pecho se desprende,
Ni un músculo se contrae
En aquel rostro de nieve!

*
* *

Llega á Cortés la noticia
De la obstinación del héroe,
Su valor extraordinario
Estima en lo que merece;
Y reflexionando, acaso,
En lo que al honor se debe,
Con órdenes terminantes
Manda que el tormento cese.
El poderoso mandato
Los tiranos obedecen,
Mal de su grado; y al punto
La tortura se suspende.

ROMANCE V

EL SUPLICIO.

Marcha Cortés para Honduras,
Donde Olid se le rebela.
Y conduce con sus tropas
Grandes pertrechos de guerra.
Lleva con él una parte
De la legión tlaxcalteca
Y á Cuauhtemotzin con otros
También prisioneros, lleva.
Pues dejándole en Anáhuac,
Deja su victoria expuesta
Al prestijio que el monarca
Aún en su imperio conserva.

*
* *

Al declinar una tarde,
Diáfana, pura y serena,
El desdichado cautivo
De Tenuchtitlán se aleja.
Al llegar á sus confines
Torna la vista hacia ella,
Y se detiene un instante
De honda congoja suprema.
Acaso un presentimiento
En su corazón se alberga,
Que, al mirarla, se figura

Que no ha de volver á verla.
El porvenir por delante
Le ofrece brumas y nieblas,
Y detrás un mundo entero
De dulces recuerdos deja.
Tiende la vista del lago
Por las tranquilas riberas,
Y por las calles tortuosas
Su pensamiento vaguea.
Y se agolpan á su mente,
Abrumada de tristeza,
Todas las dichas de su alma,
De su alma todas las penas.
Las que anidaba su pecho
Esperanzas lisonjeras,
Huyen, como huyen del nido
Las golondrinas inquietas.
¡Pero ellas acaso un día
Han de retornar contentas!
Mas sus esperanzas, nunca!
¡Ay, qué triste es el perderlas!
¡Con qué amargura tan honda
Mira su ciudad ya muerta,
Y tras el prisma del llanto
Su desolación contempla!
Allí gozó en otro tiempo
De las caricias parternas,
Allá fué actor y testigo
En las nacionales fiestas.
Allí perdió en un segundo
Sus ilusiones postreras,
Allá vertieron su sangre,
Allí derramó la ajena.
Más allá vió su corona
Hecha pedazos en tierra...
Y allí no ha de volver nunca...
¡Nunca! para recojerla.

Todo eso en un breve punto
Á sus ojos se presenta,
Y nublados por las lágrimas
Los baja al suelo, los cierra,
Como si dentro de su alma,
Viéndolo todo siguiera;
Y de aquel sitio arrancándose,
Prosigue su marcha lenta.

*
* *

Á la provincia de Aculam,
Después de jornadas luengas,
De miserias y trabajos,
Cortés y los suyos llegan.
En este lugar le anuncian
Que formidable y secreta
Conjuración ya sus redes
Extiende entre los aztecas.
Que es Cuauhtemotzin el jefe
Torpe lengua le revela,
Y que ha de estallar bien pronto,
Si pronto no lo remedia.
Temeroso el castellano,
Da la noticia por cierta;
Al rejio cautivo juzga;
Y á la muerte lo condena.

*
* *

Húmeda está la mañana,
Pálida amanece, y niega
El sol sus rayos de oro
Y su esplendor á la esfera.
Dispersas al pié de un monte
Se ven las humildes tiendas
De un campamento, y á trechos

Aún las fogatas humean.
  Sobre la tienda más alta
El pendón de España ondea,
Señor de cielos tan puros
Y de tan vírjenes selvas;
  Pendón que del mundo todo
Soberbio se enseñorea,
¡Lástima es que sus colores
Un instante se oscurezcan!
  ¡Lástima es que en mala hora
Con sangre entinten su tela,
Sangre de un rey inocente
Que sube á la horca á perderla!
  Á la orilla de un camino,
Que no lejos atraviesa,
Majestuosa y elevada
Sus ramas tiende una ceiba;
  Y de una de ellas robusta,
Está pendiente una cuerda,
En cuyo extremo flotante
Una lazada está hecha.
  Más de doscientos guerreros
El árbol triste rodean,
Y ellos y el suplicio infame
Á Cuauhtemotzin esperan.

*
* *

  Al fin, aparece el reo,
Y su noble faz risueña,
Indica que el miedo nunca
Morada en su seno encuentra.
  Y mirando allí á Cortés,
Que á duras penas sujeta
El inestimable brío
De una yegua cordobesa,
  Á él se dirije, y con calma

Sus promesas le recuerda,
Y de tan grande injusticia
Amargamente se queja.
  Se queja, mas no le pide
Perdón, que pedirlo fuera
Indigno de quien ha dado
De su altivez tantas muestras.
  "De lo que hoy haces conmigo
Por una infame sospecha,
Piensa, le dice, que al cielo
Has de dar estrecha cuenta."
  Y continuando su marcha
Al árbol siniestro llega,
Y es fama que un franciscano
Hasta aquel sitio lo deja.
  Absortos los circunstantes,
La vista clavan en tierra;
Se oye un pregón; el verdugo
Del monarca se apodera;
  Pavoroso es el silencio,
Todos callan, todos tiemblan,
Palidecen los semblantes
Y se cumple la sentencia.

POESÍAS LÍRICAS

AL CONQUISTADOR DE ANÁHUAC

DON

HERNANDO CORTES

....

Sin que después haya visto
El absorto mundo un hombre,
Que de Hernán Cortés al lado
La historia imparcial coloque.
El Duque de Rivas.

Paso!... Á través de la tiniebla umbría
De los remotos tiempos,
Tienda su vuelo audaz la fantasía
Sobre las verdes cumbres,
Del opulento Anáhuac atalaya;
Y en las alas atónitas del viento,
Deténgase un momento
Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... sobre los puentes
La roja llama del incendio humea,
Entre los altos mástiles flamea,
De las olas hirvientes
En el cristal oscuro centellea;
Por todos lados pavorosa brilla,
Vuela en pavesas ígneas el velamen,
Del aire maravilla,
Y al crujir el robusto maderamen
Se hunde en las aguas la cortante quilla.

"Sus," "á las armas!" grita en la ribera
Mancebo audaz, alzando la cimera
Del pavonado casco... "¡Por Castilla!"
Y un viva resonó, tal como suele
El retumbar siniestro
Del trueno pavoroso,
Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
El aquilón sañudo,
El altivo escuadrón partió lijero,
Embrazados la lanza y el escudo,
Al redoblar del atambor guerrero;
No sin tornar al golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
Á la risueña luz de su alborada,
Del ave alegre á la primera nota,
Del ájil marinero á los cantares,
Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar, la castellana flota...
. . . .

Corred, valientes, á la lucha fiera;
Detrás la madre patria; á vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista;
Los campos ignorados
Donde tejió, riendo placentera,
Las cunas de sus glorias, Primavera,
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés, el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo á polo
El sol de Carlos Quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más, y su fiereza,

Sin corona y sin cetro,
Á igualar en los fastos de la historia
La majestad del César con su gloria,
La grandeza de un Rey con su grandeza.
Y era Cortés!... Marchando valeroso
Lo imposible á sus piés avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.
Si pudo á Moctezuma
Con su injenio vencer, aún le esperaba
Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mejicanos!...
. . . .

Préstame, inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,
Y la vibrante trompa de la fama
En las hondas del rápido elemento
Deje suelta la voz... el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérjica rima el mundo llene.

Firme se apresta la Imperial Señora
Del poderoso Anáhuac, á la lucha;
El caudal de sus armas atesora,
Y el són guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla, no se abate
Su sien altiva á la inconstante suerte,
Y resuelta á lidiar hasta la muerte,
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,
Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se ve á su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

Todo es jemidos y ayes el espacio,
Juntos crujen la choza y el palacio,
Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo á su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!
Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Cuauhtemotzin no cede, airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
Inútil resistir!... la muerte trueca
Cadáver por cadáver... y tirana,
La sangre jenerosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana,
Inútil resistir!... fuerte y altivo
Digno de su rival, á quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero,
Que á Marte hurtó la ponderosa lanza
Y el invencible acero,
Rayo fuljente que encendió la gloria
Y entre el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro á la victoria!

¡Oh patria, que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio,
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio

Que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar, nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo:
¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al universo entero!

MEDITACIÓN

—

Á LA MEMORIA DE MI MADRE LA SEÑORA DOÑA
PILAR CONTRERAS DE PEÓN.

El horizonte triste,
Bañado en tenue luz, nubes de duelo
Como crespones funerarios viste.
Las sombras vencedoras
Tendiendo al orbe el impalpable velo,
Melancólicas cruzan el espacio;
El luminar del cielo,
Tras la montaña agreste,
Sepulta el disco moribundo, y llenan
Los últimos fulgores del Oeste
De luz dudosa y apacible el suelo.

Del riguroso invierno el cauro frío
Discurre en la espesura
Del boscaje tristísimo y sombrío,
Deshojando su lánguida hermosura,
Y en suave murmurío
Lejos, muy lejos en la selva oscura,
Se oyen las ondas avanzar del río
Que en pedregoso cauce
Rompe el cristal de su corriente pura.

Todo está triste en derredor, parece
Que en estupor intenso
El mundo desfallece,

Amortajado en el sudario inmenso
Que la naciente lobreguez le ofrece!
Ni una pálida flor su cáliz mece
Por el erial extenso,
Y en jiros inconstantes y suaves,
El vespertino canto de las aves
Se pierde desmayado
Por la tendida desnudez del prado.

Y aquel del valle fujitivo y terso
Plácido arroyo que bordó de flores
Sus márjenes cubiertas de verdura
En la alegre estación de los amores,
Tampoco tiene ya ni un verde junco,
Ni un blanco lirio en el cercano otero,
Ni las dóciles cañas donde el aire
Flébil suspira al resbalar lijero.
Y allá se va por la desierta orilla,
En busca de su dulce compañero,
La tímida paloma;
Y va tras él inquieta y sollozante,
Porque es hora de amor, porque ya asoma
En el azul el Véspero brillante!

Todo es desolación, todo tristeza!
Y en medio de ese vasto panorama
Que despliega ante mí Naturaleza,
Sobre la lira mía
Reclino tristemente la cabeza.
No tu festiva nota
Como en tiempos que Mayo florecía,
Acorde vibre en el pensil galano
Undulando en los aires su armonía.
Ven, y cubierta de crespones, rota,
Tus cuerdas hiera la convulsa mano.
. . . .
. . . .

Oh, qué intenso dolor! ¿por qué crueles
Tristes recuerdos la memoria trae?
¿Por qué mi alma suspira
Y en medio del pesar que la conmueve
Fúnebres cantos á la mente inspira
Que á modular el labio no se atreve?
¿Por qué el desventurado peregrino
Que en arenal extenso
Víctima fué de horrible sed ardiente,
Cuando llega al final de su camino
Y el borde toca de anhelada fuente,
Y apaga el labio ansioso
En el manso cristal de su corriente,
Aún todavía del afán pasado
Conserva el doloroso
Recuerdo triste, y con tenaz empeño
Viene á turbar las horas de su sueño?
¿Por qué jamás el pecho venturoso
Ha de gozar de su presente en calma?
¿Sólo recuerdos en la mente caben?
¿Sólo de penas se alimenta el alma?
Si hasta el placer pasado
Sólo porque pasó de serlo deja,
¿Por qué no se sepulta en el olvido
Todo lo que los ojos han llorado,
Todo lo que los labios han reido?
¿Tantas del corazón lágrimas tiernas
No bastan á calmar mi sufrimiento,
Y atrás volviendo siempre el pensamiento
Torna el dolor á sus primeros días?
Ah! sí, corred sin tregua, ni un momento
Dejeis de consolar mis agonías...
Corred, corred sin fin, lágrimas mías.
¡Fuerza es sentir lo que el destino ordena!
Que si un pasado encantador nos llena
El corazón que en su impotencia clama
Por tornar á un Edén que lo enajena,

Tal vez estallaría
Ahogado en su prisión por el quebranto,
Si no viniera á consolar su pena
El copioso raudal de nuestro llanto!

. . . .
. . . .

El astro ardiente al despuntar del día
Tornasolaba con su luz brillante
Los verdes campos de la patria mía.
La tortolilla amante
Despertaba feliz y sin congojas,
Abandonando el nido,
Entre el follaje de nacientes hojas
De las flexibles ramas escondido.
Ay! todo renacía á los primeros
Ecos del bosque, á los alegres cantos
Del ájil ruiseñor en la espesura;
Mientras en vagos jiros
Mecía los tallos de la flor temprana
Y oreaba el cáliz de la tierna rosa
El aura virjinal de la mañana.
Y en medio de tan plácida armonía,
Cuando todo riendo en torno mío
Su cántiga sonora le ofrecía
Al Hacedor de la creación despierta,
Sobre un lecho tristísimo y sombrío
Mi madre estaba muerta...

¡Quién pudiera tornar indiferente
Los ojos al pasado!
¡Quién pudiera olvidar lo que ha llorado
Al descender el áspera pendiente
Que nuestra juventud ha destrozado!
Aún me figuro allí; áun el jemido
Triste partiendo mi angustiado pecho

Me parece escuchar, único alivio
Del corazón en lágrimas deshecho.

Aún me figuro ver su blanca frente,
Aquella frente pura,
Donde mil y mil veces dulcemente
Grabó sus huellas mi pueril ternura.
Y aún miro su mejilla
Pálida y trasparente,
Como el tronchado lirio que en la orilla
De la cegada fuente,
Perdió el matiz con que el Abril florido
El cáliz de las flores engalana,
Al soplo aleve de las auras frías
Que marchitaron su beldad lozana.

. . . .

Como detrás de lóbrego nublado
Desaparece el disco de la luna;
Como en mañana plácida y serena
De pronto la importuna
Niebla copiosa á nuestros ojos cubre,
El bosque alegre, la campiña amena,
Las torres del lejano caserío,
La límpida laguna,
Y la montaña altísima y el río,
Así despareciste de este mundo
En malhadada hora!...
¿Cómo pudo el destino despiadado
Cerrar tus ojos á la luz, señora?
¡Oh tierna madre mía!
¡Quién pudiera tornar á aquellas horas
Dulces de la niñez, embriagadoras,
Tan llenas de inocencia y de alegría,
Cuando por una senda sin abrojos
Corremos tras ilusos desvaríos!...
¡Quién pudiera mirar aquellos ojos
Que tanto se miraron en los míos!

PETKANCHÉ

—

I

Tengo un pedazo de tierra
Muy lejos de aquí, muy lejos,
Donde un pedazo del alma
Dejé para mi consuelo.
Á la claridad del día
Lo he llorado mucho tiempo,
Y mucho tiempo de noche
Á la luz de los luceros.
Cuando una tarde, de vista
Lo fuí perdiendo, perdiendo,
Y "ADIÓS" le dije al penacho
Del último cocotero
Que allá sobre la arboleda
Se ajitaba con el viento,
Sentí que se me oprimía
De angustia y dolor el pecho.
¡Qué triste estaba esa tarde,
Y el campo, y mi alma, y el cielo
Melancólico, y qué triste,
Qué triste es hoy su recuerdo!
Quién sabe si aquel adiós
Tan cariñoso y tan tierno
Era el último; quién sabe
Lo que el destino ha dispuesto.
¡Ay! ojalá que algún día
Te vuelva á mirar de nuevo,
Porque al mirarte se cumplen

Mis más hermosos deseos :
"No pierdas las esperanzas,
Corazón, aunque estén lejos,
Que el tiempo que es tan mudable
En dichas torna los duelos."

II

Tengo un pedazo de tierra,
Muy lejos de aquí, muy lejos,
Allí en donde abrí los ojos,
Y dejé mi pensamiento.
Es un pedazo de monte
Con una ruina en el centro,
Y algunas cuantas cabañas
De venturosos labriegos.
Desde allí se ven las torres
De la ciudad, y los ecos
Se escuchan de las campanas
Sonorosas de los templos.
Allí trascurren las horas
Entre la paz y el silencio;
Allí no se aspira á nada,
Allí se vive en el cielo...
Allí pasé muchas tardes,
Á cuyo solo recuerdo
Yo no sé lo que me pasa,
Y yo no sé lo que siento.
Sólo sé que se desgarra,
Que se me desgarra el pecho,
Porque respirar ansía
Sus tibias auras de nuevo!...
"No pierdas las esperanzas,
Corazón, aunque estén lejos,
Que el tiempo que es tan mudable,
En dichas torna los duelos."

AL GRIJALVA

—

Á LEÓN ALEJO TORRE.

Dicen que tienes juncos y flores
En tus orillas ;
Que en ellas cantan los ruiseñores
Himnos de amores,
Trovas sencillas ;
Y que en los médanos de tus arenas
Reverberantes como el cristal,
Doblan su frente las azucenas,
Reproducidas en tu raudal.

Que las palomas á tus verjeles
Llegan sedientas,
Y aroma aspiran, y ricas mieles
Liban contentas ;
Que sus arrullos, sus melodías
Los aires pueblan cuando te ven...
— Oh ! quién pudiera todos los días,
Grijalva hermoso, verte correr !

Dicen que un suelo tranquilo y puro
Sin pardas brumas,
Cubre tu limpio cristal oscuro
Y el manso rizo de tus espumas ;
Y que en tus aguas en noches bellas,
Cuando florecen Mayo y Abril,
Juega á la lumbre de las estrellas,
Una sirena blanca y jentil.

Que si esa tierra privilegiada
Que vas cruzando,
Ardiente sangre tras lucha odiada
Bebe angustiada
De amor llorando,
Esa sirena se desespera
Y entre los ayes de su ansiedad,
Entona un canto por la ribera...
¡ Dicen que un canto de libertad !

Dicen que tienes bosques sombríos
Que el sol colora;
Que en los adustos inviernos fríos,
Allí se esconde pálida Flora.
Y que sus hondas melancolías
Sólo se templan cuando te ve...
— Oh ! quién pudiera todos los días,
Grijalva hermoso, verte correr.

Á mí me cuentan que si te enojas,
Que si te irritas,
Sobre las playas fiero te arrojas
Y al mar imitas,
Y guay del fuerte y altivo leño !
Guay del CAYUCO del pescador !
Nada al piloto vale su empeño,
De nada sirven remo y valor.

Cuentan, por último, que en mil aciagas
Noches, se vieron
En tus orillas las sombras vagas
De las que tuyas víctimas fueron,
Que en coro cantan sus agonías
Mientras tus ondas rodando ven...
— Oh ! quién pudiera todos los días,
Grijalva hermoso, verte correr !

Á D. JUÁN RUIZ DE ALARCÓN.

—

EN EL 4 DE AGOSTO.
ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.

Aquí nació, la luz esplendorosa
De Anáhuac alumbró su hidalga cuna!
Esquiva la Fortuna
Lo arrebató de sus nativos lares,
Y en brazos de la suerte
Cruzó feliz los procelosos mares.

Estro divino! Numen soberano,
Inflamó su brillante fantasía;
Raudales de armonía
Brotaron de los labios del Canoro
Cisne, y el viejo mundo
Coronó de laurel su plectro de oro.

Galardón de las musas castellanas,
Volaron sus grandiosos pensamientos
En alas de los vientos,
Y atravesando las soberbias olas
Su fama nos trajeron
De las lejanas costas españolas.

La torpe envidia el aguzado diente
Clavó en su pecho noble y jeneroso;
Mas, siempre victorioso,
Su jenio, como un sol, cruzó encendido,

Venciendo á las edades,
Sobre los negros campos del olvido.

Gloria al poeta! En extranjero suelo
Guarda la fría tumba sus despojos;
¡Cuántas veces sus ojos
Hacia el patrio confin se tornarían,
Y, en él pensando, cuántas
Lágrimas su mirada nublarían!

Loor eterno á su jenio ¡mejicanos!
Nuestro es su nombre, su crear fecundo
Enorgullece al mundo!
Cada siglo que espira es en la historia
Un escalón que encumbra
El trono inaccesible de su gloria.

Á BORDO

DEL CLEOPATRA

—

Á FRANCISCO SOSA.

I

Aún brillan en el cielo las estrellas
Y el fósforo en el mar. Y la de nácar
Frente velada en vaporosa bruma
Aún no descubre soñolienta el alba:
De pié en la prora del bajel jigante
Honda inquietud mis párpados dilata,
Y los recuerdos de la edad perdida
Uno tras otro á mi memoria asaltan.
Tal vez del sueño en los rendidos brazos
El pecho más tranquilo respirara;
Pero huye el sueño si el placer se acerca,
Y es inútil dormir si vela el alma!

II

Venturoso anhelar!..... feliz congoja
Que envuelve en su agonía una esperanza!
¡ Cómo luchan placeres y dolores
Ahogando al corazón y no le matan!
Voy á tornar á verte ¡ oh suelo hermoso!

Y de nuevo mi vista alborozada,
Contemplará tu cielo de zafiro,
Tu sol de oro y tus agrestes palmas.
Veré cruzando el aire á tus cantores
Al brillar el aljófar en las ramas,
Veré el matiz de su irisada pluma
Cuando el verdor de la campiña esmaltan.
Y al resonar sus ecos vespertinos
En medio de la selva solitaria,
Con mudo labio aprenderé sus cantos,
Caerá en el polvo, de mi mano el arpa.

III

Allí detrás de esa rosada nube
Que envuelta en tornasoles se levanta,
Está la aurora que las puertas abre
Del rojo oriente, con su mano blanca;
Allí detrás la tropical hermosa
Tendida sobre campos de esmeralda,
Remojando en el mar la vestidura
De nívea espuma y de jazmín orlada.
Tus alas de vapor sacude altiva,
Gaviota de los mares! Calma! calma
Esta viva ansiedad que me tortura,
Y dame el aire que á mi seno falta.
Vuelva más, vuelva más..... nó, nó! detente,
Detente un punto, por piedad, " Cleopatra! "
Pára.....! no ves que el pensamiento mío,
Trémulo de emoción, plega sus alas?
No miras que una lágrima á mis ojos
Brota el placer y mis mejillas baña?
Amaina, por piedad, amaina, espera,
Detén, que el pecho á respirar no alcanza!...
Esa es..... Mirad como arjentada cinta
Reverberar la suspirada playa.....

. . . .

Allí está Yucatán! Bendita seas,
Patria del corazón, amada patria!
Dame el aroma de tus blancas flores,
Dame el ambiente de tus tibias auras,
Dame el beso de amor de tus orillas.....
En cambio de ese amor, te traigo el alma!

Á LA MEMORIA DE UN ÁNJEL

I

Cuánto jugamos un tiempo
Feliz, ¡mi pobre Adriana!
Era yo entonces muy niño,
Tú muy niña, y bella y cándida.

Eras tú de nuestra madre
La joya más estimada;
Porque eras tú la más buena,
Porque era el cielo tu patria!

Recuerdo que muchas veces
Te hice verter muchas lágrimas,
Y era que yo no sabía,
Y tú también lo ignorabas,

Que el llorar es cosa triste,
Que el llorar es cosa amarga,
Y que el llanto de los niños
En vez de ser llanto es agua.

II

Y eras niña todavía,
Muy niña, ¡pobre Adriana!
Cuando una tarde, ¡oh, qué tarde!
Saliste de nuestra casa.

Yo te ví seria, muy seria;
Y, como las rosas blancas
Que el sol marchita en los campos,
Te ví pálida, muy pálida.

Sin decir "adiós" saliste,
Sin decir una palabra:
Nosotros "adiós" diciéndote,
Y tú..... callada..... callada.

Todos al verte lloramos.....
Ay! sólo tú no llorabas!
Porque saliste dormida,
Porque saliste sin alma.

III

"No esperen más, hijos míos,
Á la pobre de Adriana;
Se la llevaron los ánjeles,
Porque en el cielo hizo falta!"

Inocentes! esperábamos
Que volverías á casa;
Y al escuchar ese acento
Perdimos toda esperanza.

Yo vertí llanto copioso,
Que mis mejillas bañaba,
Y al rodar sobre mis labios
Una tras otra mis lágrimas,

Sentí por la vez primera
Que aquella vez no eran agua...
Sentílas correr ardientes!
Sentílas correr amargas!

IV

Cuánto jugamos un tiempo
Feliz, ¡ mi pobre Adriana!
¡Quién entonces nos dijera
Quién entonces me anunciara,

Que yo que llorar te hice,
Cuando conmigo jugabas,
Aquellas lágrimas dulces
Que en una sonrisa acaban,

Al dejarme en este mundo
Tendiendo al otro las alas,
Verter en cambio me harías
Mi primer lágrima amarga!

VUELVE

¿ Vas á buscar espacios y horizontes
Y dejas tu verjel?
¿ Vas á quemarte al sol de extraño clima
Ave canora? Ve !
Ve!! . . . si en un día de dolor, te acuerdas
De tu pasado bien;
Piensa en el nido que sin tí se queda
No dejes de volver!
Ya sé que vas henchida de ilusiones,
Que sueñas un Edén,
Que miras triste la enramada verde
Que tu palacio fué;
Que te parece lóbrega y siniestra
Su agreste sencillez;
Que ya no cantas, como tú solías
Cantar. . . . ¡ todo lo sé!
Pero si acaso un día te arrepientes,
Ave canora, ven;
Aquí está el lecho de esmeralda y oro
Que te miró nacer;
Aquí están el estanque, la hortaliza,
La ruinosa pared,
Y el cercado cocal, donde volaste
Por la primera vez,
Aquí está todo cuanto tú querías,
Aquí mi amor también;
Yo no te olvido nunca ¡ si padeces,
No dejes de volver!

New York, Julio 18 de 1883.

Á MANUEL OCARANZA

Luz y tinieblas, todo,
Todo revuelto en confusión y espanto,
En el tallo la flor, debajo el lodo,
Risa en la boca y en el alma llanto.
Unas veces el roble en la montaña,
Otras la débil caña,
Peñasco inmoble, ó vagabunda arista,
Ola del mar, ó arena del desierto,
Un día inspiración, asombro, artista...
Al otro día..... un muerto!
¿Un muerto? Es uno más ¿Un pintor? Nada.
La lámpara apagada,
Un lienzo y un pincel y una paleta;
¡Una hermosa esperanza malograda!
Á lo lejos, allá.... como perdido,
El lúgubre jemido
Del arpa quejumbrosa del poeta,
Y un grito de amistad; hondo sollozo,
Hondo sollozo, desolado y triste,
Del alma que á su duelo se resiste,
Que con las nieblas del sepulcro lucha...
Esto lo que se ve, lo que se escucha.
Mas, lo invisible, lo que nadie toca,
Eso que es inmortal, lo que la mente
Cuando delira enajenada evoca,
Lo que en el porvenir está presente,
Lo que esconde la Patria en sus anales,
Lo que al tiempo se adhiere,
Eso que no se agota, ni se muere,

Eso quedó en sus lienzos inmortales!
Las horas de vijilia
Que nutrieron su pecho de amargura,
El suspirado hogar de la familia,
El soñar fatigoso, la locura
Ó la embriaguez del jenio que presiente
El doloroso olvido
Del mundo que se ríe indiferente
Cuando la fe del alma se ha perdido.....
Eso, sus desengaños, sus amores,
Eso allí, siempre allí..... Todo cubierto
Con las gallardas flores
Que el hombre roba á la fortuna esquiva;
Junto al despojo inanimado y yerto,
Coronas de laurel y siempreviva!
Ven, negro arcánjel, que en torcido vuelo,
Hieres, traidor, la frente soberana
De los que cubren con la luz del cïelo
La escoria vil de la miseria humana;
Ya te enzañaste en él, ya le venciste,
Ya apagaste la llama en su memoria
Y á negra fosa descender le viste.....
Ven á apagar la lumbre de su gloria,
Ven á borrar su nombre que fulgura,
Como el ascua del sol, de la alta cima
En las eternas nieves,
Sobre la verde alfombra de los llanos.....!
Ven á extinguir mi voz..... ¡ Ven, si te atreves,
Á arrebatar la lira de mis manos!

Méjico, junio 2 de 1882.

ÍNDICE

TROVAS COLUMBINAS

ROMANCES DRAMÁTICOS

ROMANCES HISTÓRICOS MEJICANOS

POESÍAS LÍRICAS

2790-89. — Veracruz-Méjico, imprenta de Ramón Lainé.